LO QUE SIEMBRAS

ÁNGEL BARRIOS



LO QUE SIEMBRAS

LO QUE SIEMBRAS

ÁNGEL BARRIOS

Derechos de autor © 2025 Ángel Ramón Barrios Rodríguez
info@angelbarriosescritor.com
Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.
Los personajes, así como los hechos narrados, son ficticios. Cualquier similitud con la realidad, es pura coincidencia y no existe intencionalidad por parte del autor
ISBN/ASIN: B0F6JVVBT5
Sello: Independently published

Cubierta: Boligator Ediciones A&R 2025
Portada Ángel Barrios 2025

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono 91 702 19 70.

A mis padres.

Capítulo 1. Francotiradores .
Capítulo 2. Un trabajo delicado .
Capítulo 3. Los sucesos de Dosepulcros.
Capítulo 4. Plantas marchitas.
Capítulo 5. Findelmundo.
Capítulo 6. Dosepulcros.
Capítulo 7. La Higuereta.
Capítulo 8. Inés Parrado.
Capítulo 9. Dibujos.
Capítulo 10. Primera tormenta.
Capítulo 11. Luces.
Capítulo 12. Hundido.
Capítulo 13. Husmear.
Capítulo 14. Imanes.
Capítulo 15. Veneno.
Capítulo 16. Cabrito.
Capítulo 17. El pasado.
Capítulo 18. Cielo e infierno.
Capítulo. 19. Postales.
Capítulo 20. Segunda tormenta.
Capítulo 21. Sombras.
Capítulo 22. Triple seco.
Capítulo 23. Un favor.
Capítulo 24. Poseído.
Capítulo 25. Un corte.
Capítulo 26. El sótano.
Capítulo 27. La llamada.
Capítulo 28. El color de la oscuridad.
Capítulo 29. Zorros.
Capítulo 30. Flash.

Capítulo 31. El vestido.
Capítulo 32. Buen perro.
Capítulo 33. Bajo la superficie .
Capítulo 34. Una humana.
Capítulo 35. Un pozo.
Capítulo 36. En los sueños.
Capítulo 37. El mensajero del miedo.

Capítulo 1. Francotiradores .

Se resistía como una fiera. La chica apoyaba con fuerza los talones en el asfalto. Eran dos hombres fuertes, la llevaban sujeta por los brazos, sin realizar mayor esfuerzo que el que implica un aburrido y rutinario traslado. Una resistencia inútil, sus piernas cedían de inmediato, si hubiese sido necesario la habrían levantado en volandas sin tener que apretar los dientes. Eran grandes. Los tres vestían ropa deportiva, idénticas sudaderas con capucha. Se dirigían hacia una furgoneta aparcada junto a una acera en medio de la nada. Un terreno urbanizado en el que sólo sobresalían del suelo hierbajos y los cuadros generales para la electricidad de farolas y edificios futuros.

Daniel veía la escena a distancia a través del teleobjetivo de su cámara. De repente, algo se interpuso frente a la lente. Retiró el ojo del visor y levantó la cabeza. Una mujer le daba la espalda, llevaba dos bolsas con la compra, de una de ellas sobresalía una barra de pan. Señalaba la furgoneta. Daniel enfocó de nuevo. Desde el interior del vehículo, otro hombre vestido igual que los que esperaba y la mujer, abrió el portón lateral. Ella hizo palanca con las plantas de los pies en el borde de la plataforma, se agitó con todas sus fuerzas, como un pez en manos del pescador antes de caer en la costera, aguantando como podía en la última barrera que quedaba previa a la oscuridad de la trasera de la furgoneta, con la certeza de que si entraba ahí no volvería a salir.

La mujer que estaba junto a Daniel le agarró del antebrazo.

—Corre —dijo.

La chica giró la cabeza hacia atrás, la capucha de la sudadera cayó a su espalda dejando al descubierto su cara y su media melena rubia.

Daniel arrancó a correr con todas sus fuerzas cámara en mano.

No avanzaba, era como si a la cintura llevase uno de esos cinturones con una goma sujeta a un poste, de los que utilizan

algunos deportistas para entrenar. Miró hacia atrás, apenas unos metros le separaban de esa mujer con cara de cualquier mujer, vestida como cualquiera que se viste para ir a la compra.

Tras arrancar, el vehículo se alejó a toda velocidad. Veía la furgoneta serpentear por esas calles inservibles.

Se detuvo, resignado. Amplió la última fotografía. Era Gina, su mujer.

Daniel despertó con la cara pegada al sofá. Una gota de sudor resbaló hasta su ojo y, tras un pequeño balanceo, se coló por el lacrimal. Escocía. Se tumbó de espaldas. Aunque el salón estaba a oscuras, cerró los ojos para no ver ni las siluetas de los muebles. Intentó calmar el dolor que sentía presionando el pecho con las dos manos.

Un poco más arriba del estómago, donde se juntan las costillas. No es el corazón lo que duele cuando alguien desaparece de tu vida sin motivo, es ahí, en ese hueco, en él está el epicentro del terremoto que reduce a escombros el edificio que fuiste, desde las piernas, que carecen de fuerza para levantarse, hasta el cerebro, sin alicientes para dar órdenes, igual que el jefe que se desentiende de la empresa que se va a la ruina sin remedio. Hacía más de diez meses que Gina, su mujer, no volvió a casa a la hora de la comida. Aún recordaba su plato humeante frente a él y seguía sintiéndose culpable por haber comido frente a su silla vacía. «Si tardo, tú come», solía decir ella. Un atasco, un imprevisto en el trabajo, un pequeño compromiso. Desaparecer es como morir y matar a los que se quedan, al menos en parte y, sin duda, la mayor de ellas.

Menos mal que a Daniel los dedos le respondían a la petición de cambio de canal, deslizándose casi sin ganas por las suaves y diminutas almohadillas de silicona del mando a distancia. Al azar. Notaba sus formas, cuadrados, redondos, pequeños, grandes, los raros del centro que rodean el de OK. Daba igual. Un documental estaba bien. ¿Qué más da? Una mano en primer plano plantó unas semillas bajo una tierra oscura, casi negra, esponjosa, de las que tienen aspecto de fértiles. La imagen fija, a cámara rápida, mostró como la semilla germinaba y crecía en una secuencia mágica de

apenas medio minuto, hasta que la planta, frondosa y erguida, brotaba, florecía y daba flores.

Sólo la pantalla de la televisión iluminaba el salón, «debería encender la luz» se planteó Daniel. «¿Para qué?». La imagen de esa planta impaciente se reflejaba borrosa en la tarima, delatando a pelusas y migas. «Tengo que barrer».

El primer plano de una cara ocupó la pantalla. La boca se movió. Daniel, tras mucho tiempo, experimentó lo que era la curiosidad y, su dedo índice derecho, la agilidad. Subió el volumen. Enmarcado de cejas a barbilla el hombre de la tele habló así: «Si plantamos en una buena tierra, con un clima adecuado y los cuidados necesarios, nuestras plantas crecerán sanas y espectaculares, queridos amigos». El plano se abrió, la cámara se alejó en un zoom invertido, como el que haría cualquiera en una boda con el teléfono móvil, hasta que el hombre, vestido con camisa de cuadros bajo un peto vaquero y la cabeza cubierta con un sombrero de paja deshilachado, mostró sonriente un saco con el mismo logotipo que apreció sobreimpresionado en el faldón de la pantalla. «Hasta la semana que viene. No olviden dar cariño a sus plantas. Ya saben que se recoge lo que…». Se despidió guiñando un ojo a cámara al que el editor del programa, con escaso acierto, insertó un brillo de diamante acompañado de un sonido de brindis.

Cambió de canal. Publicidad.

Perfecto, no quería ni necesitaba nada.

Sonó el teléfono. Daniel lo miró de reojo, palpitaba sobre el sofá, a su lado. Estiró el cuello, era Marta. Colgó apretando el botón con el índice izquierdo, con más energía de la que requería una pantalla táctil.

Volvió a sonar. Marta, su amiga y una de sus superiores en la Agencia de Fotografía Lens, la empresa que más trabajos le proporcionaba hasta que Daniel decidió no trabajar más hacía casi tres meses. Marta no se iba a rendir. Llamaba casi a diario, algunos hasta dos y tres veces. Y lo hacía hasta que contestaba. Daniel se sintió estúpido con ese ritual de colgar, contestar y poner la excusa de que se estaba duchando, o en la cocina y no había escuchado el móvil. Marta sabía perfectamente que estaba acurrucado llorando en

un rincón o tirado en el sofá, hecho pedazos, uno por cada trozo de su destrozado corazón.

Daniel fue consciente de que algo le ocurría, en unos minutos había sentido curiosidad, agilidad y ahora estupidez. Puede que fuese un comienzo.

Marta de nuevo.

Cogió el teléfono, carraspeó mientras se incorporaba con dificultad, como quien no recuerda ese movimiento. Le dolía la espalda por la postura de las horas que fuese que hacía que estaba allí. Deslizó el icono verde.

—Hola, Marta.

—¿Qué estás haciendo?

—Pues…

—Nada. No estás haciendo nada.

—Estaba viendo un docu…

—Sube las persianas, joder. Son más de las doce.

—¿Dónde estás? —preguntó Daniel incorporándose del todo.

Se giró hacia el ventanal del salón, cerrado a cal y canto.

Sonó el timbre del portal. Le hizo volverse hacia la puerta que daba al pasillo.

—¡Vamos, abre! —dijo Marta—. No pienso irme, esperaré a que abra un vecino y subiré.

El timbre sonó de nuevo dos veces.

—Marta, no es buen momento.

—Quemaré el timbre, te lo juro.

De nuevo el sonido gangoso desde el pasillo.

—Espera, tranquila. Abriré. No llames más.

—Sube las persianas y abre las ventanas. Que se vaya ventilando.

Daniel escuchó por el móvil como la puerta se abría desde la calle tras pulsar el botón del telefonillo. Se sintió nervioso, alterado. Su cuerpo no respondía con soltura tras semanas de pasividad en el vacío que estaba cavando para meterse y no salir nunca.

La casa estaba hecha una pocilga, recordó la sana costumbre que tenían las personas normales de colocar todo y meter la mierda bajo la alfombra cuando reciben visita. Cuando estaba Gina los dos

mantenían el orden, era un lugar habitable, luminoso y acogedor en el que quererse.

No había alfombras en la casa, Gina decía que eran un pozo de polvo. Ni tiempo. Se limitó a cerrar las puertas de las habitaciones mientras volvía al salón.

El primer tirón de la cuerda de la persiana dejó pasar cientos de haces de luz que motearon su bata con pequeños óvalos, un ejército de francotiradores alineados que no podían fallar. Tiró más de la cuerda para salvarse. La claridad le deslumbró con la misma intensidad con la que lo hace al despegar una nave extraterrestre a las personas que están presentes.

El timbre de arriba sonaba elegante, como los de las puertas que abren doncellas sin paños de cocina en la mano y que, tras abrir, cabecean con suavidad para saludar. Era de los que el sonido perduraba, alargándose desde el «ding» para disuadir al impaciente de una segunda llamada y que diese tiempo a abrir mientras el «dong» aún flotaba unos segundos en el ambiente.

De un puntapié coló un plato con migas bajo el sofá, se agachó a recoger dos sobres sin abrir de la compañía eléctrica y los lanzó sobre la mesa. Redujo el ritmo, ¿A quién quería engañar? «A Marta, desde luego, no».

Abrió la puerta, compenetrado con el timbre. Encendió la luz. De nuevo deslumbrado, tuvo que bajar la cabeza y entrecerrar los ojos. Marta le miró. Lucía una sonrisa cariñosa. Él se retiró para que pasase. Ella entró y le abrazó con fuerza. Tras dos segundos con los brazos colgando, Daniel se dejó caer sobre su hombro. Comenzó a llorar, en silencio, con el pecho. Le ardía como a alguien que corre en invierno sin estar acostumbrado. Para lo que estaba viviendo no hay entrenadores ni tácticas, sólo una pizarra en blanco que poco a poco se llena de conjeturas, paranoias, malos presagios e incertidumbres.

Capítulo 2. Un trabajo delicado .

Daniel, más tranquilo, se lavó la cara con la intención de despejarse y peinó sin demasiado éxito. Ahora, se afanaba sin criterio y lentitud, en poner algo de orden en el salón. Entre las partículas de polvo que flotaban en el aire por la desatada luz del sol parecía un astronauta perdido en su propia nave. Marta apareció en el salón sujetando una cafetera italiana con las dos manos por delante, una pequeña locomotora saliendo de un túnel cuya estela de humo se perdía en la oscuridad del pasillo.

—No he encontrado cápsulas en la selva que tienes por cocina. Lo que sí he visto han sido un montón de botellas vacías y cajas de Valium —informó Marta como de pasada—. ¡Ah mira!, allí tienes tazas —señaló con la barbilla una puerta de cristal del mueble principal.

Daniel, avergonzado, bajó la cabeza, no dijo nada, no quería hablar de botellas ni de pastillas.

Ya sin bata, por el calor, agradeció el primer sorbo de café asintiendo con los ojos cerrados, recordando a Gina, como con cada cosa que ahora no hacía y como cada vez que cerraba los ojos.

—Ayer me llamó su padre. Por una pista —dijo él.

—¿Y? —se irguió Marta en la silla.

—No lo sé, ya no nos fiamos. Una mujer dice haberla visto dentro de una furgoneta, en Ponferrada, el día que desapareció. Hace más de diez meses. ¿Y se acuerda ahora? Llamó directamente a su padre, al teléfono de un cartel que vio en una tienda. Que le parecieron deportistas, con el chándal de España, y que iban una chica rubia; que daba la impresión de no querer ir con ellos. Al ver la

foto de Gina, que es rubia, pensó que tal vez fuese ella. Que ella siempre ha tenido buena memoria.

—¿Lo sabe la policía?

Daniel asintió.

—Sí, mi suegro los ha avisado. Pero vamos que… no creo que hagan nada. Ya no habrá imágenes ni nada. La han visto en Murcia, en Illescas, en Miño… en Huesca, en Ibiza, Salamanca…

—Tu tranquilo, la policía valorará la importancia cuando hablen con esa mujer.

—Ya no creo que vaya a aparecer, Marta.

—No digas eso.

—Es mucho tiempo. Nadie ha pedido un rescate, que por otro lado no podríamos pagar. No hay pistas. No hay nada. Estoy convencido. Se ha ido para siempre. Está muerta. Y yo también.

—Dani, si crees en la otra vida, más vale que cambies de actitud en esta porque Gina lo debe estar pasándolo fatal al ver lo que estás haciendo con la tuya.

—Si está muerta, no creo que le importe una mierda lo que yo haga.

—Ha pasado casi un año, seguro que puedes llorarla toda la vida, pero mientras la vives. Esas cajas de pastillas y el alcohol... Si sigues así, vas a conocer el infierno en vida.

—Ya estoy en él, te acostumbras. Las pastillas me las recetó el médico. Además, no tengo nada mejor que hacer. Así los días pasan rápido y me siento tan cansado que por lo menos duermo unas horas por la noche. Puede que algún día no despierte.

Ella le miró muy seria.

—Por favor, Dani.

—No quería decir eso —dijo él—. Necesito más tiempo.

—Pues ese es un tiempo que ni tú ni yo tenemos. La agencia ha contratado a dos fotógrafos y un becario. Ha sido la excusa perfecta para librarse de ti. No vas a volver.

Marta abrió una carpeta, extrajo un portafolios y lo dejó sobre la mesa.

—No tengo ganas de leer —dijo Daniel recostándose en el sofá—. ¿Qué es? —preguntó al instante alzando la vista.

Ella deslizó la carpeta sobre el cristal hasta que un vaso pegado la detuvo.

—Un caramelo para tu cámara. Una pastilla resucitadora.

Daniel se acercó, despegó el vaso con una mueca de disculpa y abrió el portafolios Leyó la cabecera de la primera página.

—¿Editorial Súcubo? No me suena.

Marta le animó con la barbilla a que siguiese leyendo. Daniel se acercó más a la mesa y tomó la documentación con las dos manos.

—¿Dosepulcros? —preguntó sin levantar la vista del folio—. Ese es el pueblo…

—Sí, ese pueblo. El nombrecito se las trae.

—No creo que pueda trabajar aún, y menos en un reportaje de este tipo —dijo al cerrar la carpeta—. No estoy muy puesto en temas paranormales. Que yo recuerde fueron asesinatos, aquí se habla del demonio

—No. Habla de tres mil euros. Todos para ti. Lee lo que pone, para Daniel Carabias. Firmas abajo haces el reportaje y ya está.

—No tengo ni idea de esos rollos satánicos.

—Eso es una excusa para vender. Fueron asesinados. Los chicos hicieron una sesión de ouija unos días antes, tras las muertes se supo y al no encontrar ningún culpable surgió esa historia, que si fue obra del demonio o de algún espíritu. Eso es lo que le interesa a la editorial, el cuento, la leyenda. Tu haz las fotos y que ellos escriban lo que les apetezca.

—Tal vez no sea lo más apropiado para retomar el trabajo, Marta.

—Si no empiezas a ganar algo de dinero, el agujero en el que te vas a despertar una mañana será más profundo de lo que te imaginas, de esos que se tarda otra media en subir hasta la mitad.

—Dudo que pueda coger una cámara para encuadrar nada.

—Mientras preparaba el café me he permitido la osadía de mirar en tu dormitorio —confesó Marta. Daniel bajó la cabeza—. Es un desastre. Luego en la habitación de al lado y después en tu despacho. Me he fijado en un objetivo de cincuenta que tienes sobre la mesa, fuera de la funda, y no tiene polvo. He visto el equipo bien colocado. Y brillante.

Daniel la miró en silencio.

—En medio del naufragio no suelen aparecer muchos cabos a los que sujetarse —siguió Marta—. Agarra fuerte este y sube a un barco que te lleve de nuevo a tierra.

—¿Y tú, qué pintas en este proyecto?

—La oferta llegó a la Agencia, a mi mesa. El director dijo que Lens no podía encargarse, está todo el mundo muy liado, y los becarios…

Daniel Se acomodó con la taza de café en la mano.

—Becarios, los pilares del mercado laboral.

—Lo que quieren es un reportaje oscuro, con estética realista, pero respetuoso. Serio. Van a editar varios libros sobre el tema por el quinto aniversario de los… sucesos.

—Lo recuerdo, fue impactante. Brutal.

—Hablé con la jefa de la editorial, es para darla de comer aparte. Un personaje. Van a editar dos novelas, libros de gran formato con las imágenes, posters, cajas especiales con postales y pergaminos con símbolos, todo ese rollo. Preparan una web especial para el tema, blogs, cuentas en redes sociales… Sólo tienes que hacer fotos oscuras, tétricas, con la luna llena entre las nubes, fachadas de piedra, el campanario con unos cuervos, las cruces del cementerio perfiladas entre la niebla, gente de espaldas desconfiando… Y de los escenarios de las muertes.

—¿Sólo?

—Las editas con un poquito de grano, misteriosas, con suspense. Algunas en blanco y negro, ya sabes sombras alargadas…

—¿Y por qué no las hacen los de la editorial?

Marta se encogió de hombros.

—En fin, la cuestión es que yo soy autónoma. Me quedé con el proyecto y te voy a contratar.

—¿Tú crees en esas historias, en espíritus, ouijas?

—Si no aparece en un negativo, no existe.

—De que fecha estamos hablando.

—Las imágenes deben estar en manos de los maquetadores de la editorial antes de final de mes. Lo tengo todo preparado, direcciones, las noticias de la época con los escenarios para que no tengas que preguntar mucho por allí… hasta tu alojamiento. Hablado

y pagado. Te lo descontaré de los tres mil euros, claro. ¡Ah!, el pueblo tiene bar.

—Tengo que pensarlo.

—Dani, eso crees, pero ya lo tienes pensado.

Daniel se levantó del sofá a mirar por la ventana. Una furgoneta aparcó sobre la acera de enfrente con los cuatro intermitentes funcionando, de ella salió un hombre con unos paquetes y llamó al portal; unas señoras paseaban, hablando de forma animada, parando a cada poco; unos chicos con mochilas y uniformes escolares miraban, con las manos pegadas al cristal, las guitarras de la tienda de música; el semáforo se puso en rojo para los peatones y los coches comenzaron a circular tras el pitido de aviso de un conductor con prisa.

Daniel suspiró. Levantó la vista. En el balcón frente a su piso una anciana regaba las plantas. La conocía de la pandemia, de salir a aplaudir lo que fuese que se aplaudía, aunque nunca llegó a hablar con ella, no le gustaba dar voces. La mujer se ayudaba de la barandilla para desplazarse con dificultad de un extremo a otro. Un andador la esperaba en la puerta de la terraza. Apenas se agachaba, no podía. Volcaba la regadera sobre las plantas. Acarició las hojas más altas. Se fijó en Daniel, sus miradas se cruzaron un instante. No la recordaba tan mayor, el tiempo había pasado más rápido para ella.

Miró el dossier sobre la mesa y luego a Marta.

—¿A qué día estamos?

—A miércoles, ocho de junio —contestó Marta.

—¿Me ayudarás con la maleta? —preguntó él.

—Yo comenzaría por poner un par de lavadoras.

Daniel se giró hacia el interior. Entre sus ojos, pómulos y labios compusieron una expresión que recordaba a una sonrisa. Se volvió hacia la ventana, la anciana ya no estaba.

Capítulo 3. Los sucesos de Dosepulcros.

Ha transcurrido un mes desde que los tres jóvenes de Dosepulcros murieran de forma violenta y en extrañas circunstancias aún sin aclarar por los cuerpos de seguridad, que continúan sin pistas ni sospechosos. No hay una línea concreta de investigación a seguir, aunque como ha comunicado la portavoz de la Guardia Civil, todas las líneas son válidas en una investigación como esta, tan atípica y complicada. El juez ha decretado el secreto de los tres sumarios, ya que las muertes de los adolescentes, aunque el mismo día y a la misma hora, se produjeron en distintos escenarios y por diferentes causas.

Daniel soltó la fotocopia de la noticia, su mirada se dirigió a la pantalla del portátil. Creó una carpeta en una unidad USB y comenzó a descargar imágenes a medida que las ojeaba sin demasiado detenimiento, ya tendría tiempo de hacerlo. El salón de la casa de uno de los chicos, Rafa; un plano general del pueblo con el cartel de comienzo del municipio en primer plano; un par de fotos de cadáveres cubiertos con sábanas de las que asomaban unas botas en una y zapatillas de deporte en otra; la imagen de un féretro saliendo de la iglesia del pueblo entre una muchedumbre.

Volvió al dossier fotocopiado.

La tarde del 17 de noviembre de 2021 la vida cambió para tres jóvenes del municipio de Dosepulcros. Reunidos en la casa de uno de ellos, Rafa, el mayor del grupo, disfrutaban de una tarde con música, películas y animadas charlas. No está claro de quién de ellos surgió la idea de realizar una sesión de espiritismo con una vieja ouija de madera tallada que otro de ellos, Carlos, guardaba en el

armario de su habitación y, que según se supo más tarde, encontró en un camino a las afueras del pueblo. Tanto Rafa, Carlos, como Javier, estuvieron de acuerdo en experimentar la sensación de comunicarse con el más allá.

Crearon el ambiente adecuado en el salón de Rafa colocando velas y bajando las persianas. Con la ouija y un vaso sobre la mesa se conjuraron para viajar a lo desconocido.

Más imágenes. Daniel recordaba haber visto algunos de aquellos lugares en periódicos y telediarios de la época: el campanario de la iglesia; las rejas de una finca terminadas en forma de lanza; una fachada derrumbada, grandes piedras sobre una acera y parte de la carretera de las que salía una mancha oscura de sangre.

Poco a poco, Daniel recordó el impacto y la repercusión mediática que tuvo la noticia hasta que, como todas, con el tiempo, se olvidó. Más en este caso, en el que no hubo sospechosos y a lo único que se pudieron agarrar los medios de comunicación fue a fenómenos inexplicables, paranormales, por lo que su persistencia en el tiempo quedó reducida a recordatorios en programas de temática oscura o sucesos. Lo ocurrido el 23 de noviembre de 2021 a las 7 de la mañana en Dosepulcros fue olvidado por la prensa conocida con el mote de «seria».

Una publicación con gran número de visualizaciones llamó su atención en *Youtube*. De entrada, la tipografía tipo *Creepy*, con las letras goteando sangre y el estúpido gesto de susto del titular de la cuenta no le contagiaron optimismo.

El 23 de noviembre, trascurridos seis días de la invocación demoníaca, la tragedia se desató en Dosepulcros. Como una maldición, el pueblo se convirtió en el epicentro del infierno…

Cerró el vídeo. No le gustaron ni los gestos exagerados y ridículos del *youtuber* ni el lenguaje y tono sensacionalistas, acordes con los infantiles efectos que introdujo al editarlo.

Entre la documentación que había dejado Marta encontró unas copias de un número de la revista Interview, sin portada. «¿Quién saldría en ella?», se preguntó (puede que tuviese más signos de

recuperación de los que pensaba). El reportaje incluía fotografías de los informes policiales de las tres muertes.

Comenzó a leer, poco a poco se fue hundiendo en el respaldo del sofá. Estremecido. Miró la hora: 23:30. Continuó. A los tres minutos en su móvil sonó un aviso de mensaje. Era Marta:

—Acuéstate, mañana tienes que preparar el equipo y salir de viaje. Buenas noches.

Daniel activo sus pulgares:

—Ya lo tengo preparado. Estoy leyendo la documentación. No sé si podré dormir. *Contaré ovejas.*

—A partir de ahora lo mejor será que para dormir cuentes lobos. Mañana te llamo, ya he hablado con la mujer de la casa en la que te hospedarás. Te espera.

—De acuerdo. Gracias, Marta. Buenas noches.

El primer informe que leyó fue el del chico que murió al caer del campanario de la iglesia del pueblo. Quedó tan desconcertado que decidió irse a la cama.

Fue apagar el ordenador y pensar en Gina sonriendo. Después, en Gina muerta. Con una voluntad renovada, dejó de hacerlo. Si quería salir adelante debía verla con vida hasta que no se demostrase lo contrario.

Comenzar a lavarse los dientes y ver a Gina en el espejo del baño, tras él, fue todo uno. De nuevo, tiró de voluntad.

Nada más meterse en la cama, Gina de nuevo. «Joder con la fuerza de voluntad». Acaba de conseguir una dosis y no quería gastarla de golpe.

Lo más socorrido para olvidar una desgracia propia es centrarse en una ajena. Suspiró, se levantó de la cama a leer el segundo informe. «En Dosepulcros sí que están jodidos».

Capítulo 4. Plantas marchitas.

No habrían trascurrido más de diez minutos desde que Daniel se había quedado dormido en el sofá. La pantalla del portátil iluminaba su pecho. La cabeza hacia atrás, el cuello en mala postura, la boca entreabierta, de estar muy a gusto.

Le despertó el progresivo y simultáneo sonido de una variada gama de sirenas. Se sentía como si hubiese dormido durante horas. Los destellos azules, rojos y naranjas se filtraban por turnos a través de los huecos que unen las lamas de la persiana. De repente, el salón le pareció bonito, casi festivo. La esquina del monitor marcaba la 01:35.

«Alguien está peor que yo».

Subió la persiana para husmear como de graves eran los dramas de la gente de su propia calle.

Bomberos, ambulancia y policía. No sabía el orden de llegada, pero seguramente ese sería el de intervención. En la calle, unos pocos y alarmados curiosos miraban al edificio de enfrente. Algunas luces salpicaban las fachadas, gente en bata y pijama giraba la cabeza arriba o abajo, buscando.

El piso de la señora del andador, la que regaba las plantas, estaba iluminado. Dentro había movimiento. Uniformes azules con bandas reflectantes se movían por el interior, un casco de bombero; uniformes blancos, una camilla; gorras de policía. Dos sanitarios estaban agachados en el balcón, miraban algo en suelo que no alcanzaba a ver por la altura de los maceteros.

«Joder, espero que se recupere». Había visto a la señora esa misma mañana y dejado de verla como por arte de magia. Se sintió culpable. Debió haber caído en la cuenta de que con el andador no

era posible que hubiese entrado tan rápido en casa. No veía nada. «Putas plantas».

Nervioso, fue a la cocina. Abrió un armario, no encontró lo que buscaba. Otro, tampoco. Otra puerta. Movió unas botellas de refrescos. Cerró de mala leche. «Joder, Marta, era un ron de importación», la maldijo por obligación. Se quedó pensando un momento, con los dedos corazón y el pulgar presionado los occipitales. Sonrió mientras se dirigía de nuevo al salón. Abrió un cajón del mueble. Cosas variadas, escarbó hasta el fondo. Unas botellas en miniatura de ginebra, ron y whisky rodaron hasta el frente. *Recuerdo del enlace Ana (dos círculos unidos) Gabriel 17_06_2012.* La boda de su cuñada. Impaciente, se abalanzó sobre el respaldo del sofá, sin perder de vista el balcón del edificio de enfrente. Retiró el envoltorio de celofán de una de las botellas. Giró el tapón hasta escuchar cómo se desprendía del anillo que la sujetaba al cuello.

En el balcón había alguien de paisano. Olió la ginebra. Llevaba tres meses bebiendo mucho. Y en soledad.

—No vayamos a tener un problema —avisó a la botellita.

Miró los expedientes, el portátil abierto con la pantalla en negro y cerró la botella. «¿Que estoy haciendo?».

Dos sanitarios metieron a la anciana en su salón transportada en una camilla.

—¡Vamos, señora! Tiene que ponerse bien.

Al rato, la puerta del portal se abrió. De ella surgió la camilla con un cuerpo cubierto con una sábana blanca. Muy blanca, brillaba ente los destellos de colores, navegaba por el brillante asfalto que reflejaba las luces, ahora fijas, de los vehículos. Abrió despacio la botellita, el tapón se le escurrió de entre los dedos. Se la bebió de un largo trago, absorbiendo por la estrecha boca para que el líquido fluyese más aprisa.

—Claro que tengo un problema.

Se giró y lanzó la botella contra una fotografía de Gina y él.

—¿Dónde estás?

El marco quedó boca abajo, el botellín rebotó contra los lomos de una colección de libros encuadernados en símil de piel de «La

historia del Rock» para quedar en el suelo bailando, como en el juego, y detenerse con el cuello señalándole.

—Me toca, lo sé.

Cerró la ventana y siguió leyendo los expedientes de las muertes de los otros dos chicos de Dosepulcros.

El alcohol le dio sueño y las muertes insomnio. Una guerra que solucionó vaciando el saco de la voluntad que le que le quedaba para ese día. Apagó el portátil y se fue a la cama dispuesto a contar los lobos que hiciese falta para dormir y despertar con el sonido de la alarma, desperezarse con una ducha y ponerse a trabajar, como hacen las personas que tienen problemas de los que se solucionan.

Casi. Tres minutos antes de las ocho de la mañana, abrió los ojos. «Pobre señora». Era la primera vez en meses que la cara de Gina no era lo primero que recordaba al despertar. Ni siquiera volvió la cabeza al otro lado de la cama.

Tras ducharse y tomarse un café le pareció que veía mejor, como si le hubiesen quitado un plástico arrugado de delante de los ojos. Dejó junto a la puerta la maleta con la ropa y la mochila con el equipo, se llevaba casi todo, no sabía que objetivos iba a tener que utilizar. «Tú también vienes», dijo al coger el ojo de pez.

Cerró la llave del agua, bajó persianas y se dirigió al salón para dejar a medio bajar la última, por si los cacos. Se fijó en el balcón de la señora. Cerca del cristal aguzó la mirada. Con el móvil amplió el plano. Levantó la vista de la pantalla, todas las plantas se habían marchitado. Ayer verdes y frondosas, ahora secas y caídas.

Muertas.

Capítulo 5. Findelmundo.

Se sintió extraño frente al volante después de al menos un mes sin conducir. El depósito estaba casi lleno, un gasto menos. La radio le acompañaría hasta las diez. Después, música conduciendo hacia el oeste, con el sol a la espalda en un día luminoso en el que pronto comenzaría a calentar.

A Daniel, conducir le daba ganas de pensar. Tenía unos cientos de kilómetros para hacerlo. La música que llevaba en el coche le recordaba a Gina, al igual que la que no llevaba. En uno de los descansos, sentado frente a un vaso de café ardiendo que pidió para llevar en un área de descanso tan impersonal como el líquido que servían, encontró en internet un podcast que trataba temas tan paranormales como el espiritismo, la relación del hombre con el Diablo o las posesiones de objetos. A él, todo eso le quedaba lejos, le atrajo en la adolescencia (como a los chicos de Dosepulcros), y, excepto alguna excelente película, sus conocimientos eran muy básicos y salpicados de tópicos, no le daban para más que para un escalofrío de novato.

De nuevo en la carretera, a medida que escuchaba, se hacía una idea del tono que le daría a las fotografías. Necesitaba volver a disfrutar con el trabajo. Fue su refugio y ahora debía convertirse en su cueva. No hay nada más abajo del suelo, si ya estás sobre él y apoyas fuerte las manos, puedes levantarte y, una vez erguido, comenzar a dar pasos. Tenía que comenzar a caminar y debía ser con ese trabajo.

Una llamada interrumpió el podcast. Era el inspector Melero, de la sección de personas desaparecidas. Un buen tipo de la Unidad Central de Delincuencia Especializa y Violenta más conocidos como

la UDEV. Con el paso del tiempo se convirtió en su contacto con la policía. Hablaron muchas veces, en ocasiones superando sus funciones, fue un verdadero apoyo.

—Buenos días, Melero. ¿Cómo está?

—Bien, aquí, ya sabe, trabajando. ¿Usted, bien? Hace mucho que no me llama.

—Sí, bueno. También trabajando. Dígame.

—Es por la llamada que recibió su suegro. Quiero que sepa que vamos a mirarlo. Es mucho tiempo, pero nunca se sabe.

—Lo sé.

—Mañana iré en persona a Ponferrada para hablar con esa mujer, a ver si conseguimos algo.

—Se lo agradezco.

—Quiero que sepa que no lo hemos dejado. No vamos a abandonar el caso de su mujer. ¿De acuerdo?

—Sí. Siempre he confiado en usted. Por cierto ¿Cómo está su hija?

—¡Bien! La semana pasada la quitaron la escayola. Ya anda por ahí metiendo canastas.

—Me alegro mucho, Melero.

—Le mantendré informado. Cuídese, Carabias.

—Igualmente.

Siempre le gustó que ese policía le llamase por el apellido, como en el colegio. De tantas veces que fue a comisaría, parecía que trabajase allí. El programa captó de nuevo su atención.

Comió en área de descanso sin personalidad de la autopista. Un bocadillo sin carácter y una bebida famosa que presumía de tenerlo. Se le fue el tiempo pensando en los impedimentos y pegas que podrían poner los habitantes del pueblo le invadió una sensación de lo que su sobrino denominaba «mal rollo». Tenía el justificado presentimiento de que esa gente no se lo iba a poner fácil. No les gustaría revivir de nuevo las muertes de esos chicos. Aparte de los dramas individuales y familiares, los crímenes fueron una tragedia colectiva. El pueblo se hundió en la miseria del dolor, se convirtió en un lugar macabro, un punto señalado con cruces en los mapas,

observado por ojos curiosos de pasajeros en coches que ya no paraban. Estigmatizado para siempre.

De nuevo en la carretera siguió escuchando material y cavilando sobre el desolado pueblo.

—De hecho, me han dicho que casi ni pasan coches por allí —le informó Marta en la llamada de teléfono que interrumpió de nuevo la escucha de un escalofriante capítulo en el que se narraba la pesadilla vivida por una familia con niños pequeños en una antigua casa a la que se mudaron, y en la que décadas antes habitó una familia a la que sacudió la tragedia, los Van Aken. Le sonaba la historia.

—Dijiste que había restaurante…

—Sí, bueno. Por lo que me han contado había un restaurante grande en la entrada, pero cerró porque ya no paraba nadie. Abrieron otro en el centro del pueblo, más tranquilo. Puedes comer en la casa donde te vas a quedar…

—Puede que sí y puede que no, depende del trabajo. No quiero atarme con los horarios.

—Seguro que la señora estará encantada.

—Ella sí, pero tal vez yo no. Ya te contaré, estoy a media hora del pueblo.

—La casa no está en el pueblo. Creo que tienes que tomar un camino. No sé si saldrá en el navegador. Pregunta por la Finca La Higuereta, de Inés Parrado. Lo tienes escrito en la carpeta. No te vayas a caer por un barranco siguiendo el *Google Maps.*

—Vale, lo haré.

—Llama con cualquier cosa.

—Sí, tranquila.

—Suerte, Dani —Marta colgó.

Ese último deseo le inquietó, lo pronunció con el tono de quien se despide de un recluta que marcha a una guerra en la que van perdiendo.

Agradeció las primeras sombras al llegar a los pies de la sierra. En seguida, la subida se hizo abrupta, daba gusto conducir por esas carreteras. Estrechas, sinuosas e impredecibles, de virajes caprichosos, al igual que los niños cuando juegan al «tú la llevas».

Un camino envuelto en un halo de misterio que, aleja o acerca a todo y de todo, según se mire, que suele ser según convenga. Todo lo contrario que las previsibles autovías de la Meseta, sin un mal giro que llevarse al volante, que parecen frenar tu avance para que no llegues nunca a tu destino.

A la derecha, a la vuelta de una curva de bajada, apareció la señal de inicio del término municipal de Dosepulcros. Nuevecita, anacrónica respecto a las señales de velocidad, peligro y curvas peligrosas que se plantaron hace décadas en esos arcenes. Había escuchado que en los pueblos con crímenes y otros hechos luctuosos a sus espaldas solían pintarrajearse las señales, e incluso las robaban como fetiches macabros. Le vino a la cabeza el nombre de Puerto Hurraco. Intentó recordar un pueblecito del Pirineo Aragonés en el que se produjo un crimen, un alcalde tal vez… De nombre parecido al título de esa película de los Hermanos Coen con la agente de policía embarazada.

Ya podía ver a su izquierda varios tejados en el valle. Había una altura considerable. La referencia del tamaño de las casas le hizo levantar un poco el pie del acelerador.

Lo veía y lo perdía para volver a verlo de nuevo y desaparecer de su vista otra vez, hasta que el antiguo restaurante apareció tras la última curva que llevaba a terreno más llano.

«Mesón el Cabrito de Oro». Se hizo una idea de los gustos culinarios de la zona.

A Gina no le gustaba el cabrito.

«Pero a mí, sí».

—¡Tal vez lo pruebe —susurró al mirar la hilera de pequeñas calaveras fijadas en una viga que recorría la fachada y separaba las dos alturas del edificio.

Salió del coche para echar un vistazo.

De piedra y madera con buena rejería. Portón castellano de cuarterones, un edificio sólido, con solera, tradicional, construido para comer carne. La vegetación crecía exuberante alrededor. Faltaban tejas y el canalón no aguantaría muchas tormentas antes de descolgarse del todo.

«Que pena».

Sopesó sacar una de las cámaras. Para hacerse una idea general con el móvil bastaría, tenía tiempo de sobra. Se acercó un poco para tomar unas imágenes.

—¿Lo quiere comprar? —preguntó una voz.

Se sobresaltó. Daniel escuchó la pregunta a su derecha, sin ver a nadie.

Un hombre salió de entre la maleza que colonizaba uno de los laterales del edifico con una guadaña oxidada en las manos.

—No.

—¿Entonces? —El hombre señaló el teléfono con un movimiento de barbilla.

—¿Es suyo? —preguntó Daniel.

—No.

—¿Entonces? —Daniel se encogió de hombros a la vez que abría las manos.

El hombre dio un paso hacia adelante. Sus manos apretaron el mango de la guadaña.

Daniel retrocedió un paso. Tal vez no había sido buena idea incordiar a esa especie de representación de la muerte con mono azulón y gorra de publicidad de banco con visera de plástico, aunque tampoco pensaba que le fuese a matar por preguntar.

—Como si lo fuera. Es de mi hermana —justificó el hombre.

—Me han hablado muy bien de este Mesón. Es un edificio muy bonito —intentó arreglarlo Daniel.

El tipo acomodó la herramienta en el hombro, se quitó la gorra y la sacudió contra el muslo.

—Es por tener un recuerdo —dijo Daniel mostrando el móvil para guardarlo acto seguido en bolsillo trasero.

Un perro apareció de repente por el otro lado del mesón. Comenzó a gruñir despacio, con los dientes juntos, haciendo que temblasen sus labios. Era oscuro, casi negro, con forma de pastor alemán, pero con el culo más alto. Un cruce de los perros de Satanás y el Conde Drácula. Daniel retrocedió hasta el coche sin reparos.

El perro avanzó, seguro de sí mismo, sabiendo que le sobraban tiempo y espacio para llegar hasta Daniel. Y dientes, le sobraban

dientes.

El hombre se puso la gorra y chasqueó la lengua dos veces.

—¡Aquí, Findelmundo!

El perro, lobo, perro-lobo o lo que fuese se dirigió hacia su amo dedicando una fea mirada acompañada de un gruñido a Daniel.

—Tranquilo, no hace nada —dijo el lugareño.

—Es difícil de creer. Bueno, le dejo.

Se metió el coche con rapidez al ver que perro y hombre se acercaban. Al animal aceleró. Giró la llave y subió la ventanilla.

—El restaurante está ahora en el pueblo. Por si quiere tomar algo.

—Sí. Voy para allá.

—No tiene perdida, a la entrada de la plaza. Se aparca bien, en este pueblo ya no hay un puto coche.

—Gracias.

El perro se acercó al vehículo mostrando los colmillos.

—¡Sit!

Se sentó a regañadientes.

—No le gusta usted —dijo el hombre negando con la cabeza.

«Ni él a mí», se calló Daniel la réplica.

—¿De qué raza es? —preguntó Daniel intrigado.

El dueño se agachó, colocó su nariz junto al hocico del animal y gruñó. El perro hizo lo mismo.

—De la más perra —dijo.

Capítulo 6. Dosepulcros.

Un decorado. Eso le pareció lo que pudo ver del pueblo en el trayecto desde el Mesón El Cabrito de Oro hasta el Restaurante El Nuevo Cabrito de Oro. Apenas se cruzó con un puñado de personas. Dudó si tras los muros de piedra escuadrada perfectamente rejuntada de las casas, habría salones, cocinas y dormitorios al cruzar las puertas, o sólo unos contrafuertes sostendrían las fachadas. Un lugar frío, como si no se usase, al que la vida hubiese abandonado y sólo mantuviese las constantes vitales de forma artificial.

Daniel recordó cuando, de niño, en los viajes con sus padres, los habitantes de los pueblos pequeños siempre se quedaban mirando los coches al pasar, aguzando la vista para distinguir a los viajeros, pensando en si los conocerían de algo, o porqué cruzaban por allí. En Dosepulcros, los cuatro vecinos que vio se taparon la cara con disimulo o giraron el cuello para preservar su anonimato, como quien luce una horrible cicatriz o una aparatosa quemadura. Daniel barajó varios motivos: vergüenza, miedo, rechazo, una actitud defensiva adquirida por la costumbre de desconfiar.

El dueño del perro de la raza más perra tenía razón, cero problemas de aparcamiento. De la chimenea del mesón salía humo. Sería la cena para la familia, clientes no parecía haber ninguno.

Un cráneo con las astas retorcidas en espiral coronaba la puerta bajo un foco de bombillas *led* alimentadas por una moderna placa solar. Pasado y presente juntos en una lección de mal gusto.

El interior revelaba un esfuerzo por crear un ambiente rural y acogedor, con las típicas vigas impregnadas de betún de judea en los techos y paramentos de finos ladrillos enmarcados entre listones

demasiado perfectos, con muescas de fábrica y comprados en una gran superficie. Las baldosas, de imitación a madera en tonos grises colocadas a «matajunta» delataban la mano de al menos dos decoradores que desconocieron las intenciones de los mutuos proyectos al encargar el material. La poca luz del local disimulaba el ambiente lo mejor que podía.

Desde el fondo de la barra, tras una cortina de finas cadenas de metal galvanizado, salía la principal fuente de luz. Y de ruido de cacharros, la cocina.

—¡Hola! —llamó Daniel tras sentarse en un elegante taburetes de madera. Tal y como se temía, tuvo que probar de nuevo—. ¡Buenos días!

El ruido de cacerolas cesó un instante para volver de inmediato. No lo habían oído.

—¡Jefa! —exclamó llamando a las cosas por su nombre y un par de tonos más alto.

—¡Va!

Una mujer apareció secándose las manos en un mandil.

—Buenos días —dijo la mujer. Miró a Daniel para asegurarse de si lo conocía o no—. ¿Cómo sabe que soy jefa y no jefe?

—Buenos días. Me lo ha dicho su hermano.

Se apoyo en la barra, frente a él. Atusó las puntas de dos largas trenzas de pelo canoso y las dejó caer sobre sus pechos.

—Yo no tengo hermanos —sonrió.

Daniel se irguió en el taburete.

—Pero… un hombre con un perro negro muy agresivo me dijo que el restaurante del pueblo era de su hermana… Y que ahora estaba aquí. He supuesto que…

—La Paquita es mi cuñada, la dueña del edificio. El restaurante es mío. Eran mi marido y su lobo.

—No, es un perro, con un aspecto aterrador, la verdad. Pero perro.

—Como son los perros de por aquí, mitad lobos. En estos montes no hay caniches, ni perros salchichas con abriguitos. Bueno, ¿qué es lo quiere? ¿Cenar?

—¿Cenar? No lo sé, quería preguntarle…

—¿No sabe si quiere cenar?

—Póngame un café cortado —zanjó un tema que no iba a ninguna parte.

—¿Qué quería preguntar?

La mujer trajinaba con la cafetera. Su tono fue el de quien que advierte que dependiendo de la pregunta contestaría o no, aunque supiese la respuesta. Carácter defensivo de nuevo.

—Voy a la Finca Higuereta, a la casa de Inés Parrado. ¿La conoce?

La mujer, tras valorar la pregunta, se volvió.

—Claro que la conozco. Todos conocemos a Inés.

—¿Sabe dónde está la casa? No tengo muy claro que camino coger. Tengo una fotografía por aquí…

Daniel rebuscó en la carpeta.

—¡Santo Dios! —exclamó la camarera a la vez que se persignaba —. ¿Tiene fotografías de Inés? —preguntó con asombró.

—No. Me refiero a la casa.

—¡Ah! —Suspiró aliviada—. Sé dónde está. ¿Qué va a hacer en casa de Inés Parrado?

Terminó de preparar el café y lo colocó en la barra, frente a Daniel, que comprendió que no le iba a dar la información a cambio de nada. Esa mujer necesitaba saber, se la veía ávida de conocimiento.

—Inés no viene mucho por el pueblo —continuó—, no suele hacer visitas, pero desde luego, lo que no hace nunca es recibirlas. ¿Le espera a usted? —Se acodó en la barra.

Ahora, la mujer tenía toda su atención.

—Eso espero.

Daniel cayó en la cuenta de que sería mejor hablar. Iban a verle por las calles y saber lo que estaba haciendo allí al día siguiente. En los pueblos pequeños la gente se ama y odia a partes iguales, todos tienen asuntos para echarse en cara y favores que agradecerse, aunque con el tiempo, lo negativo espesa, siempre termina pesando más en la balanza. Le daba la impresión de muy pronto sabría si esa mujer y su casera, Inés Parrado, tenían cuentas pendientes.

—Voy a alojarme unos días en su casa.

La mujer abrió los ojos. Por la tensión del gesto, Daniel supuso que era lo máximo que podía abrirlos. Silencio. Ahora sí que necesitaba más. Ella palpó un taburete a su espalda, lo arrastró hasta su trasero, se acomodó sobre él y se acodó en la barra.

—Soy fotógrafo. He venido a hacer un reportaje sobre el pueblo.

La mujer seguía sin habla, sorprendida, intentando desconfiar todo lo que podía, lentamente, por adelantado.

—Para un libro —añadió Daniel.

Era suficiente. Se acabó la información. Consideró que era una cantidad generosa para intercambiar por una dirección. Movió el café con la cucharilla. Ahora el silencio estaba de su parte.

Esa mujer era dura de pelar. Dos sorbos terminaron con más de medio café.

—Me parece tan raro que Inés vaya a tener un huésped… ¿Cómo consiguió hablar con ella?

—Una amiga lo gestionó todo. No sé cómo, por internet supongo.

—¿Por internet? ¿Inés Parrado tiene internet?

—Tal vez por teléfono, no estoy seguro.

—No tiene teléfono.

—Sólo sé que tengo que ir a su casa. Que está… —le pasó la pelota.

—Cerca —reaccionó la mujer tras mirarle a los ojos un par de segundos.

Él apuró el café. El regusto no era bueno. Se consoló al recordar una entrevista que había leído a David Lynch, en la aseguraba que un mal café siempre es mejor que ningún café. No era textual, pero le servía.

—Le explico, mire.

La camarera bajó del taburete de un saltito y se dirigió a la salida de la barra.

Escuchó ladridos. Daniel arrugó los labios. Unas patas frotaban la puerta del restaurante.

—Ya está aquí este animal. ¡Quieto! ¡Calla ya! —gritó ella.

Se acercó a la puerta para entreabrirla con cuidado. Daniel se sentó en el taburete y apoyó los pies en el travesaño que unía las patas. Se dio cuenta de la estupidez, bajó para situarse tras él. Otra

tontería. Por el hueco de la puerta pudo ver el hocico y los escultóricos dientes del perro.

—*¡Sit!* —gritó el dueño desde el porche—. ¡*Sit*, joder!

La mujer abrió la puerta.

—Te he dicho mil veces que aquí no vengas con esta bestia, que lo dejes atado en el garaje.

El hombre de la gorra y el mono entró al restaurante acompañado de la mujer.

—Es mi marido, Rogelio —dijo ella.

—Nos conocemos —dijo Daniel saliendo tras el taburete.

—Va hacer fotos del pueblo para un libro —dijo a su marido—. Y adivina.

El hombre la miró sin decir nada.

—Se va a quedar en casa de la Inés —señaló ella con el índice apuntando a lo lejos, elevándolo de forma progresiva en un gesto que a Daniel no le pareció que significase «cerca».

—¿En la Higuereta? —preguntó él.

—En la finca, sí.

Daniel asintió sin decir nada.

—Eso es que la hace falta dinero —discurrió Rogelio.

—¿Y qué fotos va a hacer? —preguntó a su mujer, que se encogió de hombros.

—Fotos del pueblo —dijo Daniel.

Ni pensar en explicar nada sobre los escenarios de las muertes de los chicos ni de ninguna editorial llamada Súcubo. Ese trabajo iba a ser más complicado de lo que pensó al aceptarlo. Marta se había quedado muy corta en la exposición de problemas.

—¿Por qué no le acompañas, Roge? Se va perder —sugirió ella a su marido.

—Le llevo hasta el camino. A casa de la Inés no subo más que cuando la llaman por teléfono. No se atreve a ir ni el perro.

Capítulo 7. La Higuereta.

Daniel no podía dejar de mirar por el retrovisor hacia la parte trasera del coche.

—No sé preocupe, que no hace nada —le tranquilizó Roge percatándose del vaivén de sus globos oculares—. Este perro, por mucho que yo le ordene, si hubiese querido destrozarle ya lo habría hecho junto al viejo mesón. Yo estaba equivocado debe caerle bien por algún motivo, si no le gusta alguien, no aguanta una segunda vez.

A Daniel, eso último le pareció mentira, además de una solemne tontería. A ese perro nadie ni nada le podían caer bien. Los nervios por el animal, que viajaba sentado sin ningún tipo de sujeción sobre un viejo plástico que Roge cogió de la papelera de su garaje y extendió sobre el asiento, no le dejaban conducir a gusto. Ni pensar. Ni respirar. Temía que en cualquier momento se abalanzase sobre su cuello, o su brazo al cambiar de marcha.

Rogelio, supuso que así se llamaba el hombre, había dejado claro que no se acercaría a su casera ni con el perro, por lo que sus expectativas en Dosepulros estaban tocando fondo nada más llegar. ¿Cómo sería esa mujer? No podía ser más agresiva que el perro. «En que lío me habrá metido Marta», pudo pensar sobre la oferta de trabajo durante un instante en el que se olvidó de la fiera que llevaba por pasajero.

Si la cosa se complicaba siempre podía largarse y perder el dinero. A Gina le gustaban los perros, siempre quiso tener uno, aunque de una raza no tan perra. Era mucho rato pensando, había que vigilar al animal.

—A ver, ¿cómo se llama? —preguntó Roge por sorpresa.

—Findelmundo, ¿no?

—Usted, ¡Joder!

—Daniel.

—No ha venido aquí para hacer fotos del pueblo. Nadie viene a Dosepulcros por el paisaje. Yo soy más directo que la Feli.

Daniel giró la cabeza.

—Feli, mi mujer. La del bar.

—Sí, sí.

—Aquí todo el mundo viene por las muertes de los chavales. Estamos embrujados —rio con ganas—. Eso le gusta a la gente de la ciudad. Viajar a lugares malditos. Mientras entren a comer en el bar…

—Eso lo dice usted.

—O sea que viene por las muertes.

—Yo no he dicho eso.

—No hace falta que lo diga. Salió en todos los periódicos y telediarios. Todo el día en la tele en esos programas para atontados. ¡Y en el internet de los cojones! Si alguien conoce este pueblo es por los accidentes de esos muchachos.

—Lo de accidentes… lo que recuerdo es que fueron muertes… muy violentas. Tres. A la misma hora y el mismo día. Siempre se pensó en asesinatos disfrazados de accidentes. Y disculpe, supongo que los conocía.

—La mayoría de los accidentes son violentos, salvajes. Claro que los conocía —le miró mientras conducía despacio por caminos a medio asfaltar, entre robles que se empeñaban en hacerlos más estrechos aún—. Aquí nos conocemos todos. O eso creemos. No se encontró ningún culpable. Y mira que buscaron. Todo estaba lleno de policías, guardias civiles y gente con monos blancos de esos, como en las películas.

—A veces los crímenes quedan impunes. Pero no dejan de ser crímenes.

—Lo que mató a esos chicos no es algo que se pueda encerrar en una cárcel.

—¿Qué quiere decir?

Roge guardó silencio unos segundos.

—Findelmundo lo sabe bien —estiró la mano hacia atrás para acariciarle el hocico, el perro se fue hacia adelante provocando un volantazo que casi les saca del ahora camino de tierra—. ¡*Sit, sit*! Este perro tiene cuatro años, nació la noche de la tragedia.

A Daniel le pareció una terrible coincidencia.

—¿Y sabe quién me lo regaló? —preguntó Roge—. La Inés, su casera. Yo creo que lo hizo para que me devorase cuando creciera. ¡Jajajaja! Pero lo he cuidado bien, como a una planta que se la riega y abona, se arrancan las hierbas de alrededor y se la poda cuando se debe, al final dará buenos frutos. Eso he hecho yo con Findelmundo, echó raíces conmigo, en mi casa. Bien alimentado y enseñado. Trabaja conmigo y nos somos fieles el uno al otro. Nadie muerde la mano que te da comer a no ser que seas un monstruo sin alma. O un tarado.

—¿Qué quería decir antes? Me dijo que lo que mató a los chavales era algo que no se podía encerrar en una prisión.

—Quería decir que es ahí mismo. Ese es el camino de subida. Pare, nos bajamos aquí.

Daniel dio las gracias, quedándose con las ganas de una respuesta.

—Nos veremos por el pueblo —dijo Daniel tras bajar la ventanilla cuatro dedos. El perro parecía que iba a saltar a por él en cualquier momento—. Le queda un buen trayecto hasta el bar.

—No pasa nada, conocemos un atajo. No tenemos prisa. Últimamente nos han robado algunos cabritos. Daremos una vuelta a ver que vemos por ahí. ¿Verdad? —preguntó al perro—. Suba por ese camino y a medio kilómetro está la Higuereta. Y mucha suerte —rio mientras se marchaban.

Cuando Daniel los perdió de vista al girar, el animal aún miraba hacia el coche.

Era la segunda vez que le deseaban suerte para ese trabajo.

El camino de subida transcurría entre una densa arboleda que desapareció de repente, como cortada de un tajo. Una gran explanada verde se abrió ante él. El terreno cambió de color, del rojizo de la arcilla al oscuro de la tierra buena, la que tiene pinta de

fértil. Como la de los sacos que patrocinaban el documental que vio la noche anterior.

Desde lejos, la casa no parecía gran cosa. Una vez salió del coche y la miró de cerca, comprobó que no necesitaba graduarse la vista. Hacía años que esas paredes imploraban una mano de pintura; la cinta adhesiva que unía algunos cristales de las ventanas se notaba a pesar de ser trasparente; a uno de los bancos del porche le faltaba una pata, una pila de ladrillos le daba estabilidad; llamaba la atención el jardín, destrozado, como si se acabase de librar el él una batalla entre dos clanes escoceses calzados con botas de alpinista. Una gran cantidad de tablas de distinto tamaño amontonadas de cualquier manera junto a un pozo; herramientas de todo tipo desperdigadas; un alambre de espino a medio colocar con unos alicates junto al rollo sobrante; una escalera apoyada en el alero de una construcción anexa de una sola altura y junto a ella, en suelo, varias tejas árabes apiladas del único modo en el que no encajaban, daban la impresión de que por allí debía pulular una cuadrilla de albañiles desmotivados. Nadie daba señales de vida.

Dudó entre tocar el claxon o llamar a la puerta. Era un inquilino, guiado por la educación y la discreción, se decidió por lo segundo. Enfiló el caminito que llevaba hasta la puerta principal pisando sobre unas lajas de pizarra que, al tercer paso le dieron la impresión de estar demasiado separadas entre sí. Era necesario dar un pequeño salto a cada tres, consiguiendo este diseño hacer el trayecto más ameno.

La puerta de entrada a la vivienda estaba entreabierta. En lo que se decidió entre pulsar el timbre y o golpear un precioso llamador con la cabeza de cuervo muy realista, escuchó un ruido a su derecha que le dejó con la mano a la altura del pecho. Más tarde acariciaría ese pájaro.

—¿Hola? —preguntó para llamar la atención.

Varias piezas de metal o algo metálico compuesto de varias partes cayó al suelo, rebotando contra este y entre sí. Daniel se dirigió hacia la fuente de sonido con la debida precaución. Se detuvo al ver asomar por la esquina de la casa unos barrotes de hierro con la

punta aplanada y un orificio, de las que unían los cuerpos de los antiguos andamios formado una x.

Una mujer apareció tras ellos. Mediría un metro noventa, tal vez más teniendo en cuenta que su cabello rizado tiraba de ella hacia el cielo, tensando su frente, arqueando las pobladas cejas y abriendo sus ojos al máximo bajo unas gafas de pasta demoledoras. La mitad inferior de su cara, sin embargo, no presentaba esa tirantez. Sus labios descansaban arrugados, el material sobrante de sus mofletes caía a ambos lados enmarcando una barbilla con carácter en la que pudo distinguir varios pelos rebeldes, de los que cuesta arrancar. La nariz era larga y delgada, parecía en tensión intentando mantener las dos mitades del rostro en equilibrio, la que tendía a separarse de la cabeza y la que caía por agotamiento.

Ella le miró desde lo alto. Puso los hierros en pie como un Moisés que se dispone a emprender el camino. Inés Parrado era de dimensiones grandes, y fuerte. Su ropa de hombre la alejaba aún más del aspecto femenino, aun así, sus rasgos, maneras y grandes pechos no dejaban lugar a la duda sobre su género. Se movía despacio, a sacudidas como una fiera a la que han disparado un dardo tranquilizante y está a punto de caer. A Daniel le pareció que intentaba sonreír. A punto estuvo de conseguirlo. Una de esas personas a las que les cuesta hacer amigos. Nadie se iba a presentar en su casa por la tarde a tomar café y rosquillas fritas.

Capítulo 8. Inés Parrado.

—Buenos días, soy Daniel Carabias. Mi… jefa ha hablado con usted por el alojamiento para una semana.

La mujer se cambió los hierros a la mano izquierda y los arrojó al jardín.

—Es verdad —dijo.

No se movió.

Él tomó la iniciativa con el presentimiento de que todo iba a ser agotador. Sintió unas ganas terribles de empezar el trabajo. Él y la cámara. Su ojo y el objetivo. Todo uno. Ese uno y los encuadres. La luz. Los planos y el mensaje. «Ayúdame, Gina».

—Voy al coche a buscar la maleta y el material. ¿Le parece bien?

—Sí. Le enseñaré la casa —reaccionó ella. Se limpió las manos en un pañuelo que salía de uno de los bolsillos del mono verde que llevaba, se rascó los muslos y se dirigió a la puerta atusándose el pelo sin éxito.

—Ya veo que anda en obras —dijo Daniel volviendo la cabeza—. Por mí no se preocupe, me adaptaré.

—Esto siempre está en obras.

Daniel la siguió cargado con sus cosas. El interior de la casa parecía un almacén mal gestionado, cajas, revistas, copas, adornos, libros, aperos de barro y otros objetos se apilaban junto a las paredes a lo largo del pasillo, junto a muebles rústicos de madera con las estanterías vacías. «Andará de limpieza».

La puerta de la entrada se cerró tras ellos de un portazo. La mujer ni se volvió.

—A esta hora se levanta viento —dijo—. Esta noche habrá tormenta.

—¿Seguro?

Inés se detuvo. Se volvió despacio hacia Daniel. Estaba frente él, más alta, mucho más fuerte. Convencida, casi ofendida por la duda, dijo:

—Sí, seguro. Habrá tormenta.

—No se preocupe por mí, no me dan miedo los truenos.

Ella puso gesto de sorpresa y siguió caminado con paso firme y lento hasta la cocina. Parecía pertenecer a otra vivienda, ordenada, limpia, con los utensilios brillantes colgando de dos vigas bajas. Una puerta que daba al exterior chocaba contra el marco haciendo vibrar los pequeños cristales cuadrados enmarcados en junquillos de madera.

—La cocina —señaló ella sin ganas—. Yo haré la comida y la cena, usted comerá y cenará a la hora que quiera. El desayuno y la merienda se los hace usted. Si quiere algo que no haya en la casa lo compra usted. Hay un colmado en el pueblo.

—Entendido.

Giraron por el pasillo.

—Esta es mi habitación. Aquí no puede entrar —Inés se rascó los muslos.

Daniel se fijó en que llevaba un bolígrafo de cuatro colores sujeto en el bolsillo del mandil. Le encantaba ese modelo.

Apretó la puerta hacia afuera a pesar de que estaba cerrada.

—No, desde luego.

—Ahí abajo está el sótano. Tampoco puede entrar. —Giró la maneta y tiró de ella para asegurarse de que no abría.

—No lo haré.

—Esta es la sala de estar.

Empujó la hoja para que la viese.

Avanzaron.

—El salón.

Era amplio, con un gran mueble lleno de libros desordenados. Nada más ver el mobiliario, a Daniel le pareció incómodo. Tendría que echar un vistazo a esa biblioteca.

—Los libros son de mis hermanos. Si quiere alguno lo puede leer y lo deja donde estuviese.

Eso, a Daniel, le pareció un reto.

—Gracias —dijo.

—¿Los dejará en su sitio?

—Sí, lo haré. Pondré una marca. Quedarán como estaban.

—Por aquí.

Inés se adelantó para que la siguiese. La puerta de la cocina que daba al jardín trasero golpeaba contra el marco sin parar y volvía hacia atrás chirriando. Comenzaron a subir unas escaleras de madera. Ella afrontó los escalones de dos en dos, él, de uno en uno, luego dos, después uno… No cogía el ritmo.

Pasaron por tres habitaciones cerradas.

—Son de mis hermanos. No puede entrar. Son suyas.

—Pensé que vivía sola.

—Ahora sí, pero pueden venir en cualquier momento. Trabajan fuera, ¿sabe? El día menos pensado se presentan en casa. Esos no avisan. Tengo que tener todo preparado.

—¿Llevan mucho tiempo fuera?

—No mucho, unos años. Creo.

Daniel no supo que decir. Durante su estancia intentaría no sacar el tema.

—Me escriben cartas. Me quieren mucho. Porque soy su hermana —justificó abriendo lo brazos—. Estos son capaces de llegar en plena noche. Sin avisar. En fin, ahí tienen todas sus cosas preparadas —extendió la mano hacia las habitaciones—. Esta es la suya —dijo y empujó la puerta—. Si necesita algo estaré por la finca.

—Gracias. Esto… ¿a qué hora suele comenzar la tormenta? Me gustaría salir un rato con la cámara.

Ella se detuvo en seco.

—Acaba de empezar.

La luz de un rayo se filtró por la ventana, a sus espaldas, iluminando el pasillo. Cuando Daniel la perdió de vista por las escaleras llegó el sonido del trueno, poderoso y lejano. De los que avisan para no ser traidores.

Capítulo 9. Dibujos.

El tamaño de la cama sobrecogía. Era desproporcionada, podría garantizar el descanso de tres personas con un dormir inquieto. Si tenían el tamaño de la dueña, dos. Sea como fuese, las intenciones de Daniel no eran las de compartir colchón, al menos no con nadie con quien se hubiese cruzado en el pueblo. La casera quedaba descartada por tamaño y carácter. «Lo siento, Gina», se sorprendió pensando en acostarse con otra mujer. Parecía que el infierno ya no quemaba tanto.

A la vez que recorría su cuarto, tocaba los muebles, hizo sitio en la amplia mesa empujando las variadas figurillas hacia atrás. Pensó en el gesto de Feli, la dueña, cocinera, camarera del restaurante y mujer de Roge, al extrañarse de que tuviese una foto de Inés. Se le saltó la risa. La controló inmediatamente, no era de los que menospreciaba a nadie por su físico. Pero la cara de asombro que puso fue impagable. Se tocó la suya y movió la mandíbula. Había reído, estaba seguro. Sin perder un segundo, se entristeció.

La escasa o nula relación de su casera con el resto de habitantes del pueblo también quedó patente en la conversación que mantuvo en el Nuevo Cabrito de Oro y a través de la propia Inés, estaba claro que no le gustaba la gente en general y, a la gente, ella, por lo motivos que fuesen, tampoco. El temor que causaba esa mujer al prójimo le quedo claro con la actitud de Roge, reacio a subir a la finca incluso con el perro.

Daniel golpeó con los nudillos la puerta del gran armario, más para comprobar la calidad del mueble que para que nadie la abriese desde dentro. El diseño lucía demasiadas curvas para su gusto, como un coche de los años cincuenta. «Con lo fácil que es fabricar

las cosas a escuadra y cartabón». Las molduras de la parte alta intentaban desclavarse a los lados de un floripondio de madera que bien pudo haber formado parte del *attrezzo* de una mala película ambientada en el S. XVIII.

«¿Y este rollito con sus hermanos?». Pensó en su casera como una víctima de la soledad, en los excesos que habría sufrido a lo largo de su vida. El interior del armario olía como huelen los armarios antiguos. Varias bolsas de bolas antipolillas ya apolilladas colgaban de la barra junto a algunas perchas de madera y otras de metal que habían sido pintadas. «¿Quién pinta las perchas de colgar la ropa?». Alguien que hacía mucho tiempo que no compraba ropa en una tienda, ni iba a supermercados y menos agrandes superficies. Sintió pena, cierta empatía. Él acababa de estar dos meses recluido en su casa, pidiendo comida a domicilio y entreabriendo la puerta para no ver a nadie ni que nadie le viese a él, como si los repartidores supiesen que su mujer había desaparecido sin dejar rastro. La quería tanto… Puede que no hubiese cuidado la planta tan bien como él pensaba, dio por supuesto que crecería sola, sana y fuerte. Cierto que no pasaban por su mejor momento, muchas horas de trabajo por ambas partes, pero no era nada grave. Una vez echó raíces dentro de la maceta, ya era suya. Sol y agua, limpiar el polvo a las hojas, vitaminas. Tal vez no la cuidó bien. No estaba dispuesto a sentirse culpable ni echarle la culpa a ella. La incertidumbre, el no saber, son alimentos nocivos para la imaginación. Ella no se fue. Alguien se la quitó. Se la llevaron, «Fue eso. Sólo puede ser eso». Si encontrase a los culpables sería capaz de matarlos con sus propias manos. El odio es buen combustible para poner en marcha al herido. Aunque a la larga es agotador. Sobre todo cuando no sabes a quien odiar.

A esas sillas tendría que ponerlas un cojín. Descartó los que apoyaban en la almohada de la cama, dos secciones de cilindro con un montón de flores de lana adosadas en el exterior, tejidas con formas imposibles, de especies imaginarias y colores que se llevaban mal entre ellos.

Tendría que enfocar bien ese trabajo, «nunca mejor pensado». Iba a ser complejo y delicado. Haría las preguntas imprescindibles, a

los vecinos de los pueblos pequeños lo que más les gusta de las preguntas es hacerlas ellos. Si no te conocen, lo de responderlas ya no lo llevan tan bien. En Dosepulcros, tras la exposición mediática brutal que sufrió el pueblo en su conjunto y la fama criada tras los sucesos, que todo hay que decirlo, generó titulares de lujo junto al nombre del municipio, no podía ir por ahí preguntando a la ligera por detalles, lugares, datos, y menos por personas. Esperaría a que le preguntasen a él. Estaba seguro de que esa gente, en el fondo, deseaba explicar lo que ocurrió, sin aspavientos ni cámaras de por medio. Llevaría la herramienta en la mochila, no quería sentirse amenazante con una réflex colgada al cuello. Con sigilo, a lo seguro. Lo de sacar el tema con su casera, ni pensarlo, a no ser que a ella le diese por hablar.

Los cuadros que decoraban la habitación iban desde lo *naif* y artesanal de principiante, hasta lo oscuro, simbólico y demoniaco. Unos, tejidos con los nombres de Abraham, Abel y Moisés —«¿serán sus hermanos»?»—, hechos a mano con ganchillo. Una cigüeña infantil presidía cada uno de ellos con un hatillo anudado al pico del que salía una cabeza rosada con dos largos pelos rizados y círculos rojos en los mofletes. «Eso es que nacieron gorditos y sanos». En el de Abraham, las últimas letras eran de menor tamaño, evidente falta de planificación en el diseño.

La ventana era grande, de madera. El hueco en el que se abría, revelaba el más de medio metro del grosor de los muros. Al interior se ofrecía una repisa con la pintura descascarillada bajo un paño de ganchillo de huecos tan grandes que no disimulaba los desperfectos. El viento soplaba fuerte, las copas de los árboles del fondo se doblaban hacia un lado, el cielo oscuro, casi negro. Algunas gotas de agua se estiraban sobre los cristales de la ventana. A esa mujer no le hacía falta ninguna aplicación que informase sobre el tiempo.

Al otro lado de la ventana, colgaban tres láminas que, al principio, en la distancia, le parecieron reproducciones tamaño folio de Goya. De cerca revelaban un dibujo minucioso, lo que parecían pinceladas eran pequeños trazos, puntos y símbolos hechos a bolígrafo de diferentes colores. Eran oscuros, terribles, inocentes pero explícitos, como los dibujos que hacen que el director del colegio llame con

urgencia a los padres del autor y se active el protocolo de salud mental. «Tenemos que hablar de su hijo». En el primero, una cabeza con gesto de terrible dolor salía bajo los escombros de un muro que unas manos estáticas y paralelas que, con la perspectiva que aplica quien no ha dibujado muchas, parecían en posición de empujar. Las piedras caídas estaban marcadas con letras góticas y símbolos extraños, pequeñas formas realizadas con círculos, puntos y arabescos simétricos.

En el segundo, éste dispuesto en vertical, varias lanzas atravesaban el cuerpo de un hombre sin cara que gritaba de dolor y levantaba una mano al cielo en señal de auxilio desesperado. Desde lo alto, una nube terminada en una infantil cara en uno de sus extremos, reía. Daniel se quedó paralizado. Tragó saliva y se acercó a la mochila. Sacó de ella el expediente que le proporcionó Marta y que había leído la noche anterior para no pensar en Gina. Las tres muertes de los chicos de la ouija: uno por el derrumbe de un muro; otro, ensartado en una verja con barrotes terminados en picos de lanza; el último, aplastado por el cuello por la campana de la Iglesia.

Se acercó de nuevo a las láminas. Un rayo le iluminó a través de la ventana. Se detuvo frente al tercero. Una enorme campana aprisionaba por el cuello a una figura a la que no se veía la cabeza. Piernas y brazos en posturas imposibles, rodeadas de un charco de sangre. Unas líneas paralelas a las extremidades indicaban que se movían arriba y abajo.

—Ay que joderse…

Dos escalofríos le recorrieron el cuerpo agitando, primero hombros y después cuello. Se acercó para ver la firma. El tercero, aunque la letra no era clara, lo firmaba Abel. En el segundo el nombre estaba más claro, Moisés. El primero, el del muro derrumbado, Abraham. En todos aparecía el año 2014 junto a la firma. Un año antes de los crímenes.

El sonido de un trueno descomunal le hizo estremecer.

Capítulo 10. Primera tormenta.

Daniel, aturdido y confuso, miró por la ventana, incrédulo por lo que acababa de ver en la pared de su habitación. Diluviaba. Su vecina estaba en el jardín trasero. Llevaba puesto un impermeable amarillo y sujetaba una gran pala en la mano. Como una posesa, con evidente esfuerzo para despegar los pies del barro, se movía de un lado a otro haciendo aspavientos, dando pisotones y palazos sobre la maltrecha superficie.

Daniel se dejó caer sobre la cama. Los melles del colchón, a pesar del ruido que hacían, conservaban con orgullo su elasticidad y firmeza, haciéndole rebotar un par de veces. El móvil le molestó en el bolsillo. Buscó la última llamada: Marta.

—¿Se puede saber en qué lío me has metido? —preguntó sin más miramientos tras contestar ella.

Un trueno hizo temblar los cristales, resonó en la habitación como si los fabricasen allí mismo.

—¿Qué coño pasa ahí? —se asustó Marta.

—Una tormenta.

—No sabía que te daban miedo.

—La tormenta no, pero la dueña de la casa en la que me has metido, sí.

—A ver… tranquilo. ¿Qué ocurre?

—¿Qué que ocurre? Para empezar, —bajó la voz y se puso en pie junto a la ventana— mide dos metros y, yo creo que no está bien, desconozco el motivo, lo que está claro es tiene un problema de sociabilidad con todo el pueblo. Y el pueblo con ella.

—Eso a lo mejor te viene bien, a la gente le gusta hablar unos de otros, tal vez saques información valiosa.

—Pero yo no quiero hablar, he venido a hacer fotografías, no a confesar a nadie. Buenos, si me cuentan algo de los asesinatos… Y eso no es lo peor, acabo de…

—¿Qué es lo peor? —interrumpió con desgana Marta.

—En mi habitación, hay unos dibujos a bolígrafo clavados en la pared. Están firmados por los hermanos de mi casera.

—Ya, y no te gustan. Para el arte siempre has sido muy exquisito.

—¡Joder, Marta! Escúchame. Parecen hechos por psicópatas confesos recluidos en una institución mental, aparecen representadas las muertes de los tres muchachos. Sé lo que vas a decir, unos tipos macabros y bla bla bla. El problema es que fueron pintados un año antes de que ocurriesen.

Hubo unos segundos de silencio. Se escuchaba como la puerta de la cocina golpeaba contra el marco y el repiqueteo de las gotas contra las tejas y los cristales.

—¿Sigues ahí? —pregunto Daniel.

—Sí, sí. Me dejas de piedra. ¿Cómo sabes cuando se pintaron?

—Viene la fecha junto a la firma.

—Se pudieron pintar después y poner esa fecha.

—No, me ha dicho que sus hermanos ya no vivían aquí. La verdad es que creo que no sabe dónde están. Ya te digo que tiene algún problema mental, está convencida de que aparecerán cualquier día por la puerta.

—Los pintaría, ella, tu casera.

—Tu no has visto el grosor de sus dedos. Aunque… lleva un bolígrafo en el mandil…

—Cálmate, seguro que hay una explicación. Está bien. Haz el trabajo y no te metas en líos con la gente. Están llamando al timbre del portal y tengo que…

—Ya. Vale. Sólo quería que lo supieses. Otro día te hablo de Findelmundo.

—¿De quién?

—Nada, déjalo. Ya hablaremos.

Unos golpes en la puerta le sobresaltaron, el móvil se le escapó de las manos, rebotó en el colchón y cayó sobre la alfombra.

—¿Sí?

—Traigo toallas.

Daniel recogió el teléfono.

Tragó saliva y abrió la puerta. La ventana se abrió de golpe a sus espaldas, las cortinas saltaron a por él, como fantasmas que no llegaron a tocarle.

—No quiero molestar —dijo Inés ofreciendo las toallas con los brazos estirados hacia adelante, en paralelo, como un muñeco gigante vestido de amarillo. Las gotas de lluvia resbalaban por su cara y los cristales de las gafas.

—Al contrario. Gracias —dijo Daniel, cogiéndolas de igual modo, en una coreografía de niños jugando a robots.

—Su aseo está ahí atrás, al final del pasillo. ¿Le gusta la habitación?

—Sí, está muy bien, muy espaciosa, y mucha luz.

Ella apretó los labios en lo que sin duda consideraba una sonrisa y dio media vuelta con varios pasos torpes.

—Lo único, si pudiese tener otra silla, o un cojín plano. Se lo agradecería.

Inés, molesta, dio media vuelta. Introdujo la cabeza en la habitación. Miró la silla. Hizo lo mismo con los cojines descolocados sobre la cama.

—Es por la espalda —aclaró Daniel—. Con un par de cojines me apaño. Yo iré a por ellos si me dice…

Inés le detuvo con la mano antes de arrancase a andar.

—Una silla cómoda… un cojín delgado —repitió sin volverse mientras se alejaba por el pasillo, pisando sobre los restos de barro que había dejado previamente.

La corriente de aire que ascendía por la escalera abrió su impermeable, despegándolo de sus espaldas. Daniel cerró la puerta, las hojas de la ventana golpearon el marco. Fue hasta ella para asegurarla. El jardín trasero era un auténtico estropicio, grupos de tablones diseminados bajo barriles y pilas de ladrillos ya usados; barrotes de hierro clavados en la tierra con cuerdas en su extremo superior configuraban un trazado sin sentido, como si fuesen a construir un laberinto al que fuese tan complicado entrar como salir.

Daniel bufó. Comenzó a sacar las herramientas de trabajo y ordenarlo todo sobre la mesa. Conectó los datos de su teléfono móvil al portátil para tener acceso a internet y se sintió, sin saber por qué, más aliviado.

Capítulo 11. Luces.

Poco a poco aumentó el intervalo entre relámpagos, el sonido de los truenos perdió intensidad, el viento daba las últimas sacudidas contra los cristales. Las 21:05. Con ese cielo negruzco perfilando los cerros podría tomar alguna buena foto del entorno. No lo pensó más. Se puso una sudadera con capucha que encontró al revolver la ropa de la mochila. Agarró la cámara réflex, una batería y un teleobjetivo 24-70mm. Ese serviría.

Inés no estaba en el jardín. Esperaba no encontrarse con la mujer al salir. Se miró los pies, llevaba las zapatillas de deporte, dudó en retroceder para calzarse las botas. No. Para ser el primer día no pensaba meterse en más charcos.

Escuchó ajetreo en la cocina. Saldría sin despedirse, si lo hacía sentaría un mal precedente. Pisó despacio, gesticulando, como se hace cuando se va a hurtadillas y se quiere pasar desapercibido. Avanzó por el pasillo, con cuidado de no chocar contra el mercadillo que esa mujer tenía allí montado, hasta la puerta principal y salió de la casa.

El paisaje era tenebroso, tan espectacular como amenazador. Naturaleza pura. A pesar de no tratarse de alta montaña, impresionaba. Las cumbres conservaban aristas afiladas que sobresalían más arriba de la última línea de vegetación. Alguna zona pelada sobre la que se reflejaban las nubes aprovechando los huecos por los que se filtraban los últimos rayos desde el oeste, revelaban el paso del fuego.

Caminó hasta el final de la gran esplanada que había recorrido al llegar. Dio un pequeño rodeo para evitar el barro que se acumulaba en la zona central, junto a ese siniestro pozo, cerca de la casa.

Notaba el terreno blando, no estaba encharcado como se temía, aunque sus pies se hundían más de lo normal. No es que fuese ningún aventurero, pero había pasado algún tiempo en el monte, por trabajo y placer. Siempre le gustó el olor que dejaba el chaparrón en la tierra fresca, era como si algo estuviese comenzado a vivir. De algunos puntos, entre la hierba, surgían hilos de vapor o humo que se desvanecían a los pocos centímetros de altura. No supo decir de qué fenómeno natural se trataba.

En una mala pisada hundió su pie más de lo normal. Sintió que la tierra se lo tragaba. Uno de esos sustos que te hace correr. Se le hundió el otro. Ahora sí sintió un escalofrío. De tres zancadas se alejó a terreno firme.

—¡Me cago en la leche! —exclamó mirando las zapatillas llenas de barro.

Se fijó bien en el trayecto para no volver a pasar por allí. Al día ya no le quedaba mucha luz.

Encendió la cámara, ajustó foco, diafragma y obturador y tomó varias fotografías de las cumbres. Una del inicio del camino que daba a la explanada, entre la densa arboleda, parecía la puerta que daba acceso a las tinieblas. Se giró para tomar alguna de la casa con la montaña a su espalda, como si la sostuviese. Se sentó en una piedra para captar una de las pequeñas fumarolas. Las típicas nubes acosando a la luna casi llena también quedaron registradas en la tarjeta de memoria.

Le pareció interesante dar un toque de naturaleza al reportaje, lo haría más real, crudo y salvaje, como era ese lugar. Esos chicos respiraron ese paisaje, debieron conocer cada rincón. De todos modos, que los de la Editorial Súcubo eligiesen las que les gustasen.

Hora de cenar algo.

Se dirigió a la entrada trazando una media elipse para que no se lo tragase la tierra. Tomó unas fotos de la parte trasera de la casa. Abajo estaba encendida la luz en la cocina. Dos ventanas de la planta superior también estaban iluminadas, no supo decir si una de ellas se trataba de su habitación.

Se apagaron casi a la vez, con un intervalo de apenas un segundo. Parecía que Inés estaba arriba y bajaba de nuevo. Siguió

caminando con cuidado, mirando al suelo.

Se detuvo para mirar hacia la fachada, sus ojos clavados sobre las ventanas ahora a oscuras.

—¡Joder!

Ni con esas largas y potentes piernas le hubiese dado tiempo a Inés Parrado a apagar las luces de dos habitaciones casi al mismo tiempo.

Capítulo 12. Hundido.

Intentó recordar la ubicación de los interruptores de la luz en la habitación. Aún no había encendido la de la suya, pero lo más lógico es que estuviese junto a la puerta. Puede que hubiese una llave conmutada… pero para dos habitaciones, y en esa casa, era del todo improbable. Mientras caminaba se evaporaron las ganas de cenar. Palpó su bolsillo delantero, la llave del coche estaba allí. De repente tuvo el antojo de probar el cabrito del restaurante, como les ocurre a las embarazadas con el helado, a diferencia de que él estaba gestando la semilla del miedo.

A unos metros del coche, sacó la llave y apuntó con ella como en una película de gánsteres antigua, a la altura de la cintura. Nunca entendió Daniel esa forma tan poco eficaz de disparar.

—He hecho tortilla de patata —escuchó la voz de Inés dándole un susto de muerte.

Daniel no pudo reprimir el llevarse la mano al pecho. El coche se abrió, un pitido precedió al clac de la apertura. El parpadeo de los intermitentes le permitió ver a la mujer, sentada junto a la puerta, a oscuras, sobre el banco que sujetaba la pila de ladrillos. Hierática, pero relajada, con las manos sobre las rodillas. Se rascó los muslos.

—Está en la mesa de la cocina.

Hablaba despacio, mirando al frente, a ningún sitio, como una muñeca a la que se le están acabando las pilas—. Está calentita. Pero se sirve usted. En eso quedamos. ¿Recuerda? Lo hablamos cuando llegó.

A Daniel, ni se le pasó por la cabeza negarse.

—Me encanta la tortilla. No sé preocupe yo me serviré la cena y dejaré todo recogido.

—¿Iba a algún sitio?

—No. A coger una cosa del coche.

—No le aconsejo salir. —Inés se puso en pie—. Aquí las tormentas son peligrosas. No hay pararrayos en la zona. Puede que vuelva —alzó la vista hacia la luna.

Daniel hizo el paripé de recoger algo de la guantera. Cerró la puerta. Pitido, clac, intermitentes. Avanzó hacia la casa como se hace cuando no se tiene más remedio.

—Estoy muy cansada. Las tormentas me agotan. No olvide candar la puerta y apagar las luces —dijo Inés dándole la espalda, ya en el interior—. La electricidad es muy cara.

—Vaya que sí. No se preocupe por mí.

Inés se volvió. Le miró a los ojos:

—Yo me preocupo por todo.

Se volvió lentamente. Ahora si se le agotó la batería. Se perdió por el pasillo entre las cosas apiladas a los lados. Daniel caminó despacio, para no llegar hasta ella y entró en la cocina. Olía muy bien esa tortilla.

Tras cenar con ganas, recoger, fregar cacharros y secarlos, ya que no vio ningún escurridor y no le apetecía ni preguntar por él ni cometer errores, apagó todo lo apagable, corrió el potente cerrojo y subió a su habitación guiándose con la linterna del teléfono móvil.

Se sintió agotado, tanto, que se metió en la gran cama y, atrapado por sábana, mantas, edredón y colcha, intentó olvidar que tenía ganas de orinar. Se quedó dormido boca arriba sin posibilidad de moverse, como las lonchas de embutido envasadas al vacío.

Despertó acalorado, entumecido por la postura y el peso de la ropa de cama. Olvidó bajar la persiana, ya había amanecido. No tenía el móvil a mano. Hizo fuerza con rodillas y pies para desprenderse del ajuar que tenía encima. Se asomó a la ventana, desperezándose. Había alguien junto a su coche, miraba hacia el interior con las manos sobre la ventanilla a los lados de la cabeza. Era una mujer. Se fijó bien. Se frotó los ojos.

—No puede ser…

Dejó la ventana a toda prisa, se puso los vaqueros y calzó las zapatillas. Bajó la escalera corriendo. En el pasillo tiró un bloque de

las revistas apiladas y un jarrón que se partió en varios trozos. El cerrojo de la puerta estaba muy duro, no conseguía correrlo. Apretó la hoja con el hombro y cedió. Corrió hacia el coche con la respiración agitada.

La mujer escuchó los pasos y levantó la cabeza.

—¡Gina! —exclamó Daniel. Se detuvo frente a ella— Eres tú…

Ella sonrió y le tendió la mano.

—No puedo creerlo. —Se abalanzó sobre su mujer y la abrazó con fuerza.—. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Dónde has estado?

—Por fin te encuentro, Dani.

—¿Qué haces aquí?

Gina volvió la cabeza y señaló a su espalda. Findelmundo esperaba al comienzo del camino de bajada.

—Ma ha traído el perro, un hombre se lo ordenó. Dijo que era amigo tuyo.

—¿Amigo mío? No.

El perro ladró con furia.

—He venido a decirte adiós —dijo Gina mirando hacia la parte alta de la casa.

Daniel se giró, Inés estaba en una de las ventanas del segundo piso.

—¿Adiós? ¿Por qué? Tenemos que volver a casa, hay que llamar a tus padres.

Ella le acarició la mejilla.

—No has hecho nada. Es cosa mía. No te quiero, y no puedo hacer nada —se lamentó y retiró la mano—. Decías que yo era tu flor, que siempre lo sería. La planta no ha crecido bien, ha faltado algo, el fruto es amargo. Piensa en ello cuando siembres otras o te hundirás, te lo garantizo.

—Ya estoy hundido.

—No como tú crees. Adiós Daniel.

Sus manos se separaron lentamente. Ella se alejó a buen ritmo, sin mirar atrás. Daniel la miraba confundido, desesperado. A mitad de la esplanada uno de los pies de Gina se hundió en la hierba, luego el otro. De súbito se introdujo hasta las rodillas. El perro corrió ladrando hacia ella. Daniel también arrancó a correr. Estaba hundida

hasta la cintura, hizo fuerza con las manos y los brazos, que desaparecieron bajo la hierba y el barro. El perro la sobrepasó y se encaró con Daniel, que frenó en seco.

—¡Gina! ¡Aguanta!

Findelmundo mostraba los dientes, ladraba con furia. Cerraba el paso a Daniel en su intento de llegar hasta ella. Sólo se la veía la cabeza.

—¡Gina no!

Ella se hundió bajo tierra sin que quedase ningún rastro en la superficie.

—¡No! —gritó Daniel con todas sus fuerzas.

Despertó sudando. Aturdido y desubicado. Su corazón latía como un redoble de tambores en el desenlace de un premio de barrio que se alarga. Podía escucharlo. Se vio en la cama, bajo esa pila de mantas. Pasaron unos segundos eternos hasta darse cuenta de que había sido un sueño.

Dejó caer la cabeza en la almohada. Aún era noche cerrada. Se incorporó para sentarse en el borde la cama. El suelo estaba frío, notaba como las juntas de las pequeñas baldosas cuadradas le raspaban las plantas de los pies. Ahora sí que debía ir al aseo, no aguantaba más.

—Vaya mierda de pesadilla —susurró a las baldosas.

Capítulo 13. Husmear.

El sonido del patín de la cerradura de la puerta de la habitación de Daniel hizo que los ojos de Inés se abriesen como si la maneta, al girar, hubiese tirado de un hilo pegado a sus párpados.

Escuchó las pisadas sobre el techo y como se abría la puerta del aseo. Conocía el chirrido de cada bisagra. La duración del chorro de Daniel en la taza del váter la hizo fruncir el ceño. Después, goteos intermitentes y la cisterna. El grifo del lavabo. El aro del toallero chocando contra el azulejo. La puerta. Pisadas. Dos toses. Silencio. Inés cerró los ojos.

Daniel se detuvo en el pasillo. Miró las puertas de las habitaciones de los hermanos de Inés, en las que no debía entrar bajo ningún concepto. Dos de ellas seguían a la suya en el pasillo, eran las que vio encendidas, la otra se encontraba al girar hacia la escalera. Tenía que ver esos interruptores, saber dónde estaban. Le asustó la posibilidad de que hubiese alguien dentro. «Imposible». Le aterrorizó el hecho de que su casera le descubriese curioseando. «La escucharía subir». Se acercó a la primera puerta.

Inés abrió los ojos. Demasiado tiempo y no había oído la puerta del cuarto de su huésped. Se sentó a los pies de la cama, miraba la sombra de los brazos de la lámpara. No escuchaba nada. Se incorporó, abrió la puerta del dormitorio muy lentamente y salió al pasillo.

Daniel agarró la maneta de la primera puerta, apretó los dientes y la giró despacio. Estaba oscuro. Se volvió hacia el pasillo que daba a la escalera de subida. Se decidió. Asomó la cabeza en la habitación. Junto al marco estaba el interruptor. Cerró lo más despacio que pudo. Respiró. Fue hacia la siguiente.

Inés no arrastraba los pies. Cada pisada era lenta, segura, avanzaba con todos los sentidos puestos en los escalones. Se agarró al pasamanos, subió los peldaños de dos en dos, pisando cerca de la pared y la balaustrada para evitar que la madera crujiese.

Daniel abrió, una bisagra chirrió medio segundo.

Inés lo escuchó. Dos peldaños más. La madera crujió.

Él lo escuchó. Asomó rápido la cabeza en la habitación. Su corazón estaba a punto de explotar. Tocó la pared, nada. Metió la cabeza, el interruptor estaba al otro lado de la hoja.

Inés dio una última zancada que la plantó en el piso superior. Aceleró el paso y giró hacia el pasillo. No había nadie. Todas las puertas estaban cerradas. El único ruido que se escuchaba de fondo era el de la cisterna del baño cargando agua hasta que terminó con el ruidito de la válvula al cerrarse cuando la boya hace tope.

La casera se agachó, un haz de luz azulada se filtraba por el pequeño tragaluz del techo. Movió la cabeza casi con la mejilla pegada al suelo. Unas huellas de pies descalzos se marcaban sobre las baldosas, frente a la puerta de la habitación de su hermano Abel, pudo ver cómo se evaporaba el perfil del dibujo ante sus ojos. Se incorporó, todo su cuerpo tiró hacia arriba de cada parte y estas, a su vez, lo hicieron del conjunto. Sujetó el pomo de la puerta.

Daniel se apretaba de espaldas contra la puerta de su habitación, sin respirar.

Inés abrió la puerta de golpe. No había nadie en la habitación de su hermano.

Él la sentía desde su cuarto. Estaba allí, en la habitación de al lado.

Inés salió al pasillo cerrando tras ella la habitación de su hermano. Miró hacia la de Daniel. Se rascó los muslos y negó con la cabeza.

Daniel se dejó caer muy despacio sobre la cama. El somier se comportó al mantener silencio. Se tapó. Cerró los ojos tan fuerte que más que hacerse el dormido parecía un niño pidiendo un deseo.

Cuando escuchó crujir los escalones, tras suspirar, más que de sueño, se durmió de alivio.

Inés Parrado ya no concilió el sueño en toda la noche. Abandonó la cama para sentarse junto al aparador del dormitorio. Sacó folios de un cajón y bajó la pestaña negra de su bolígrafo de cuatro colores. Tras un momento pensando con la mirada fija en la bombilla, comenzó a dibujar, con la lengua entre los labios, con esfuerzo y placer. Era un cámara de fotos.

Capítulo 14. Imanes.

Daniel despertó sin más sueños que recordar. Con el de Gina hundiéndose en el jardín, ese perro frente a él y las palabras de ella asegurando que no le quería, tenía bastante para una temporada.

La muerte de su mujer era algo recurrente en lo que pensar ante la falta de pistas y noticias, de motivos para desaparecer, un vacío que era necesario llenar con respuestas, las que fuesen. Cualquier cosa consuela más que el no saber. Recordó lo que solía decir un jefe que tuvo cuando era joven: «Piensa mal y acertarás».

Reflexionó sobre el momento de tensión con la casera. Casi le pilla husmeando en las habitaciones a las que «no podía entrar bajo ningún concepto». ¿Por qué temía a esa mujer? No tenía explicación. No la conocía de nada. Si la tenía miedo era porque simplemente lo daba. Debía pensar en algo que suavizase la situación con esa mujer tras lo sucedido, si no, la estancia se haría insufrible. El trabajo no podía salir bien.

Se incorporó con una idea en mente para disuadir a Inés Parrado de su vocación para el husmeo. Tenía ganas de empezar a trabajar. ¿Gina? A Gina se la había tragado la tierra. Dos veces.

Antes de bajar a la cocina se agachó en el pasillo, abrió una pequeña arandela con los dientes y la colocó en el suelo frente a la puerta de Abel y le dio un pequeño empujón con la uña del dedo corazón, colándola por el hueco que quedaba entre la hoja y el suelo.

En la cocina no había nadie. Se sirvió una buena taza de café y un vaso de zumo de naranja. Tomó un par de magdalenas caseras de un cesto de mimbre y se sentó a la mesa en una esquina desde donde podía ver el jardín y la puerta de entrada. No quería más

sustos. Dejó sobre la mesa una cadena con dos colgantes, una piedra de color turquesa encastrada en un marco de plata ovalado y una pequeña figura metálica del Nosferatu de Murnau que le regalaron hacía mucho tiempo.

Cuando Daniel dejaba los cacharros en la pila, Inés entró en la cocina.

—Buenos días —dijo ella, reconociendo más que deseando.

—Buenos días. Muy ricas las magdalenas.

Inés Parrado emitió un sonido sin abrir la boca, parecido al de un *mi* menor de una guitarra eléctrica distorsionada.

—Señora Parrado —se decidió Daniel por lo ceremonioso—, he perdido una pieza de esta cadena. Se me rompió anoche cuando salía del aseo y no la encuentro.

Tenía toda su atención. Inés miraba a la mesa, dónde Daniel movía la cadena con los dedos. La mostró el enganche.

—Es una pieza muy pequeña, un arito —siguió—. Ya me ha pasado alguna vez. Si la encuentra al barrer, si es tan amable me la guarda. No tengo nada aquí para arreglarla.

—¿Qué es? —preguntó ella acercándose a los colgantes.

—Una piedra que me da suerte, un regalo.

—¿Y lo otro? Es un hombre feo.

—Un personaje de una película antigua. Otro regalo. Lo dejaré arriba, me da miedo perderlos. Subo a por la mochila y me marcho a trabajar.

—Esta mañana me he lavado la cara dos veces —dijo la casera cortándole el paso.

Daniel no supo que decir. Si alguien te soltaba eso de sopetón, te metía directamente en un compromiso.

—¿Y le ha sentado bien? —preguntó por inercia.

—Muy bien, estaba medio dormida. Anoche no concilié como Dios manda.

—¡Ah! No vendré a comer. Puede que llegue tarde, quiero aprovechar el día.

—Aproveche —dijo mientras colocaba aperos por la cocina, desentendida ya de él.

Daniel condujo unos metros marcha atrás hasta alejarse de la casa. No quería hundir el coche, «jodido sueño». Enfiló el morro hacia el camino de bajada y continuó hacia el pueblo, al restaurante, si es que estaba abierto.

Lo estaba, y de par en par. Puertas, ventanas, incluso el garaje contiguo. Todo abierto, como cuando si acabasen de pintar. No había rastro del perro.

—¿Y qué tal en casa de la Inés? —preguntó Feli, la camarera al servirle el café.

—Bien, muy bien —dijo Daniel levantando la vista para centrarse de nuevo en el dossier.

—¿No es muy fría esa casa? Ahí arriba, apartada. Y no sé si tiene calefacción, antes no tenía.

—La verdad es que se está muy a gusto.

Recogió su café y se trasladó a la mesa más alejada de la barra. Se preguntaba cuanto duraría la sesión de preguntas picajosas.

—No sabía si tendrían abierto, madrugan mucho —cambió de tema con la esperanza de que se fuese a la cocina.

—La hostelería es muy esclava. ¿Y si viene alguien?

Una de las casas que veía por la ventana era dónde vivía uno de los chicos muertos. Las ventanas y puerta estaban cerradas a cal y canto. Allí no vivía nadie.

Echó un vistazo a sus papeles. El chaval que cayó del campanario de la iglesia. Subió antes de ir a clase, nadie sabe con qué propósito. A las siete de la mañana.

Dobló un folio en blanco por la mitad y trazó las líneas principales de la fachada. Desenfundó el objetivo y lo utilizó de catalejo para echar un vistazo a la luz y de paso los detalles de la casa. Le dio perspectiva al dibujo, con el bolígrafo.

—La Inés también dibuja —soltó Feli desde la barra.

Esto sí le interesaba a Daniel. Se giró hacia ella. No le hizo falta preguntar para que siguiese hablando.

—Sé que tiene la casa llena de… cuadros y de historias. Yo no los he visto, me han dicho que son dibujos raros. No sé qué sabrá ella de cuadros.

—Tal vez la enseñaron sus hermanos.

—¿Sus hermanos? Esos no sabían ni agarrar un lapicero.

—Habrá aprendido de otro modo, o será innato. He visto algunas láminas, sí, pero no me he parado a observarlas con detenimiento.

Si eso era cierto los dibujos del pasillo firmados por sus hermanos y con fecha anterior a los crímenes los había dibujado ella. Si mentía en la autoría, no podía confiar en que la fecha fuese real. Ese aspecto le tranquilizó por un lado y le inquietó por otro. De momento, para pasar el día, se quedaría con la tranquilidad.

Un vehículo aparcó en la puerta. El estruendoso motor Diesel del todoterreno de la Guardia Civil tardó en apagarse

—Voy a ver estos —dijo la mujer. Fue hasta el final de la barra, levantó la parte abatible y salió con grabo.

Daniel se giró en el taburete hacia la puerta.

—¿Quieren una cerveza? —preguntó desde el porche.

—No —contestó solamente uno de los dos.

Ella bajó los escalones.

—Esto no puede ser, este mes dos cabritos. No sé cuántas denuncias voy a tener que poner.

—Una por cabrito, Feli. Así va esto —contestó el que parecía más experto.

—A la Luisa, la que vive donde el Árbol muerto, tres corderos.

—Hemos recorrido todo. Y tenemos un coche de refuerzo. No hay nada, ni roderas ni huellas. Las cámaras que tienen los vigilantes de incendios en las pistas, nada. No hay restos ni huesos por ningún sitio.

—Pues alguien se los está llevando —dijo ella abriendo las manos —. No creo que sea un fantasma.

Daniel escuchaba con atención

—A ver si han sido los Hombres de Musgo —dijo el de inferior categoría.

—Aquí no hay hombres de Musgo, eso es en Béjar, muchacho —dijo Feli con una mezcla de autoridad y desprecio.

—La señora del Árbol muerto dice que tienen ustedes un perro peligroso, medio lobo, que lo mismo…

—Lo mismo… —interrumpió Feli—. ¿Lo mismo qué? El perro cuida de los animales, si no fuese por él ya no tendríamos ninguno. Si no

quieren tomar nada, vayan a trabajar, a por los ladrones, qué a mí los cabritos me cuestan mucho dinero —dijo con mala leche.

Dejó a los guardias fumando un cigarro junto al vehículo y subió las escaleras.

Daniel se volvió hacia la barra.

—No te digo… —hablaba sola—. Nos roban los animales y ellos no salen ni del coche, todo el día mirando el móvil. Claro, hace frío, hace calor, llueve… me escribe la novia, la querida —subió el tono de voz.

—Bueno, me voy. Vendré a comer —anunció Daniel desde la puerta al marcharse. Esa mujer le empezaba a caer bien.

—Ya verá que bueno está el cabrito.

Daniel salió del restaurante dispuesto a trabajar. Su mirada se cruzó con el sargento de la Guardia Civil, se conocían.

En seguida se la acercó con la mano extendida que Daniel estrechó con dos sacudidas.

—¿Cómo está? ¿Qué hace por aquí?

Feli, agachada junto a la puerta, recogía las hojas secas que habían caído de una adelfa. Se giró hacia ellos para escuchar.

—Bien. Estoy con un reportaje.

—Era usted fotógrafo, cierto. Me destinaron aquí hace ocho meses. ¿Qué tal todo? Justo ayer me acordé de usted, nos saltó un aviso sobre su mujer en el registro de desaparecidos que nos manda la UDEV. Ha habido avances, entonces.

—Siempre hay alguna llamada. Ya veremos. Bueno, me alegro de verle —dijo Daniel para despedirse, no le apetecía hablar más del tema.

—Igualmente. Ánimo, hombre.

Feli, desde el suelo, se mordió el labio inferior con disgusto. Aunque no lo conocía de nada, le dio una gran pena. Sentía simpatía por ese muchacho.

Daniel estaba sorprendido, en la calle había cierto movimiento. Gente hablando entre ellos, alguno con bolsas, una señora llevando un carretillo, una furgoneta que, tras recorrer el pueblo a golpe de claxon, se detuvo en la parte norte de la plaza para vender

congelados y otros productos de los que carecería el pequeño ultramarinos del pueblo.

Tomó fotos de la casa frente al bar, un encuadre general para situarla en la plaza, que se viese el campanario y algunos detalles de la fachada. Encuadró otras con diagonales para darles dramatismo, seguro que en la Editorial Súcubo se lo agradecerían.

Ajustó la cámara en automático y la metió en la mochila. Comenzaría por las zonas dónde no hubiese nadie. No sería complicado. Todos los vecinos con los que se cruzó respondieron a «buenos días». Era consciente de le miraban al pasar y que hablaban de él. «Como debe ser con los forasteros». La calle en la que vivía otro de los muchachos estaba desierta. Intentó que no saliese el número del portal en la fotografía, pero era imposible, estaba grabado en el dintel de piedra que enmarcaba la puerta principal. Lo editaría más tarde. Más trabajo. Esa casa tampoco estaba habitada, aunque una bicicleta tapada con una funda en un estrecho balcón le decía que aún se usaba en alguna época del año.

Tomó imágenes de las calles. El cielo estaba plomizo, la luz no había cambiado en toda la mañana. Se adivinaba el sol en tras las nubes.

Cerca de allí estaba el lugar en que murió el chico de esa casa. Se sentó para ver el plano y recordar los detalles. El muchacho iba a coger el autobús para ir a clase, al instituto. Caminaba no muy lejos de su casa cuando cayó sobre un tramo doblado de una reja con los barrotes terminados en picos de lanza. Le atravesaron el tórax, quedó insertado en ella, medio cubierto por la vegetación. En la foto que Daniel llevaba en el dossier el cuerpo se veía tapado con una manta. El lugar no estaba lejos.

Fue fácil encontrar el punto exacto, a la derecha de una carretera mal asfaltada, entre un montón de hierbajos, corría paralela la reja de una propiedad más que deshabitada. Parte de los barrotes estaban doblados de forma caprichosa hacía el exterior. Fue ahí. Seguía igual que cuando ocurrió. No entendía como nadie había sido capaz de eliminar eso, arreglarlo, taparlo, cortarlo, plantar un árbol o un rosal. Cambiarlo al fin y al cabo y que nadie pudiese verlo, recrear los detalles. A doscientos metros de su casa. Una falta de

tacto evidente por parte de todo el mundo. Tal vez pensasen que era mejor vivir con lo que ocurre, aceptarlo, tenerlo ahí, presente. Hacerse insensible al dolor también es una forma de sanar.

Tomó un montón de fotografías, con todo el respeto que se puede cuando se capta un grupo de hierros retorcidos camuflados entre cardos e impenetrables ramas de morera. Convirtió la textura del hierro oxidado en símbolo de abandono y muerte, de pasado lúgubre. Hizo, de esas lanzas sinuosas, dispuestas como para defender una fortificación que nadie iba a saltar, la herramienta que segó una vida.

«O en el arma», pensó. Si la investigación no fue concluyente, ¿quién era él para concluir nada. «¿Y por qué no?».

A unos cien metros de allí estaba la parada del autobús, en la confluencia de la calle en la que se encontraba la verja con la carretera general. La marquesina sí era nueva. Allí cogía el muchacho el transporte que le llevaba al instituto. Un camino que habría hecho cientos de veces, desde que iba al colegio. Había que reconocer que la rutina, para los accidentes, es una estimable amiga. Pero no, el arcén era de grava, aunque hubiese caído una buena helada, aun estando encharcado, podría haber habido una cascara de plátano. Resbalar justo allí y caer de bruces… Así eran los accidentes fatales, mortales por casualidad, fruto de las fuerzas invisibles del destino, esos imanes que a veces atraen sus polos y otras los repelen pillando en medio a quien no se lleva bien con la suerte. Uno sí, pero tres el mismo día… y la misma hora. Ni el destino es tan poderoso.

Por lo que él sabía, aunque en punto muerto, la investigación seguía abierta después de todo, en algún despacho, sin nada más que hacer, sin hilos de los que tirar, abierta y seca. Le constaba que los padres contrataron servicios privados de investigación. Nada pudieron sacar excepto dinero y la desilusión que generan las esperanzas baldías.

Miró y remiró las rejas, el camino, el arcén, las piedrecitas. Pisó la hierba para comprobar si resbalaba, suponiendo que allí creciese lo mismo año tras año para secarse una y otra vez y volver a brotar en primavera. «¿Dónde vas?», se preguntó. Eso que estaba haciendo él

ya fue hecho gente más preparada, con muchos más medios y en el momento adecuado. Si alguien no veía claro que eso eran tres crímenes sin resolver, es que despreciaba el sentido de la vista.

Tal vez la clave estuviese ahí, en aprovechar el momento. «Ni ouijas ni hostias, a estos chicos los mataron, o a menos provocaron su muerte de algún modo. Y eso sólo lo pudieron hacer otros humanos. Personas que los conocían, que les odiaban por algún motivo, a ellos o a sus familias». Pudo ser por algo sucedido en el instituto. No, los habrían matado en el camino de vuelta o en otro pueblo. Hacía falta mucha preparación y conocer muy bien sus hábitos, mucha infraestructura, vehículos para desplazarse y, eran menores de edad.

Se dirigió a la parada. A unos metros fluía un regato desde la derecha, desprendía un olor a agua estancada y estiércol, el pequeño cauce se perdía bajo un gran tubo de hormigón medio taponado de barro y ramas que cruzaba al otro lado bajo la carretera. Se pinzó la puna de la nariz con los dedos.

Tomó imágenes de la parada del autobús, intentando que no saliesen los logos ni escudos de las administraciones que la habían pagado A ese punto deberían haber llegado los tres, como cada mañana. Los asesinos conocían sus costumbres, sus rutas, eso no era complicado en un pueblo tan pequeño, lo mismo que la hora de llegada del bus.

Entró de nuevo en el pueblo por la carretera general.

Fue por algún asunto familiar, o de tierras o lindes. O de ganado. Tal vez ni ellos lo supiesen, un desprecio, algo que sienta mal y se encona, puede que afrentas diferentes y separadas en el tiempo que explotan de repente en la mente enferma de alguien que no perdona… Aquí no hay repentes, esto tuvo que prepararse bien. «Ni el diablo tiene tanta paciencia». Se imaginó un complot de todo el pueblo preparando los crímenes. «Bobadas». Seguro que interrogaron a la mayoría. Cuando hay mucha gente de por medio, alguien comete un fallo, o se raja, se derrumba y habla. La culpa pesa mucho para quien no acostumbra a convivir con ella.

La furgoneta de los congelados se marchaba, Daniel saludó jovial al alegre pitido del conductor.

Después de comer se empaparía de información sobre el caso. Mejor aún, durante la comida. No habría que tirar mucho de la lengua a la mujer del restaurante para que hablase. Se iba a poner morado de cabrito.

Capítulo 15. Veneno.

La casa de la tercera víctima era la más modesta en apariencia. Una sola planta, pintada a dos colores, gris para la parte baja y un ocre discreto para el resto. En los remates de las ventanas se notaba una obra posterior al instalar ventanas de aluminio color aluminio que desentonaban con las de las viviendas cercanas, en verde oscuro o imitación madera de roble.

La puerta estaba entreabierta. Se alejó unos metros para no avasallar por si salía alguien de la casa. Ajustó la cámara. Agachado, tomó varias imágenes. Se colocó frente a la puerta, una mujer salió en ese momento. Le miró sin sorprenderse demasiado. Daniel bajó la cámara.

—Buenos días —dijo ella mirando la cámara.

Daniel correspondió al saludo.

Se sintió avergonzado. Esa mujer había perdió un hijo, no importaba cuando, y él estaba allí sacando fotos por el aniversario de esa perdida.

—Ya no me importa que hagan fotos. Siga si quiere.

—Lo siento, se trata de un trabajo para una editorial y yo…

—Ojalá alguien sacase alguna en la apareciese la explicación a lo que pasó. Perdí a mi niño para siempre, eso lo tengo asumido. Todos los días muero dos veces, la primera cuando despierto y soy consciente de no voy a volver a verlo nunca más, la segunda, cuando me preguntó por el motivo y el asesino. ¿Un accidente? ¿Tres accidentes? Seguro que usted sabe de lo que hablo.

—Yo tampoco creo que fuese accidental.

—¿No va hacerme fotos?

—No, señora.

—¿O esperará a que me dé la vuelta para que no le vea?

—No voy a hacerle ninguna fotografía. He tomado alguna de la fachada, para el reportaje. Sin que salga el número de la casa.

—Es usted la primera persona que ha bajado la cámara al verme. La gente que viene por aquí no suele ser respetuosa.

—Yo no más si no me da su permiso.

—Todos vienen atraídos por la muerte, por el suceso, la crónica negra. Como si fuese una atracción. El demonio, dicen. Mi niño… pobrecillos. ¿Los mató el diablo por jugar con la mierda esa de tabla? —la mujer señaló la casa con el pulgar hacia atrás.

A Daniel se le abrieron los ojos, lo notó y, puede que se le iluminasen también, aunque de eso no fue consciente. Esa señora conservaba la ouija. Una foto de esa tabla haría que quien fuese la gerente de la Editorial Súcubo salivase durante horas. «No, es muy atrevido». «¡Qué no!».

—No creo que el diablo los matase la verdad —dijo para seguir con la conversación y esperar el momento de pedir ver la ouija.

La señora debió percatarse de como la apertura ocular al mencionar lo de la tabla.

—Le gustaría verla, ¿verdad? La policía no le hizo mucho caso, pero vivieron muchos forasteros al pueblo preguntado por la tabla con las letras.

Daniel no contestó, miraba la puerta de la casa.

—Le encantaría —aseguró la mujer.

—La verdad es que me gustaría mucho verla.

La señora bajó la cabeza, Daniel no supo si defraudada por su sinceridad o para tomar la decisión.

—¿Qué es lo que dirá sobre ella?

—Nada, son las imágenes las que hablarán.

Ella inspiró y soltó el arie por la nariz, su pecho se relajó.

—¿Le apetece un café? —preguntó con la mano extendida hacia la puerta de entrada.

El interior de la casa era continuación de la modestia del interior. Siguió a la mujer por un pasillo de techo bajo forrado de madera hasta una habitación que, a través de la ventana, pudo ver que daba a un gran patio hormigonado con un espacio cubierto al fondo al que

se accedía por un portón desde otra calle. El armario era parecido al de su cuarto en la casa de Inés, «debieron estar de moda». La mujer lo abrió estirando de la llave, sin girarla. Tembló la estructura al separarse las hojas encajadas.

Había ropa colgada y camisetas dobladas en la repisa baja, una de ellas de un equipo de fútbol que no pudo identificar. Un poster de Black Sabbath se agarraba al interior de la puerta con trozos de celofán reseco.

—Yo soy Daniel. ¿Cómo se llama?

—Martina —dijo ella sin volverse.

Metió la mano bajo una manta de la balda superior y tiró de la ouija envuelta en una tela. La colocó bajo su brazo como si fuese una carpeta.

—Era su habitación.

Martina miró la cámara en la mano de Daniel.

—No —dijo él—, que siga siendo su habitación, nadie tiene porqué verla.

—Vamos a la cocina.

Él extendió su cazadora sobre la camilla, la funda de plástico con la que estaba cubierto el mantel provocaba unos brillos imposibles. Alisó los pliegues del interior con la palma de la mano. La ouija no era muy grande ni robusta, se trataba de un panel ovalado con los bordes rematados por una fina moldura de madera. Tenía aspecto de un objeto fabricado en cadena, un artículo de regalo. De todos modos, imponía respeto.

—Cómo lo quiere —preguntó Marina con la cafetera de la mano.

—Con una gota de leche.

Daniel captó detalles de las letras, el marco, varias imágenes generales desde todos los ángulos. Quería que se viese la textura de la madera, los bordes gastados y la superficie con el barniz rozado en algunas zonas.

—Ceo que son suficientes —dijo y se sentó a la mesa.

—¿Se va a quedar mucho tiempo? En el pueblo, digo.

—Unos días.

—¿Dónde se aloja?

—En la finca La Higuereta. En casa de Inés Parrado.

Martina se irguió en la silla. Cambió el gesto.

—¿Sabe qué es la higuereta? —Daniel negó con la cabeza—. La higuera infernal. Ricino. Veneno al alcance de cualquier mano.

—Es el lugar que alquiló mi jefa —se justificó Daniel ante una presumible reacción negativa de la señora.

—Se ha ido muy lejos, hay un montón de casas para arrendar en el pueblo, como verá está medio vacío. Aquello está plagado de veneno, y no refiero sólo a las plantas. Sólo haya malas hierbas, allí nunca se ha sembrado nada bueno.

Como explicación, Daniel se encogió de hombros y arrugó los labios.

—Es la primera vez que vengo a Dosepulcros. Soy un «mandao».

—No se lo ocurra tocar sus semillas y menos comerlas.

—Tranquila, no voy a comerme ninguna semilla.

Daniel tomó la ouija con las dos manos, la sopesó de nuevo con cuidado y le dio la vuelta para ver la parte trasera.

—¿Sabe de dónde la sacaron?

—La encontraron un día que iban los tres por el monte, tirada en la cuneta de un camino, entre hierbajos. Eso me dijo.

El reverso de la ouija presentaba varios dibujos hechos a bolígrafo recorriendo los bordes. Daniel los observó de cerca, con detenimiento, trazos cortos para conseguir detalles que resultaban infantiles combinados con un dibujo pretencioso para plasmar lo general. Desasosiego, dolor, locura. El estilo era inconfundible, era obra de Inés Parrado, su casera.

Capítulo 16. Cabrito.

A pesar de lo lejos que le quedaban esos temas, Daniel tragó saliva y posó la *ouija* sobre la mesa, por el anverso.

—¿Esta tabla la vio la policía durante la investigación?

—Sí. Preguntaron por ella, hicieron fotos… —Martina se quitó las gafas, se frotó el tabique nasal y la frente—. Como no tenía nada que ver en las muertes, no la recogieron. La noche que la utilizaron sólo estuvieron los tres, mi hijo se lo dijo a una compañera de clase. Cuando… ocurrió todo, ella fue quien me lo contó. A mí y a todo el mundo, incluida la policía. La chica no tenía mala intención, estaba muy afectada. Y asustada. A partir de ahí surgió la leyenda, todo lo relacionado con el mal, los espíritus, Lucifer… Y el cura, don Antonio, también dio la matraca con el espiritismo y el demonio.

»Al principio, la policía investigó a algunas sectas, lo sé porque nos lo dijeron a las familias, pero ninguno de los tres, mi hijo seguro que no tenía relación con nada de eso, ni nadie de esa gente ha estado en el pueblo. La policía dejó ese tema, fueron muy profesionales. Aunque sin resultados. Quien lo hiciese lo tenía bien preparado. Mejor dicho, quienes lo hiciesen, porque tuvieron que ser varias personas, por lo menos tres. Mi hijo y sus dos amigos fueron asesinados a la misma hora. Los mataron. Eso lo sabe la policía, lo sé yo y lo saben sus asesinos, que siguen libres.

Daniel pensó que ya era suficiente, la madre estaba llorando. Cogió su mano con cariño, un instante de comprensión y consuelo que ella agradeció respirando hondo.

Daniel apuró el café y agradeció a Martina lo que había hecho por él. Dejó una tarjeta sobre la mesa, ofreciéndose a ayudarla si lo

necesitaba. Salió de la casa con un nudo en la garganta, por ella, y otro en el estómago por Inés Parrado y su afición al dibujo.

Era algo pronto para comer y muy tarde para otro café. No quería beber alcohol tras un mes dedicado de pleno a ese líquido. «¡Qué narices!», pensó, con las cosas horribles que tiene la vida unas cervezas frías en lo que preparasen la comida tampoco le sentarían mal. «Sólo un par de ellas, Gina». Se deshacía de ganas por que la cocinera cogiese carrerilla con la lengua.

Pudo oler el sofrito desde que regresó a la plaza del pueblo por el lado norte. Vio al marido, Rogelio, salir del garaje contiguo con un saco al hombro.

—¡Joder! —se le escapó. Eso significaba que ese perro criminal andaba por allí.

Al recordar la pesadilla se estremeció. Se preguntó por los mecanismos que regirían los sueños, que fue lo que llevó a su cerebro a ponerle en esa situación. Lo tenía claro, los miedos. A hundirse, al perro, a que Gina no le hubiese querido nunca, a perderla para siempre. Bueno de lo último no tenía nada que temer, ya la había perdido.

Al acercarse, Roge le saludó con la gorra cuando entraba de nuevo al garaje. El maldito perro estaba recostado en el porche. Primero alzó las orejas, al verle, la cabeza y, por último, enseño los dientes.

—¡Oiga! —gritó Daniel hacia el interior de la cochera.

—¿Qué pasa?

—Voy a entrar al restaurante y…

—Muy bien.

—Es que está el perro en la puerta.

—Ya le dije que no hace nada. ¡Entre usted sin miedo, hombre! —rio con ganas.

Como ese perro le hiciese algo, denunciaría a ese tío. Sería un juicio al que no le gustaría asistir ni para ganarlo.

Puso el pie en el primer escalón. El perro se incorporó, mirándole.

—Quieto bonito —le dijo—. Tranquilo.

Subió un escalón más. El perro avanzó hacia él, despacio.

—Siéntate, no te voy a hacer nada.

El perro, que eso ya lo sabía, enseñaba los colmillos y mantenía silencio, como si no quisiese que Roge, su dueño, le escuchase.

Daniel estaba frente la puerta. El perro gruñó muy bajo.

—¡Findelmundo, *sit*! ¡Déjalo en paz! ¡*Sit*! —se escuchó desde el garaje.

El animal retrocedió mirando a Daniel a los ojos, con gesto de «esta vez te has librado».

Con el corazón a cien, entró en el restaurante y tomó asiento en un taburete junto a la barra, sin perder la puerta de vista. Recordó a un amigo que había comprado una pistola ahuyentadora de perros. Le daban miedo la mayoría de animales. Salía con frecuencia a correr y no era raro cruzarse con ejemplares peligrosos y sin correa. Por lo visto, el aparato emitía ultrasonidos y una luz estroboscópica que, por algún motivo estudiado, asustaba a esas fieras del infierno. «Ojalá tuviese una de esas pistolas. Mejor una recortada».

—¿Qué ponemos? —preguntó la cocinera al acceder a la barra.

—Una cerveza fría.

—¿Va a comer?

—Sí.

—Ahora le preparo una mesa. ¿Qué le apetece?

—¿Qué tienen?

—Cabrito.

A pesar de que la mujer llevaba una pequeña libreta con un bolígrafo preparado para tomar nota, no siguió hablando.

—Pues cabrito —dijo alegremente y apuntó despacio. Revelando el estilo de la caligrafía con los movimientos de la mano: cabrito sin levantar el bolígrafo y un palote al lado.

—Hoy lo tenemos cuchifrito. Ya verá…

Sin duda, el plural era mayestático, allí no había nadie más y Rogelio no daba la impresión de ser un elemento que se desenvolviese con soltura en una cocina.

Intentó poner sus ideas en orden, el trabajo para la editorial había pasado a ocupar un lugar secundario.

«Empecemos por el final», se dijo. «No, por el principio», le pareció más claro.

«Tres chicos mueren de forma violenta. No. Tres chicos son asesinados el mismo día y a la misma hora en tres lugares distintos de su pueblo. Parecen accidentes, pero no lo son. Fue pocos días después de realizar una sesión de espiritismo con una ouija que encontraron tirada en un camino y que en el reverso tiene unos dibujos con un innegable parecido a tres cuadros que cuelgan en las pared de la habitación de la casa en la que me alojo; firmados (falsamente) por los tres hermanos, que ya no viven allí, de la casera, mujer más que extraña, enemiga del resto del pueblo y viceversa, aficionada a la pintura y a falsificar las oscuras y escalofriantes láminas en las que trabaja con fechas y nombres falsos; poseedora de largos brazos y potentes piernas, capaz de apagar varias luces a la vez de habitaciones contiguas en las que no se puede acceder por ningún motivo, pero que no cuentan con una cerradura con llave para no tener que preocuparse de que nadie las mancille, un nadie que existía antes de que yo llegase a esa casa que contrató Marta, lo que cada vez entiendo menos, ya que hay un montón de casas vacías en el pueblo (tal vez no las alquilen) y esa mujer no anuncia la vivienda en ningún sitio; un lugar que da miedo, sobre todo por ella, enamorada de las tormentas, el arrasar jardines, criar perros asesinos de los que uno de ellos me provoca pavor y ahora mismo está sentado a pocos metros de mí, en el porche del restaurante donde voy a comer cabrito cuchifrito, chucho que fue regalado por Inés Parrado al marido de la cocinera, nacido el mismo día de las muertes de los tres muchachos, que al igual que opina la madre de uno de ellos, estoy convencido fueron asesinados, porque esas cosas no ocurren por mucha sesión de ouija y empeño que ponga el cura del pueblo en que fue cosa del demonio y, aunque la policía sospeche y siga investigando, al demonio no se le puede detener, por lo que en este caso, debía ir disfrazado de humano y necesariamente por triplicado; y no hay más, esos chavales tuvieron que ser asesinados o, al menos, ser víctimas de accidentes provocados, la madre lo sabe, la policía lo sabe y yo también. Vamos a ver si lo sabe la cocinera. Gina, ¿qué opinas? Es igual, ya no estás».

Feli apareció con una bandeja de metal llena de trozos de cabrito humeantes. La dejó sobre la mesa de Daniel con una expresión desafiante, seguramente usada con otros comensales.

—¡Cómo huele! —exageró Daniel la inspiración.

—¿Ha hecho muchas fotos? —preguntó Feli señalando la cámara sobre la mesa.

—Muchas. ¿Quiere que se las enseñe? —preguntó él, poniendo el cebo a la vista.

Capítulo 17. El pasado.

A pesar de ser de allí y haber visto esas calles miles de veces, la mujer no apartaba la vista de la *tablet* de Daniel. La miraba con ojos curiosos, ávidos por descubrir algo nuevo; con el orgullo que siente alguien porque su terruño, el olvidado lugar en el que transcurre su existencia, fuese de tanto interés. Cuando apareció la foto de la *ouija*, Feli se llevó la mano al pecho.

—¡Fíjate!, y conserva el tablero ese con el abecedario. Da repelús… —hizo el símbolo de la cruz cruzando los dos dedos índices.

—¿Usted cree que fue cosa del demonio?

—Claro que no.

—¿Accidentes?

Ella le miró y movió la cabeza a ambos lados. Dos veces. Él aprovechó para coger otro pedazo de cabrito.

—Delicioso —asintió mientras masticaba—. Está claro que no. El mismo día, a la misma hora…

—Ya, eso pensamos todos. ¿Y quién fue? Hijo, mire, son cosas que pasan y que no tienen explicación.

—Seguro que en el pueblo se sospechó de alguien, tal vez de algún vecino de otro pueblo cercano.

—Si es por sospechar —agitó el dedo frente a él—, todos pensamos en la Inés —bajó el tono—. Pero claro, resulta que ella no estaba en el pueblo.

—Me parece a mi que no le gusta mucho salir de sus tierras.

—Esa noche, mi marido la llevó leña, un remolque. Resulta que estaba medio mareada, Roge tuvo que llevarla a urgencias y pasó la noche en el hospital. Cuando comenzamos a escuchar los gritos por

todo el pueblo y llegaron las noticias… Fue horrible, tremendo. Estaba amaneciendo y todo el mundo más que menos, pensó que podía ser cosa suya.

—¿Había tenido algún problema con los chicos o con las familias?

—Coma, que se le enfría.

A Daniel no se le escapó el quiebro de la cocinera.

—Fue algo terrible —siguió Feli—, nunca lo olvidaré. Los padres, todo el pueblo paralizado, no sabíamos que hacer. El autobús que va al colegio allí parado una hora con los muchachos llorando. Al poco rato comenzaron a llegar ambulancias, la Guardia Civil. ¡Ay! los tres chavales, pobrecillos, descansen en paz —se persignó.

—Tuvo que ser muy duro para todo el pueblo.

—Lo fue. Nada ha sido igual desde ese día.

—¿Cuándo volvió Inés Parrado al pueblo?

—La trajo de vuelta un *taxis* a media mañana. Allí se quedó, en su casa. No bajó ni a los funerales. Esa tarde, cuando Roge subió a por el remolque y a cobrar la leña, Inés le regaló el perro, el angelito ese que está ahí fuera. Había nacido la noche anterior. La madre, la perra, había muerto. Ella estaba acabando con la camada, metía las crías en un saco, una por una y las golpeaba contra la pared.

—Eso es una salvajada.

—Así lo hacían antaño.

Daniel alzó la vista hacia la puerta, se había relajado respecto al perro.

—Da un poco de pena, ella sola. Pero tiene tres hermanos, eso me ha dicho.

—¡Bueno! Como la coja con sus hermanos…

—Está convencida de van a ir a su casa en cualquier momento.

—Sus hermanos se suicidaron los tres juntos, el mismo día.

—¡Joder…! —Daniel dejó el trozo que está comiendo—. Ayer no me lo dijo.

—No me lo preguntó. Hará casi diez años. Se tiraron a la presa de Pasoatrás, no sé si la conoce.

—Me suena, sí. Pues ella dice que trabajan fueran y que volverán.

—Ya lo sé, que trabajan en vendimias, esquilando, en los puertos… Dice que la escriben cartas y postales. Que la quieren

mucho, que volverán cuando tengan dinero para hacerse unas casas en el pueblo. Ella está mal… Se suicidaron. Encontraron algunas ropas en el agua y sangre en las rocas.

—Es horrible. ¿Y los cuerpos?

—Como caiga algo allí y abran compuertas, eso no vuelve a subir. Vaya a saber dónde han acabado sus huesos. A los pocos días apareció el brazo de uno de ellos, arrancado. Dicen que de Abraham.

—¿Arrancado? Eso no se produce en una caída.

—Fueron los peces.

—Para arrancar un brazo…

—Algún *hucho hucho.*

—¿Qué es eso?

—Unos peces gigantes, una especie invasora. Salmón del Danubio, le dicen.

—Pobre mujer —se lamentó Daniel—. Siempre sola, allí, en la finca. No habla mucho, la verdad.

—Es que hay que vivir con ella. Que le voy a contar —Feli respiró hondo y se rascó la barbilla—. De lo que no creo que le hable es de la niña —susurró tras mirar hacia la puerta.

—¿Qué niña?

—¡Feli, deja de cascar y ponme la comida! —gritó Roge y acto seguido ladró el perro.

—¡Madre! Voy a ponerle el plato a este hombre, que se va al monte. ¿Quiere más? —preguntó y se levantó de la silla para disgusto de Daniel, que abrió las manos mostrando la bandeja. Aún le quedaba la mitad.

—¿Le gusta el pueblo? —preguntó Roge una vez dentro.

—Es bonito, sí.

El perro entró tras él, despacio. Los músculos de Daniel se pusieron en tensión.

—No pasa nada —le tranquilizó Roge percatándose.

—Buen regalo le hizo mi casera.

—Sí, de chiripa. Si llego un momento más tarde… Se había cargado a todas las crías. A hostias contra la pared. Quedaba una. Cuando estaba a punto de meterla en el saco, estiró la mano y me la ofreció. «Findelmundo», dijo. «¿Qué?», pregunté yo. Como es tan

rara. «¡Qué se llama Findelmundo!», gritó. Me dio pena el animalito y me lo que quedé. Pensé que este perro no merecía morir.

—O sea que merecía vivir —matizó Daniel.

—Lo que usted prefiera.

Un aviso de Feli hizo que Roge se fuese a la cocina.

Daniel siguió comiendo con ansiedad, no por hambre, sino porque la cocinera volviese a su mesa. Había evitado hablar de los problemas de Inés Parrado con las familias de los chicos, eso era que sí los tuvieron. No le extrañaba, allí todo el mundo habría tenido rencillas entre ellos. Tal vez eran tan privadas, tan intimas que, ni la desatada lengua de la señora Feli se atrevía a mencionarlo, más por pudor que por discreción. «¿Qué niña?».

—¿Va a querer postre? —gritó Feli desde la barra.

—¿Qué tienen? —esperaba que no fuese alguna modalidad de cabrito, la bandeja se le estaba haciendo larga, no lo terminaría, a no ser que quisiese aventurarse por los caminos del *almax.*

—Flan. De huevo. Ya verá que bueno está.

Daniel no hacía más que darle vueltas a la información que acababa de recibir. «¿De qué iba lo de la niña?»

Se demoró lo que pudo con el cabrito. Lo dejó definitivamente al ver sobre la barra una fuente de barro alojando una gigantesca porción de flan que se balanceaba como un niño regordete en una piscina inflable. No había nadie más comiendo, Roge lo hacía en la cocina, por lo que dedujo que toda esa bestia temblorosa era suya.

Ahora, el flan de huevo le demoró a él.

Retiró los platos hasta la barra, por ser agradecido y, esperó sentado en un taburete a que asomase la cocinera.

Rogelio se despidió de él con unas palabras que no entendió, pero que sonaron a despedida, a que tenía prisa y algo que hacer que no le agradaba.

—¡Vamos! —le escuchó gritar ya en la plaza. El perro le siguió. Antes de bajar, el animal dedicó a Daniel una mirada desde la puerta.

—Vete a la mierda —susurró.

El perro se detuvo y se giró de nuevo desde la escalera, como si le hubiese escuchado.

—Ya verás, cabronazo.

Comenzó a buscar pistolas ahuyentadoras de perros y otros animales. Con envío urgente.

—¿Ya terminó? Ahora salgo —escuchó la voz de Feli salir desde la cocina.

Pistola ahuyentadora de Perros por ultrasonidos: de bolsillo para alejar perros peligrosos (incluye silbato) | Ciclistas | Corredores | Senderistas| Paseos | Fobias. No dañina ni para el animal ni el humano. Entrega en 12 horas para socios. Haga su pedido antes de las 17:00 horas.

Leyó la primera reseña sobre el producto. Suficiente. Era un artículo magnífico, en su caso, un seguro de vida. El problema era el lugar de entrega. Lo pediría a la dirección del restaurante.

Feli salió secándose las manos con el mandil.

—¿Un café?

—Sí, cortado. ¿Puedo pedirle un favor?

Arreglado el tema del pedido, Daniel siguió con lo importante.

—Antes, hablando de Inés, comentó algo de una niña. Por cierto, ¿quiere que le haga una foto? No para el libro, para mí, de recuerdo. Y para usted, claro.

—¿Una foto mía? ¿Con esta pinta?

—Es una imagen suya, dónde y cómo pasa más tiempo. No creo que tenga mala pinta. A mí me parece que va muy bien. Saldrá muy natural, cómo es usted. ¿Qué era lo de la niña? Me tiene intrigado. Usted hable normal, sacaré algunas.

—¿Y no mira por el agujero?

Daniel giró la cámara sobre la barra y le mostro la pantalla.

—No hace falta, la tengo controlada —rio, provocando que ella lo hiciese.

—La niña… A ver, Inés no está bien. Yo no sé qué enfermedad tiene, pero algo ocurre en cabeza suya, desde que era chica.

Daniel escuchaba con atención mientras hacía algún disparo sin sonido para no despistar a Feli. Su tono era grave, serio el gesto, la actitud no era la de quien cotillea.

—Hará casi cuarenta años —siguió Feli—, Inés tuvo una hija. Era muy joven. Nadie supo que estaba embarazada hasta poco antes del parto. La cosa es que tuvo a la niña. Parecía otra persona. La veías por el pueblo tan contenta, a su manera, ya le digo que…

»El problema es que no sabía cuidarla, no podía. Por aquel entonces vivía al final del pueblo, en una casa que ahora está medio derrumbada, la que se cayó encima de uno de los chicos. A la niña se la escuchaba llorar mucho. Normal, era un bebé. Pero la gente se preocupaba, miraba. La tenía siempre medio desnuda, y hacía frío. No comía cuando debía, sus hermanos la cogían en brazos sin el menor cuidado, ellos también están un poquito, ya sabe. La sacaban por ahí de cualquier manera.

»Una mañana, una chica del pueblo vio a la pequeña atada por la cintura a la puerta del corral. Casi tendría un año, ya gateaba. La muchacha se asustó con razón y, como Inés es como es, no se atrevió a decirla nada. Habló con el alcalde. Después de todo lo que se sabía que pasaba con la criatura, el alcalde llamó a los servicios sociales. A los dos meses se la quitaron por incapacidad. Para ella tuvo que ser muy doloroso, pero para la niña ya le digo que fue lo mejor, cualquier día le hubiese pasado algo.

Daniel estaba sin habla, sólo acertó a preguntar:

—¿Y el padre?

—Esa niña no tenía padre. Nadie conoció a ningún novio de Inesita. Pudo ser cualquiera… de los tres.

—¿De los tres? ¿Quiere decir de sus hermanos? —susurró la pregunta.

Feli asistió en silencio.

Capítulo 18. Cielo e infierno.

—¡Joder…! Creo que tomaré un chupito de hierbas —dijo Daniel mirando hacia la barra.

—Que le quitaran a criatura la trastornó del todo. Y a los hermanos igual. ¿Con hielo? —preguntó Feli.

—Sí. Y doble.

—Al año se fueron los cuatro a vivir arriba, a la finca. Arreglaron la casa y, si no era por algo muy importante, no bajaban al pueblo. Se enemistaron con todo el mundo. Sobre todo, con tres familias. La de la chica que avisó al alcalde, la familia del alcalde y la madre del chico con la que ha estado hablando esta mañana, Martina que testificó ante asuntos sociales. Los tres muchachos muertos eran de esas familias.

—Esto lo sabría la Guardia Civil cuando realizó la investigación.

—Ya le he dicho que ella estaba en urgencias, que la llevó el Rogelio. Y sus hermanos hacía ya tres o cuatro años que se tiraron a la presa.

—¿Y si pagó a alguien para hacerlo?

—Puede que lo hiciese, sí. Al diablo.

—Eso del demonio es una excusa muy… infantil.

—El cura. No paraba de pregonarlo, que fue obra del demonio, como estuvieron haciendo espiritismo…

—Eso fue una cosa de chavales, de adolescentes. Una coincidencia. Se encontraron la tabla y jugaron con ella.

Daniel bebió casi toda la copa de un trago. Tras soltar el vaso en la barra, exhaló una bocanada de aire que a punto estuvo de convertirse en llamarada.

—Es casero. Lo hace Rogelio.

Daniel pensó que fácilmente podrían detenerlo por fabricar ese producto. Miró por la ventana. Parecía de noche. Su reloj marcaba las seis de la tarde.

—Está muy oscuro —dijo él.

—Esta noche habrá tormenta.

—Cómo no —Daniel sonrió.

Pagó la cuenta. Baratísimo le pareció para como se había puesto y la información que había conseguido. Lo veía claro. Lo que no entendía es como nadie más lo hacía, por mucho que al cura del pueblo le interesase echarle la culpa a su mayor enemigo. La Guardia Civil debió investigar a fondo, se trataba de la muerte de tres chicos. ¿Cómo no consiguieron nada? Siempre hay algo.

El cielo plomizo, entre azul marino y antracita, parecía amenazar a todo lo que se moviese. Una luz perfecta para perfilar las fachadas de piedra; las líneas de los riscos sobre las copas de los árboles; el brillo de los adoquines mojados, limpios, como los guijarros de un riachuelo, reflejos de una tragedia, espejo de una verdad escondida que todos parecían intuir y que por algún motivo estaba oculta a todos los sentidos menos al del olfato. No se puede detener a nadie por oler mal.

Aún le ardía el pecho debido al aguardiente destilado dios sabe en qué cueva de esas montañas por Rogelio acompañado por su fiel y sanguinaria mascota vigilando la entrada.

Comenzó a llover, con esa capucha de tela no aguantaría seco mucho tiempo. Se refugió en un tramo de soportales al oeste de la plaza. Los primeros relámpagos iluminaron las fachadas de piedra con latigazos eléctricos. En Dosepulcros las tormentas se mostraban implacables, descarnadas, excesivas, ese pueblo estaba tan cerca del infierno como del cielo.

La puerta de la iglesia estaba abierta. «Perfecto», otro escenario de crimen.

Corrió hacia ella resbalando un par de veces, una sobre los cantos rodados del pavimento y, la segunda, más aparatosa, al pisar sobre una plancha de musgo mojado que le situó bajo el arco de medio punto haciendo equilibrios para no caer.

Al entrar, se dio cuenta y, se retiró, por respeto, la capucha. No se veía nada. Le pareció una iglesia demasiado pequeña para tener tres naves. La central no era mucho más alta que las laterales. Dependiendo de dónde se colocase, todo eran pilares. Los arcos formeros ocultaban a la vista los fajones. No distinguía las imágenes protegidas por hornacinas. Dos cirios eléctricos flanqueaban el ábside principal, hacía ellos se dirigió entre bancos dispuestos para no poder salir una vez hubieses tomado asiento Dios sabría por qué. En una las naves la penumbra dejaba ver una Piedad policromada, al acercarse vio que se asentaba en una estructura de madera móvil. «La procesión del pueblo», dedujo. Se detuvo al escuchar ruidos junto al altar mayor.

De una puerta lateral salía una luz fría, de fluorescente de toda la vida. Pasó junto al altar, el aguardiente le hizo dudar sobre si hacerse la señal de la cruz o tal vez intentar una genuflexión. Cruzó con todo el respeto que fue capaz, con la cabeza gacha.

Al levantarla un hombre estaba frente él. Casi se cae de espaldas del susto.

Capítulo. 19. Postales.

La cara de ese hombre era de las que tienen las personas a las que nunca invitan a fiestas.

—¿Qué hace aquí? ¿Qué es lo que quiere? —preguntó mirando la cámara colgada del cuello.

Era sacerdote y, aunque no por ese motivo, Daniel estaba seguro, sus amistades serían escasas.

—Menudo susto —dijo aplastando la *reflex* contra el pecho.

El hombre mantuvo silencio, afianzó los pies en el suelo, bloqueando la puerta de entrada a la sacristía —un letrero pequeño en caligrafía cursiva, lo indicaba—, sujetando el pomo con una mano, como si temiese que entrase allí.

—Mi nombre es Daniel Carabias, estoy en el pueblo por un trabajo para una editorial.

El sacerdote movió la mano para que continuase hablando. Era grande y fuerte, tendría unos sesenta años. Corpulento, aunque la curva abdominal revelaba que era reacio al ejercicio físico. Daniel cayó en la cuenta de que únicamente había respondido a la primera pregunta.

—¿Querría saber si puedo subir al campanario?

—¿Qué tipo de trabajo está realizando? —El hombre volvió a bajar la vista hacia la cámara.

Lo mejor sería ser sincero.

—Un reportaje fotográfico sobre… las muertes de los tres chicos. Van a editar una publicación sobre los hechos coincidiendo con el aniversario. Un libro respetuoso con las víctimas, la familia y el pueblo, por supuesto.

El hombre sonrió.

—Entonces, ¿puedo subir? —preguntó Daniel, esperanzado ante la jovial expresión.

Al minuto, la pesada hoja de madera de la puerta de la iglesia se cerró tras él de un portazo. La onda expansiva casi le echa fuera del pórtico. Un trueno hizo que se pegase de espaldas a la hoja recién cerrada.

—¡Vaya modales que nos gastamos! —gritó al aire con la esperanza de que lo escuchase el cura desde dentro.

No llovía con fuerza. Tomó distancia de la torre de la iglesia para fotografiar el campanario desde un buen ángulo.

—¡No pienso rendirme! —gritó al viento.

Cambió el objetivo e hizo lo que pudo: el conjunto perfilado ante el cielo oscuro, la campana, el badajo.

La poca luz que le quedaba al día se la estaba tragando ese manto negro que tenían por cielo en Dosepulcros. Decidió marcharse a casa y avanzar el trabajo de mesa con el ordenador, crear carpetas y discriminar imágenes. Después, una ducha, cena temprana y una película en la habitación. Cayó en la cuenta que no había visto ningún televisor en casa de Inés Parrado. «¿Cómo fiarte de alguien que no tiene televisión?».

Cuando llegó, la casera transportaba a la espalda un montón. Le dio tiempo a ver como las distribuía en montones por la esplanada, frente a la casa.

Ella movió la barbilla para saludar, deshaciendo por un segundo el escorzo en el que se había convertido. Rehusó la ayuda ofrecida por Daniel con un «no», seguido varios segundos después por un «gracias» que, Daniel temió que no llegaría a producirse.

Tras organizar el trabajo realizado, Daniel se duchó con la misma rapidez con la que más tarde cenaría un par de lonchas de chorizo, el cabrito y el flan aun reivindicaban su poder alimenticio. Subió a la habitación una taza de leche y unas magdalenas caseras, era pronto y seguro le entraría hambre más tarde. Tuvo la pizca de suerte que le hacía falta para no cruzarse con la «gerente de Destrozos Parrado».

Tenía grabadas varias películas en el portátil, ya que tuvo que darse de baja de las plataformas de televisión cuando decidió que no iba trabajar, sumido en la desolación tras meses sin saber de Gina. Después de una duda más que razonable se decidió por «Al final de la escalera», hacía varios años que no veía esa película y, la casa de Inés, por lo que había visto no tenía desván.

Se dispuso a pasar miedo del que gusta y olvidarse del trabajo, de los chicos asesinados. —«sí, asesinados»—, del pueblo, del cura, de su casera, sus hermanos y el perro. Colocó el ordenador sobre una silla y se acomodó contra el cabecero de hierro forjado de la cama, que golpeó contra la pared.

Fue desaparecer el cono de tráfico del reproductor de vídeo, comenzar los títulos de crédito y unos nudillos llamaron a la puerta.

—Joder —susurró—. ¡Sí! —gritó.

Volvieron a llamar.

Se levantó para abrir. Era Inés.

—¿Tiene aquí una taza con una hoja pintada? —preguntó ella con una taza de flores sobre una bandeja.

Daniel no se lo podía creer. Se giró hacia la cómoda. Se acercó y la giró sobre el mueble.

—Sí.

—Es de mi hermano. Se la cambiaré por esta —adelantó una taza más grande sujetándola por el asa—. Dentro está lo que busca.

—¿Cómo dice?

—Su argolla, para sujetar al hombre feo y la piedra.

—¡La encontró! Muchas gracias. ¿Dónde estaba?

—En el pasillo. Le cambiaré la taza.

«Mentira».

—Deme, yo lo haré.

Daniel la miró sabiendo que lo iba a hacer de todos modos.

—Es culpa mía, por no avisarle. Pero claro, imagínese que vienen esta noche y quieren tomar un café… Con estos hermanos míos nunca se sabe.

Inés se dirigió a la cómoda. Realizó el intercambio del líquido y colocó magdalenas y taza sobre la bandeja. Sus ojos se dirigieron al portátil.

—¿Es una película? —preguntó con asombro?

—Sí.

Ella se acercó al ordenador, pasaba la mano cerca de él sin tocarlo.

—Me encantan las películas. Antes veía todas, de risa, del oeste, de policías, de baile, de miedo… hace tanto tiempo. No tengo tele. La doctora me dijo que no me venía bien.

—Esta es de mucho miedo —avisó Daniel.

Ella se colocó junto a él y le miró a los ojos.

—¿Puedo verla? —Preguntó mientras se rascaba los muslos.

Daniel se dispuso a pasar la hora y media más larga de su vida, allí, en la cocina de Inés Parrado, viendo alrededor de la camilla una película de terror de los años ochenta, pasándolo igual de mal que George C. Scott.

Inés era todo gestos y expresividad. Golpes con brazos, y pies, llevarse las manos a la cara o resoplar. No decía palabra, estaba disfrutando como una niña. Daniel la miraba tanto a ella como al monitor.

—¿Se puede parar un momento? Es que me hago pis.

Daniel la detuvo con el ratón.

—Coja más magdalenas, son caseras. —Se incorporó—. A mis hermanos les hubiese encantado esta película. ¡Es buenísima! Y hablan poco, me gustan las películas en las que hablan poco. Las horas que son… ya no creo que vengan. Eso sí, escribir, me escriben mucho —señaló un montón de cartas y postales sobre un pequeño aparador, junto a un botijo vidriado con forma de gallo.

Daniel no podía apartar la vista del taco de cartas y postales manoseadas, en las que asomaba el cartón por las esquinas.

—No tardo nada es que… —se tocó la parte baja del vientre con cierta vergüenza.

El montón de correspondencia parecía una gran baraja descolocada. Escuchó cerrarse la puerta del baño, se levantó y cogió la primera postal. Una imagen descolorida de la Torre de Hércules. La giró:

«Te queremos mucho Inesita. Tenemos trabajo en Coruña. Es una ciudad muy bonita». En la parte baja escrita en letra más pequeña

había una dirección que no entendía.

La dejó en la parte superior del montón y tomó otra al azar, Una fotografía de un pequeño puente sobre un río cristalino y en primer plano una piscina natural, Acebo (Provincia de Cáceres). Tomó otra. Un paisaje de montaña: Picos de Europa, Asturias. «Queridísima hermana, te mandamos todo nuestro cariño». La dirección, en igual letra pequeña y casi ilegible, como las anteriores, parecían escritas del tirón. Esta se remitía desde: C/ De los Sueños, sin número. No fue capaz de leer el nombre del pueblo, comenzaba por Ami, Arni, algo así. «Calle de los Sueños, como la canción de Rainbow», pensó.

Estaba claro que eran cosa de Inés, todas a bolígrafo, unas verdes, otras en negro y, en alguna, hasta combinaba los colores. El mismo bolígrafo con el que hacía esos tétricos dibujos. Falsas. Le dio verdadera pena, el suicido de sus hermanos, lo que le contó Feli en el restaurante sobre la paternidad de la niña. Esa mujer había tenido una vida horrible.

Escuchó el ruido de la cisterna al vaciarse. Recompuso el montón y se sentó sin hacer ruido. La puerta chirrió al abrirse.

Daniel le dio un buen mordisco a la magdalena para no tener que hablar.

—¡Ay madre mía!, vamos a ver como acaba esto —dijo Inés con la ilusión de una niña—. Menos mal que en esta casa no hay desván. No podría dormir esta noche.

Daniel asintió e hizo clic sobre el icono de *play.*

Un relámpago iluminó la cocina.

Capítulo 20. Segunda tormenta.

Al acostarse, Daniel se sintió bien. Había hecho feliz a esa desgraciada mujer. Por otro lado, no confiaba en ella, era evidente que, desequilibrada o no, ocultaba algo. Oscuro, nada limpio. Aunque los presentimientos son los cimientos de edificios que se construyen con más ilusión que planos, para caer después a plomo con la primera ventisca, no se puede evitar tenerlos. Un puzle cuyas piezas encajan a la perfección, aunque el dibujo que forman no sea el deseado. Estaba convencido de que esa mujer estuvo relacionada de algún modo con la muerte de los chicos. Se sintió mal de repente, por haber hecho feliz a un monstruo.

Cogió su móvil y llamó a Marta.

—Cuéntame. ¿Va todo bien? —contestó Marta.

—Sólo un momento.

—Sí, claro. ¿Qué ocurre?

—No es nada. Es por la mujer de la casa.

—¿Qué le pasa? ¿Y las fotos? ¿Cómo van?

—Ha tenido una vida horrible. Creo que esconde algo.

Marta mantuvo silencio dos segundos.

—Esconder qué.

—No lo sé aún. Es largo de contar. Es todo muy oscuro… lo de esos chicos. Esta mujer tiene algo que ver con sus muertes.

—Eso es lo quieren, un reportaje oscuro.

—No es la oscuridad que ellos esperan…

Un trueno interrumpió la conversación.

—¿Qué ha sido eso?

—Una tormenta, el pan nuestro de cada noche. Te dejo, tengo que poner en orden mis ideas.

—Déjate de ideas y saca fotos. ¿Estás bien? Te noto más fuerte, más vivo.

—Sí, lo estoy. Esto me ha devuelto a la vida, Marta.

—Me alegro de escuchar eso, siempre he confiado en ti. Cuando acabes el trabajo, podemos salir, te invito a cenar.

—Marta, ya sabes qué no…

Ella se mantuvo dos segundos en silencio.

—Está bien, de acuerdo. Lo dejamos en una caña.

—Hecho. Buenas noches.

Daniel colgó.

Con él, Marta demostraba una dureza impostada. Aunque no hiciese ninguna fotografía, estaba seguro de que le daría los 3000 euros si los necesitase. Se había acostumbrado a que ella le resolviese los problemas. De algún modo era injusto con ella, la apreciaba, la tenía cariño sincero, pero no la quería. Ni tan siquiera le gustaba, son esas cosas que pasan y son así desde que lo son. Ella se había acostumbrado a ser la persona a la que se aprecia sin límites, aunque no se la quiere como para compartir una vida ni se sube a su casa a tomar la última copa. Marta asumió, tras la careta de mujer dura, que era la mujer que le sacaba las castañas del fuego, acudía incluso sin llamarla, como para ese trabajo. En esa ocasión tuvo que verle mal de verdad. Cuando se tiene el corazón roto se necesita escayola en todo el cuerpo.

La actitud de Marta hizo que Daniel se acostumbrase a que le pusiese el hombro para llorar las más variadas penas. Todo cambió cuando Gina llegó a su vida. A partir de ahí la relación se limitó a solucionar cuestiones laborales. Marta cenó con ellos un par de veces, pero enamorada hasta la médula de Daniel como estaba, evitaba por cualquier medio estar en la misma habitación que ellos dos.

Cuando Marta se enteró de la desaparición de Gina, su reacción fue fría, quedó muy afectada por Daniel, aunque en el fondo la ilusión volvió a su cara, una esperanza que no podía reflejar. Con el tiempo, pensaba, tendría a Daniel para consolarle. Estaba segura de que la dejaría de querer, la olvidaría. Siempre pasa. Ella estaría allí, cerca, en el trabajo, en casa, ayudándole. A sus pies.

Cada intento de Marta por ser algo más fue rechazado sin miramientos, como en la conversación que acababan de tener, como un amigo que dice no con miedo a que su amistad se partiese si se enrollaban. Era una línea infranqueable. Marta pensó en más de una ocasión que si se lo proponía dejaría de quererle, lo olvidaría. Como siempre, para ella, ese era un mal año para dejar de querer.

Los relámpagos iluminaron la habitación, los truenos encogieron a Daniel bajo las mantas. La puerta de la cocina que daba al jardín comenzó a golpear contra el marco, haciendo vibrar los cristales. De fondo, repiqueteo de la lluvia contra las tejas lo llenaba todo.

No se iba a quedar con la duda. Se levantó para asomarse a la ventana.

La luz de un rayo mostró a Inés Parrado en el centro del jardín trasero, de espaldas a la casa, con su impermeable amarillo. Encapuchada, pala en mano. Daniel se retiró hacia un lado, corrió un poco la gruesa cortina y observó con desasosiego.

Sus gestos indicaban que estaba hablando con alguien. En el fondo era una víctima, pensó. Necesitaba ayuda, tratamiento para lo que fuese que le pasaba, tal vez ingresar en alguna institución mental.

Se movió a su derecha, levantó la pala al cielo y soltó un palazo contra la hierba. Corrió hacia adelante y pisoteó el suelo hundiéndose hasta la rodilla y pegando manotazos. Logró salir y amenazó con el dedo a la hierba. Se giró. Daniel retiró de la ventana el tercio de cara que le asomaba.

El cese de la lluvia permitía escuchar las voces, aunque no descifrar lo que decía. Se asomó despacio. Inés cargaba con varias tablas. Las dispersó en grupos y colocó bloques de hormigón y ladrillos encima. Seguía hablando. Reía de forma alocada.

Daniel vio perfectamente como la tierra se movía cerca de ella. Inés golpeó con su pala, cubrió la zona con dos tablas y colocó sobre ellos dos bombonas de butano.

Daniel se pegó de espaldas a la pared. No sabía que pensar.

Escuchó como se cerraba la puerta desencajada que daba al jardín trasero, luego otras, los grifos soltando agua y por fin una

última puerta. La casera estaba en su dormitorio. Él se metió en su cama, esperaba que para dormir.

Pero no fue así. Le encantaría echar un vistazo por la casa, en el dormitorio de ella, en las habitaciones de los hermanos, en el sótano. Era casi imposible con esa mujer siempre por allí apareciendo a cada instante. Muy arriesgado. Si se fuese a algún sitio…

Al día siguiente pasaría la mañana tomando imágenes por la montaña, cerca de la casa, puede que ella saliese a la compra, a buscar leña o a cazar ciervos con lanza.

Capítulo 21. Sombras.

El cielo era una tela azul rasgada por nubes afiladas muy bien dispuestas. Desde diferentes puntos del césped de la explanada que anticipaba la casa brotaban bocanadas de un vapor perezoso, como la respiración de alguien que acaba de levantarse contra su voluntad en medio del frío. Lo de esas tierras le tenían más que confundido. Hacía una buena mañana para recorrer el monte por los alrededores, sin perder de vista ni la casa, ni a la dueña.

Cogió el primer sendero que encontró con aspecto de ruta transitable. Por lo que sabía de senderos, aunque todos comenzaban bien, solían complicarse sin previo aviso y antes de lo esperado, unas veces por querer atravesar zonas complicadas y otras sin motivo aparente. Pensaba, por eso, que la mayoría de ellos se abrían al azar. Alguien comenzaba a caminar machete en mano, pisoteando con fuerza, hasta que, llegados a un punto, suponía más trabajo volver atrás para abrir otra ruta que seguir con la empezada. Si había rocas, pues se subían, que se interponía un riachuelo, se cruzaba. Dudaba incluso que algunos senderos funcionasen como verdaderos atajos y, por lo que tenía entendido, la mayoría no llevaban hasta lugares preciosos, sino a parajes a los que por algún motivo le interesaba llegar a alguien y que nada tenían que ver con lo bucólico.

Este era un sendero de manual, al menos en sus primeros metros. Cogió una rama fuerte del suelo, retiró los salientes más frágiles y se ayudó con ella en la subida. El estrecho camino ascendía entre pinos, sin apenas giros. Cuando creyó haber ascendido lo suficiente salió de él hacia la derecha para poder controlar la casa. Los pinos son muy escandalosos, dejan caer al

suelo púas, piñas y ramas. Debía caminar encorvado, las ramas más bajas le llegaban a la altura del cuello y salían de los troncos fuertes y puntiagudas. Limpió un pequeño espacio alrededor de la piedra más plana que vio y se sentó en ella. Al minuto comprendió que ese no iba a ser un lugar cómodo para pasar la mañana.

Tenía una vista completa del jardín trasero, en él destacaban las bombonas naranjas, la fachada trasera de la casa y el acceso al descampado que la circundaba, todo en un plano enjaulado por los barrotes en forma de troncos resinosos. Calculó que habría tardado poco más de diez minutos en subir hasta allí. La bajada la podía hacer en la mitad, si no se caía o se clavaba una de esas ramas en la garganta.

Alguien apareció de entre los árboles que flanqueaban el camino que llevaba a la finca La Higuereta. Daniel posó el ojo en el visor y giró el anillo del teleobjetivo.

—Es… el maldito cura.

Avanzaba por la explanada trazando un recorrido sinuoso, sin duda conocía el terreno y no tenía ganas de hundirse en el infierno.

Ya cerca de la casa, saludó. Lleva una tela blanca enrollada en la mano. Inés debía estar en la ventana. El hombre levantó la mano como un indio, no fue un saludo muy efusivo, o se veían mucho o el cura había subido hasta allí por algún problema. Aunque teniendo en cuenta el carácter de ese tío podría ser el gesto más amable que hubiese hecho en toda la semana. En todo caso, a Daniel le pareció una extraña coincidencia que tras expulsarle de la iglesia el día anterior, a la mañana siguiente se presentase en la casa en la que se alojaba. «En los pueblos se sabe todo».

El párroco se detuvo cerca del coche de Daniel. A los pocos segundos Inés llegó hasta él. Tras negar varias veces con la cabeza, señaló en derredor. Inés le indicó la puerta de la casa para que enterasen.

Daniel dedujo que estaba allí para hablar de él. Dio la impresión de que al ver su coche no quiso entrar y al decirle Inés que no estaba, pasaron juntos a la casa. «¡Ja!», se sorprendió por lo claras que veía las cosas. «Ahora no, Gina», se dijo para no perder la concentración.

Allí estuvo unos cinco minutos, intentando ver algo a través de la cámara, cambiando de postura y de piedra. Esperando, especulando, presintiendo, encajando las piezas del puzle, todas oscuras. Desconfiando.

Daniel vio cómo se abría una de las persianas de las habitaciones de los hermanos. Se movió por la ladera hasta colocarse en perpendicular.

Inés aparecía y desaparecía de la ventana. Por los movimientos de sus brazos, parecía enfadada, se movía nerviosa. Llevaba en la mano la tela blanca que había traído el sacerdote. Tomó unas fotos. La extendió ante ella, era una camiseta. Comenzó a grabar en vídeo. Ella seguía hablando, se acercó a la ventana, se llevó las manos a la cabeza, se giró para sentarse en el borde la cama. Señaló con el dedo, amenazante. No veía al cura, debió quedarse en la puerta.

Retiró un momento el ojo de la cámara. Alguien salía de la casa. Era el cura. Volvió a enfocar hacia la ventana. Inés seguía hablando. Se acercó a la persiana, tiró de la cinta y comenzó a bajarla. Algo oscuro se metió en el plano un instante. La persiana se cerró. Menos mal que le había dado por poner la cámara en modo vídeo.

El cura se esfumó a pie por donde había venido. Daniel siguió allí, inmóvil. El deseo de ver las imágenes era directamente proporcional a la inquietud que sentía por lo que pudiese ver en ellas. De estar inquieto pasó al desasosiego y, de ahí a sentir miedo, no suele haber mucho espacio.

Menos de un minuto, el tiempo en el que unos ladridos hicieron que saliese de la reflexión y la duda y echase a correr ladera abajo entre pinos y matorrales con el instinto de supervivencia de una ardilla y la agilidad de uno de esos soldados de operaciones especiales que llevan la boina de color verde.

Escuchó una voz que procedía de la parte alta de la ladera, gritó algo que le era familiar:

—¡Tranquilo, que no hace nada!

Corrió sin mirar atrás. Los ladridos se acercaban. Entre el crujido de hojas y ramas secas que provocaban sus zancadas, escuchaba otras más precisas y rápidas. Ya estaba cerca del final de la arboleda. Resbaló, su trasero se posó en la hierba mojada para

deslizarse como un trineo los diez metros que quedaban hasta terreno llano con la cámara bien sujeta y con el otro brazo de barrera para protegerse la cara de los tallos. No le importó que aumentase la velocidad de la bajada. Cayó bien, como si lo hiciese a menudo. Ya en pie corrió hacia la vivienda.

Llegó hasta el jardín trasero de la casa. Al llegar a la altura de las bombonas de butano se giró, Findelmundo ya no le seguía, se había detenido en la última hilera árboles, desgañitándose en ladridos, moviéndose nervioso de un lado a otro, sin avanzar.

—*¡Sit! ¡Sit!* —escuchó Daniel.

«Como adiestrador, este hombre no tiene precio», pensó de Rogelio.

Caminó despacio hasta la casa, evitando pisar sobre los tablones que la noche anterior había colocado Inés, esquivando los agujeros tapados y apaleados. Parecía un campo minado.

—¡No pise por ahí! —gritó su casera desde la molesta puerta que daba acceso a la cocina.

—¡Lo siento, me perseguía un perro!

—Ese perro no hace nada. ¡Salga de ahí! —gritó ella.

Inés le indicó con los brazos que rodease la casa. Tras comprobar que el perro no avanzaba, Daniel la hizo caso. Parecía como si flotase al caminar por ese terreno esponjoso, aceleró el paso temiendo hundirse.

Inés le esperaba en la entrada. Al verla, Daniel cambió de planes, se dirigió hacia el coche y abrió la puerta con la llave.

—Me tengo que ir, ¡hasta luego! —dijo, dejándola con la palabra en la boca.

Arrancó sin mirar hacia la casa, no quería cruzar la mirada con ella. La veía por el rabillo del ojo, haciendo lentos aspavientos que terminaron con los brazos en jarra. Ese problema quedaba aplazado hasta la noche, no pensaba volver en todo el día.

Capítulo 22. Triple seco.

Alterado, inició el camino de bajada hasta el pueblo. La ansiedad pisaba el acelerador. Su coche de ciudad derrapaba sobre el camino de tierra salpicando de arcilla las bases de los troncos de los árboles y ensuciando los bajos del Nissan, camuflándolo con su entorno.

En una de las curvas, la frenada brusca hizo que las ruedas patinasen deslizando el coche de frente hasta detenerse a unos centímetros de un grueso roble cuyas ramas sacudieron el parabrisas y quedaron dobladas sobre él.

Daniel resopló. Apoyó la cabeza sobre el volante. Definitivamente acababa de perder los nervios. Una vez recuperado del susto, con las pulsaciones en descenso, sus temores se trasladaron al coche, en si sería capaz de sacarlo de esa cuneta.

Sin muchas esperanzas, giró el volante a la derecha, metió la marcha atrás y aceleró. El coche salió disparado hacia el centro del camino. Enderezó con una sonrisa y siguió hacia el pueblo. No tenía claro dónde ir, o sea que se dirigió al Nuevo Cabrito de Oro para ver las imágenes y tomar una copa. Puede que más, dependiendo de lo que apareciese en ellas.

Estaba abierto y sin nadie en la barra. Daniel cerró una ventana y se sentó en una mesa junto a ella. Encendió la cámara y conectó la *tablet* que llevaba en la guantera para transferir el material por *bluetooth*.

—¿Qué le ha pasado en la espalda? —preguntó Feli al salir a la barra y verle allí sentado, con la espalda mojada. —¿Lleva mucho rato esperando? ¿Cómo no me avisa, hombre? ¿Quiere un café?

—No, un Triple seco. En vaso, sin hielo.

—Tiene toda la espalda manchada.

—Me he caído. He resbalado cuando… No es nada. —No le apetecía dar explicaciones.

—Eso no lo pide nadie.

—¿Qué? —Daniel se giró.

—El Triple. No sé cuánto tiempo lleva ahí esa botella. Lo mismo está hasta malo.

—Lo probaré, a ver qué pasa.

—Esa es la casa de la Inés —dijo Feli señalando a la pantalla—. Las habitaciones de los hermanos.

Daniel la miró un momento.

—Póngase un vaso. La invito a una copa. Así, si está malo, lo que sea nos pasará a los dos.

—¿No irá a demandarme?

—¿Por quién me ha tomado? Venga, siéntese conmigo. Y nos tomamos la copa mientras vemos la casa de Inés.

Tras agitar la botella con el cuello hacia abajo, darla numerosos golpes en el culo e incluso calentar la boca con un mechero, Feli agarró un cuchillo de cocina.

—Es que estas bebidas dulces… Ya verás tu como arranco esto ahora mismo.

Los dos estuvieron de acuerdo en que el licor de naranja estaba en buen estado. Feli dejó la botella sobre la mesa

—¿Sabe quién es? —preguntó él cuando apareció el cura en la imagen.

—¡Es el cura! Don Antonio.

—¿Es normal que suba a la finca de Inés?

Ella negó con la cabeza, tajante.

—Ahora no se llevan bien.

—¿Y eso? Ya me ha dicho que Inés no congenia con casi nadie, pero el cura es neutral, digamos.

—Cuando era joven, ella ayudaba en la parroquia. En misa no, no la dejaban, sólo podían los hombres. Limpiaba, se encargaba de la ropa, cosas así. El cura la contrató para que le hiciese la casa, hasta que un día ella lo dejó. Iglesia y casa. Es más cuando pasaba por la

puerta, maldecía. Eso al cura le ponía de los nervios, pero no la decía nada. Se aguantaba. Por no dar el espectáculo, supongo.

—O sea que trabajó en casa del cura. ¿Y se han vuelto a tener relación?

—La normal, digo yo. No conozco cada detalle de la vida de todos los vecinos del pueblo. Imagínese… yo estoy a mis cosas.

Siguió reproduciendo la grabación hasta que a Inés se la vio en la ventana viendo la camiseta que la había llevado el cura. Daniel tocó *pause* y amplió la imagen. Podía leer «Ast», se veía una corona y una mancha azul.

—¡Asturias! —Exclamó Feli. Es una camiseta de *Asturias patria queridaaa*… —entonó en voz baja.

Daniel la miró sorprendido.

—El Roge tiene una —justificó ella.

—¿El cura del pueblo se llevaba bien con sus hermanos?

—No, esos no tenían relación con nadie, ni para bien, ni para mal. Eran unos animales, en paz descansen.

—No lo entiendo. Si saliese de casa, podría echar un vistazo, curiosear un poco sin mala intención.

—La Inés sólo sale cuando la llaman, cómo no tiene teléfono.

—¿La llaman por teléfono?

—Sí, una o dos veces al mes, no sabría decir.

—¿Y quién la llama?

—La pobre… dice que son sus hermanos en conferencia. Se pone ahí en la barra. No dice nada si estoy delante. Y habla siempre muy bajito.

Daniel asintió satisfecho por la información recibida. Él mismo sirvió otros dos dedos de licor en cada vaso. Continuaron viendo el vídeo.

—Hace tiempo que no veía esa parte de la casa —dijo Feli—. Y con la persiana levantada. Claro, que yo no voy por allí. Pero mi marido, cazadores y muchachos que suben a la montaña a… incordiar, dicen que siempre estaban cerradas a cal y canto.

Daniel avanzó la grabación hasta que Don Antonio, el cura, abandonaba la casa. La cámara en un travelling poco ortodoxo, como de vigilancia policial apurada, volvió a la ventana, tras la cual,

a Inés se la veía hablando sola. Detuvo la imagen. Miró a Feli, la pilló dando un trago.

—Humm… Eso es normal, habla sola —dijo tras tragar el líquido.

Daniel pulsó *play.*

—¡Ahí! Mire —avisó cuando la mancha negra apareció un segundo en la pantalla. Retrocedió hasta el momento exacto.

—¡Ay, madre! —Feli se llevó la mano al pecho.

Daniel se acercó a la pantalla. Era algo oscuro, apenas se veía en el lado derecho del encuadre. Avanzó y retrocedió varias veces, despacio.

—Yo diría que es un brazo.

—Sombra —dijo Feli al mismo tiempo—. Una sombra.

Daniel dibujo con el dedo índice sobre la pantalla la silueta del hombro y el brazo que él veía.

—Yo creo que es la cortina. Mire, esa mujer no para las manos quietas. Las ha movido porque… en esa casa no hay nadie.

Daniel bebió el vaso de un trago. Ella le imitó. Miró la hora sobre el reloj que colgaba de la pared, tras la barra.

—¿Dónde andarán este marido mío y ese demonio de perro?

—Estaban en la montaña, en la finca de Inés.

—¿Los ha visto?

—Al perro, sí. Es ahí —señaló cuando se movió la cámara y se apagó la imagen—. A su marido sólo lo escuché.

—Él dice que el chucho no hace nada, pero yo no me fiaría. A mí no se acerca. Sabe que si se le ocurre morderme le meto una cuchillada en el cuello que lo avío.

—Necesito saber que ocurre en esa casa. ¿No la intriga a usted, Feli?

—A ver… la verdad es que sí.

—No sale de allí, como mucho al jardín o por los alrededores, sigilosa, nunca sé dónde está —se quejó Daniel. Pensó un momento toqueteando la *tablet*.

—¿Se quedará a comer? —dijo ella haciendo amago de incorporarse.

—Sí. ¿Qué tenemos hoy?

—Cabrito guisado.

—Hecho.

—En una hora lo tengo preparado. Voy a la cocina, que lo he dejado todo «empantanao».

—Feli, dígame, ¿por qué motivo sale Inés de casa sin excusas?

—Cuando la llaman por teléfono.

—Deme detalles.

—No hay fecha fija. Eso sí la llaman siempre por la noche. Ya se lo dijimos, que si quería que la fuésemos a avisar tenía que será a esa hora, cuando Roge ha terminado de trabajar, sobre las diez. El Roge sube a por Inés, hablan y la lleva de nuevo a su casa. Nos paga veinte euros. Si ella fuese de otra manera —se justificó Feli—, pero encima siempre con malos modales.

—Más o menos… ¿Cuánto tarda en lo que baja hasta aquí, habla y vuelve a subir? ¿Una media hora?

—Por ahí, sí. Y la mujer no falla, como muy tarde a las diez, llama.

—¿Llama una mujer?

—Debe ser alguna amiga del hospital, desde una residencia o vete a saber.

—¿Por qué no tiene teléfono?

—Lo tuvo, hace tiempo. Un invierno, tras recibir una llamada que la puso muy nerviosa arrancó los cables de casa, de la fachada y cortó los postes con una motosierra. Quemó la madera en la chimenea.

—En una hora estoy aquí.

Capítulo 23. Un favor.

Las diminutas gotas de lluvia se pegaban al parabrisas como si no cayesen, como si estuviesen ahí, flotando, y el coche se las llevase por delante. Mas que llover parecía que alguien pulverizase por incordiar. Las escobillas las apartaron sin piedad a los lados justo en el momento en el que Marta pasaba junto a un cartel que informaba que faltaban 12 kilómetros para llegar a León.

Una llamada entrante cortó el programa de radio que escuchaba y activó el dispositivo manos libres del coche. Suspiró al ver el número en la consola. Pulsó el botón con el símbolo del teléfono en el volante y se colocó el pelo con una mano.

—Hola. Dime, Dani.

—Escucha, es importante. ¿Puedes hablar?

—¿Qué tal estas, Marta? Bien, Daniel. ¿Y tú? —ironizó ella.

—Hola, Marta. Estás bien, ¿verdad?

—Sí, dime. Voy a ver a mis padres.

—¿Estás en el coche?

—Sí, pero puedo hablar.

—Necesito que me hagas un favor.

—¡Que raro!

—Es importante. Esta noche a las diez. Mientras miras por la ventana esos paisajes tan preciosos de los que me hablas.

—Tendrías que haber venido alguna vez, ya no recuerdo cuántas veces te he invitado.

—Tienes razón. Ahora estoy saturado de naturaleza. Cuando acabe este trabajo voy un fin de semana contigo y me invitas a un cachopo. Yo pago la sidra.

—Ya…

—Sabes que eres mi mejor amiga, la que más quiero.

—Lo sé.

—Sólo tienes que hacer una llamada.

Marta redujo la velocidad y salió de la carretera nacional hasta el aparcamiento de un restaurante. Llovía con más fuerza, durante unos segundos sólo se escucharon las escobillas y repiqueteo de las gotas en el techo del coche.

—¿Marta? ¿Me oyes?

—Sí, te escucho. He tenido que parar.

—¿Lo harás por mí?

Ella echó la cabeza hacia adelante, surcó su pelo con las dos manos.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti. Lo que necesito es que te centres en el trabajo y dejes de husmear y meterte en líos. Recuerda que te estoy pagando.

—Es importante para el trabajo. Aquí todo es muy raro. Hay algo muy turbio detrás de las muertes de los chicos. La solución está aquí, lo noto, lo siento cerca.

—Ten cuidado, no te metas dónde no debes, puede ser peligroso. En los pueblos, la gente es muy visceral y en ese, las muertes les tocaron de lleno.

—Sabes que no fueron accidentes, y menos cosa del Demonio. Alguien los mató. Y quiero saber quién fue.

—Si no quieres hacerlo se lo diré a otra persona, solo tienes que llamar por teléfono. Te lo pido a ti, amiga… jefa mía. Venga, por favor. No creo que sea para tanto. Es una parte del trabajo. Ya te lo contaré.

—Dime, que tengo que hacer.

—Eres un encanto. Te paso un mensaje con los detalles. Ahora tengo que irme. ¡Conduce despacio!

—Vale, estoy preocupada, ten mucho cuidado…

La música sonó en la radio. Daniel ya había colgado.

Capítulo 24. Poseído.

Esa fuente de cabrito guisado con patatas le estaba haciendo disfrutar de lo lindo. El vino de la casa había subido la temperatura de su cuerpo, de por sí ya acalorado por el licor de naranja y los nervios del plan de la noche.

—¿Le llevo más pan? Veo que le gusta untar.

—No hace falta, gracias.

Se temió que iba a ser inevitable desabrocharse el botón del pantalón, seguramente al comienzo del gigantesco flan.

Tenía que quedarse a solas en la casa. Como fuese. Teniendo en cuenta que Inés no hablaría por teléfono con nadie, contaba con unos veinte minutos, tal vez más. Le bastarían para echar un vistazo en las habitaciones de los hermanos, la de Inés y bajar al sótano. Era importante no descolocar nada, esa mujer, aunque no lo pareciese tenía una memoria milimétrica en lo que ubicación de objetos se trataba.

Esa misma noche dejaría todo recogido y se largaría por la mañana, haría el resto de fotografías en el pueblo y adiós muy buenas. Si encontraba algo que la delatase buscaría la forma de hacérselo saber a la Guardia Civil sin comprometerse. Les enviaría las fotos que pensaba sacer de todo lo que viese. Lo hablaría antes con Marta, ella sabría cómo proceder.

—¿No está bien el flan? —preguntó Feli tras acercarse hasta la mesa con una botella de aguardiente y un vaso de chupito viendo que Daniel ya no movía la cuchara.

—No puedo más. Está delicioso, Feli —elogió con la confianza sobrevenida que otorga una segunda comida en el mismo lugar.

Ella dejó la botella y el vaso en la mesa con un animoso golpe de camarera.

—Bueno, qué, ¿ha pensado algo para sus pesquisas?

—¿Dónde están los yogures? —preguntó a voz en grito Rogelio desde la cocina.

—¡No hay, come flan!

—¡Joder! —apareció el hombre tras la barra—. ¿Y el médico, que? Me dijo que no comiese tanto dulce. Así no se puede.

—¡Pues coge la camioneta y ve tu a la compra! Madre mía, este hombre… A ver —habló de nuevo a Daniel—. ¿Qué vas a hacer?

Daniel separó la espalda de la silla y se acercó a la mesa reptando por el amplio asiento con las nalgas.

—A las diez van a llamar por teléfono. Que su marido suba a buscarla como de costumbre. Puede que sea mejor que no le diga nada —dijo Daniel mirando a la cocina—, que él haga lo que hace siempre.

—¡Qué emocionante!

—Ya veremos.

—Y que le van a contar.

—Nada, cuando llegue ella y llamen de nuevo hará como si se corta la línea o hay interferencias y se acabó. Que la suba de nuevo a su casa. Cuando llegue yo estaré en la cama, como si no hubiese pasado nada.

—¿Y quién va a llamar?

—Una amiga.

—¡Ay que maja!

—Feli, usted conteste con naturalidad, diga lo de siempre. Es mi jefa y… también buena amiga.

—¿Su jefa es amiga suya?

—En este trabajo sí. No quiero que se sienta mal. Como si usted no lo supiese.

—Tranquilo, no lo notará. Pero no deberías beber más, muchacho. El alcohol no es bueno para refugiarse.

Daniel la miró.

—Escuché lo de su mujer cuando hablaba con el guardia. Sin querer. No pierdas la esperanza.

—Es difícil de conservar, se pierde sola.

Feli le dio un abrazo un beso en la mejilla.

Daniel miró la hora: las cinco menos cuarto. La tarde se le iba a hacer eterna.

Esperó a que se fuese Rogelio con el perro para pagar la cuenta —siempre le parecía barato—. Dejó el dinero sobre la barra. Feli le hizo un guiñó de ojo escandaloso, incluso movió la cabeza empujada por la fuerza al bajar el párpado. Si lo que pretendía es expresarle una discreta complicidad por la llamada de la noche, a los dos paisanos que tomaban sendas copas de pacharán en una esquina, les había dado un tema de conversación para varios días.

—Adiós —le despidió uno de ellos con la sonrisa en los labios.

Daniel quería dar un paseo para bajar la comida, el vino y los chupitos, pero la pesadez en el estómago provocó que las piernas no le llevasen más allá de la Iglesia. Un banco de piedra corrido bajo el pórtico lateral le pareció un buen lugar para enviar a Marta un mensaje con los detalles de la llamada que debía hacer al restaurante. No le apetecía hablar por teléfono, ni dar explicaciones, ni rogar de nuevo. En su cabeza sólo había un objetivo, saber por qué murieron esos chicos. Mejor dicho, el motivo por el que los asesinaron. No sabía cómo ni en qué medida, pero su casera estaba implicada.

El aguardiente le animó a fantasear tramas descabelladas, como que podría ser un complot de medio pueblo perteneciente a algún grupo conspiranoico, lo que desechó de inmediato, alguno se hubiese ido de la lengua antes de 48 horas. Llegó a pensar en el diablo como causante de las muertes. «Vete a saber a quién invocaron en la sesión de espiritismo, tal vez a algún antepasado de Inés Parrado…». Las de esos muchachos de Dosepulcros no eran muertes inexplicables, simplemente no habían sido explicadas aún.

Escuchó el sonido de una puerta abriéndose. Era el cura, salía de la Iglesia con una gran llave en la mano. Miró a Daniel, despatarrado en el banco de piedra, con postura de incubar una futura hernia discal. Daniel devolvió la mirada. Intentó, sin conseguirlo, que fuese tan inquisitiva como la que estaba recibiendo. Se mordió los labios, le estaba entrando la risa. La floja. Esa que una vez que llega le

cuesta irse. Cambió de postura, dolorido, y miró hacia el suelo. Escondió su cara en las manos para ocultar la carcajada silenciosa.

El cura cerraba la puerta por fuera. Percatándose del movimiento de la cabeza, que agitaba hombros y espalda. Ese muchacho parecía estar llorando. El cura se acercó a él, despacio, con cautela y sin avasallar.

—¿Está usted bien?

Daniel asintió con la cara cubierta. Al límite. Miró de reojo y calmó al párroco con una mano. No debió hacerlo. La cara de ese hombre fue el pico de electricidad que hizo saltar los plomos de Daniel.

Además de sus extrañas cejas, vio sus labios como dos langostinos abrazados, sin duda por la preocupación que mostraba por él. Sus patillas eran espesas y con huecos, como de ganchillo. Tal vez fuese por el impacto de la luz al retirar la mano de los ojos, pero hombre no tenía color alguno, era de raza blanca, aunque sin tonalidad. Un hombre sin color con un jersey gris de cuello alto bajo la americana favorita de un antiguo acomodador de cine de postín. Todo se remataba con el llavero de una canoa amarilla con el logo de «Asturias Paraíso Natural» que colgaba del bolsillo de su pantalón de tergal.

A Daniel se le saltaban las lágrimas.

El cura podría estar descolorido, pero no era tonto.

—¿Se puede saber de qué se ríe? —preguntó muy serio, el peor modo de preguntar nada a alguien que sufre un ataque de risa.

Daniel se frotó la cara e inspiró, las lágrimas asomaban por los rabillos de sus ojos. Sabía que si hablaba sería peor. No podía, conocía esa situación, si decía algo lo empeoraría. Le pidió tranquilidad con las manos y volvió a inspirar y expirar, en un intento por expulsar ese espíritu que le había poseído.

—¿No contesta? Eso es de muy mala educación.

—¡No puedo! —volvió a reír como se hace cuando sabes que no debes hacerlo, sin mesura ni control, con todas las partes del cuerpo y en silencio, hacia adentro.

—Sepa usted que en Dosepulcros cada cual recoge lo que siembra.

Eso le mató. Se incorporó para apoyarse de frente contra el muro de la Iglesia, sobre el antebrazo, mientras que con la mano pedía calma con toques de perdón a Don Antonio. Dio unos pasos con las manos en las caderas, echó el cuello hacia atrás. Secó las lágrimas de las mejillas. Resopló un par de veces. Se sintió con fuerzas para decir una frase.

—No siembro nada, señor… —volvió a las andadas con fuerza. —La agricultura no es lo mío—. Esta vez intentó mantener la postura, la compostura ya no había quien la salvase.

—Yo creo que sí, usted va dejando semillas venenosas, no se extrañe de que los frutos que recoja no sean los que esperaba. Puede que se envenene con ellos.

Eso, a Daniel le sonó muy feo, de algún modo le exorcizó del demonio temporal que le había poseído en forma de carcajada incontenible.

—No me río de usted, de verdad. Me ha dado la risa floja, ya está. Por cosas mías —mostró el móvil como excusa—. ¿No le ha pasado nunca, que le da la risa y no puede aguantar?

—Si algo no me hace gracia, no.

Daniel evitaba mirarle la misma parte de la cara más de medio segundo. Ahora sus labios se arqueaban hacia arriba, parecía contento

—Bueno, disculpe. A la gente le ocurre, es un momento y se pasa —aún hablaba con una sonrisa bobalicona que parecía haber contagiado a don Antonio.

—¿Quiere que le dé un consejo?

—Bueno.

—Váyase del pueblo —dijo con una sonrisa—. Las heridas que no se dejan de toquetear nunca cicatrizan. El pus y la sangre vuelven a la superficie. Los recuerdos, el dolor, el odio.

—Si se descubriese a los asesinos —Daniel subió el tono de voz, la risa ya era solo un recuerdo—, aplacaría el dolor de las familias y sabrían a quien deben odiar. O perdonar, nunca se sabe.

Daniel se sentó de nuevo pensando que la conversación se habría terminado. El cura se sentó a su lado. Se sintió intimidado. En la

parte baja de la plaza aparcaba la camioneta de Rogelio. El perro saltó desde la parte de atrás y miró hacia ellos.

—¡Ya está ahí el perro! —soltó Daniel.

—Ese perro no hace nada —dijo el cura—. Al que más debe temer es al que no ladra.

—¿Por qué no puedo hacer unas fotos del campanario? ¿Qué hacía ese chico ahí arriba antes de ir a clase?

Don Antonio suspiró.

—Nadie sabe lo que hacía en la Iglesia. La puerta estaba abierta. No cierra bien, yo me aseguro siempre, pero ese mes estuve fuera, otro párroco, don Anselmo se encargaba de la Iglesia. El asegura que cerró bien…

—Sí todo eso lo he leído, pero, ¿por qué entró y subió hasta el campanario?

El cura negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Algo debió llamar su atención, quién sabe… Unas fotos no le van a dar la respuesta y, por mi parte, por respeto a las familias, cuanto menos se hable y se publique sobre lo que ocurrió, mejor.

—Espero que la Guardia Civil no lo olvide y encuentre a los culpables.

—Yo que usted intentaría sembrar algo positivo antes de irme. —Don Antonio le miró fijamente—. ¿Sabe? Tengo la impresión de conocerle, como si supiese todo sobre usted.

—Lo dudo mucho, me acordaría de usted. No hay mucho que saber sobre mi.

—Sí, siempre lo hay —dijo el cura, convencido—. Veo en sus ojos una gran desilusión, como si la vida misma le hubiese abandonado, dejado de lado. Una situación difícil de superar. Hágame caso, apoye su cabeza en el hombro de quién siembra buenas semillas, en una buena tierra crecerá de nuevo la vida. Puede que la tenga más cerca la tiene más cerca de lo que cree. Si es listo, no rechace esa ocasión, porque podría ser la última.

—¿Va usted mucho a Asturias? —preguntó Daniel.

Don Antonio sonrió, se puso en pie y se acercó de nuevo a comprobar la puerta de la iglesia con dos tirones.

—Lo justo y necesario —dijo.

Se marchó sin mirar a atrás, dejando a Daniel con el ceño fruncido, sin risas y sin influencias de licores caseros de alta graduación.

Capítulo 25. Un corte.

—Una caña —pidió Daniel mientras miraba la hora en móvil.

Feli le miró con el gesto torcido. Él se percató de su preocupación.

—Es pronto. Estoy bien, el cura del pueblo me ha acelerado la digestión. Es más, me ha provocado ardor de estómago. ¿De dónde ha salido ese tío?

—¿Del seminario?

—Me ha dicho que el día de las muertes él no estaba, que se encargaba un sustituto o un becario, no sé cómo lo llaman en su gremio.

—Sí, es de las pocas veces que ha faltado don Antonio en el pueblo.

—Ese cura esconde algo, estoy seguro.

—¡Ja! Claro, los pecados de todo el pueblo.

—Me refiero a algo relacionado con los crímenes de los chicos. Y con Inés, claro. Todo el mundo me ha dicho que tuvo mucho interés en difundir que había sido obra del demonio, por lo de la *ouija*. Sabe algo.

Feli se colocó frente a él. Miró a los lados a pesar de no haber nadie el bar. Daniel supo que se avecinaba una confesión importante.

—Dicen las malas lenguas…

Daniel sonrió para sus adentros, en unos días la conocía como si la hubiese parido.

—…que el cura buscó a la hija de Inés. La ayudó mucho cuando le quitaron a la criatura. Aunque ella no quería saber nada de nadie. Y después, cuando se suicidaron sus hermanos también la apoyó.

Como buen pastor que es. Hasta que lo dejó por imposible. Por cómo es ella.

—¿Y encontró a la niña?

Ella negó con la cabeza.

—No, que sepamos. Esas cosas las guardan en el anonimato. Son confidenciales.

Daniel pegó un buen trago, a él mismo le pareció que sin ganas. Decidió terminar la cerveza para quitársela de encima. Alargó la mano al servilletero más próximo, no llegaba. Decidió limpiarse la espuma con la manga.

—Cada uno es libre de creer en lo que quiera, sólo le digo lo que se dice por ahí —dijo Feli—. Yo no, pero otra gente sí. Debería irse a casa, tiene que estar preparado para… ya sabe.

—Tal vez sea lo mejor, así veré de que humor está. Reconoceré el terreno. Gracias por todo, Feli —se inclinó sobre la barra y le dio dos besos—. Es usted un encanto.

—Esté atento. Si su jefa llama a la hora, el Roge se pone allí en diez minutos.

Daniel, de espaldas, levantó el pulgar.

—¡Y suerte! —gritó ella cuando bajaba las escaleras del porche.

Inés Parrado cortaba unas patatas cuando vio llegar el coche de Daniel desde la ventana de la cocina. Observó embobada como daba la vuelta hasta la entrada principal, el cuchillo cortó en la yema de su dedo índice. La sangre comenzó a brotar manchando el cuchillo, la tabla y las rodajas. Siguió mirando al exterior como si no hubiese pasado nada. Daniel salió del coche con su mochila, se desperezó y se dirigió hacia la puerta.

Al perderlo de vista, Inés bajó la mirada y vio el estropicio sangriento sobre la encimera. Levantó el dedo, la sangre se escurría hacia la palma de su mano. Lo introdujo en su boca y succionó. Se acercó al fregadero con la tabla y giró la llave del grifo para limpiar la sangre de las patatas.

Al entrar, Daniel escuchó ruido en la cocina.

—Buenas tardes —saludó al pasar junto a la puerta.

—Hola. ¿Va a cenar aquí? —Preguntó seria.

—Tomaré un vaso de leche y unas magdalenas antes de acostarme. Estoy lleno. —Se golpeó dos veces el estómago.

—¡Qué pena! Voy a hacer tortilla de patatas.

—Esto… me preguntaba si podría hacer unas fotos del sótano, ya sé que no puedo bajar, usted me lo dijo. Unas fotografías generales, desde la escalera, no hace falta sacar detalles, sólo…

—¿Por qué? —interrumpió Inés.

—Es para el reportaje, no conozco a nadie que me permita fotografiar su casa, me servirían para ilustrar como son las viviendas de la zona. No aparecerá su nombre ni la dirección, por supuesto.

A Inés le caía sangre desde el dedo. Daniel lo señaló.

—¿Qué le ha pasado? Le sale sangre.

Ella le miro un segundo sin decir nada.

—Me he cortado. Fotos del sótano —recordó en voz alta—. ¿Y la cámara?

—Con el teléfono bastará.

—Qué cosas más modernas —dijo y se metió el dedo en la boca para absorber sangre—. Voy a por la llave, espere un momento— masculló con el índice molestando a la lengua.

Daniel, sorprendido por el sí, se retiró de la puerta para que Inés saliese al pasillo. Avanzó entre los montones de revistas y cajas. Se detuvo junto a la cortinilla que separaba el pasillo en dos y tras la cual se encontraba la pequeña cómoda con pintura craquelada. Daniel no la veía, pero escuchó abrirse uno de los cajones y después el sonido metálico de un manojo de llaves. Su casera no estaba encorvada por lo que supuso que se trataba de un cajón de la parte superior. Se retiró hacia la cocina para que no le viese husmeando.

—Vamos a hacer las fotos —dijo ella—. ¿Dónde está?

—¡Aquí! Voy —dijo él apareciendo por la puerta.

Daniel avanzó rápido hasta alcanzarla. Ella llevaba un aro con llaves en una mano, de la otra cayó una gota de sangre. Se detuvo ante la puerta que bajaba al sótano, en el pequeño distribuidor de los dos pasillos de la planta baja.

Daniel se fijó en la llave, era de tamaño mediano, como casi todas sus compañeras de aro, una vez volviese con las demás sería irreconocible.

Ella tiró fuerte hacia atrás y la puerta se abrió. Daniel avanzó dos pasos. Sólo se veían los primeros escalones de bajada, más allá, total oscuridad.

Inés se retiró a un lado y abrió la mano cediendo el paso. Olisqueó dos veces el aroma a alcohol que desprendía Daniel.

—Usted primero —dijo.

Capítulo 26. El sótano.

Daniel bajó dos escalones. Se detuvo, buscó con todos los sentidos un interruptor que accionar. A partir de ahí, no se veía nada.

—¿No hay luz? Esta escalera parece peligrosa.

La mano de Inés surgió tras su espalda, se elevó y tiró de una pequeña cadena terminada en un diminuto tronco de cono blanco. Una bombilla con el filamento en estado terminal iluminó la estrecha bajada. El cable de dos hilos colgaba del techo serpenteando hasta otra bombilla de la misma edad que intentaba iluminar el tramo final de la escalera.

Daniel giró la cabeza hacia Inés, ella le indicó «adelante» con un movimiento de barbilla. Descendió con cuidado para no rozar las paredes, llenas de telarañas y moho, y de no dar un mal paso en los irregulares escalones de madera grisácea y encorvada en el centro.

Llegó hasta el sótano y dejó sitio para su anfitriona, escuchaba sus pesados pasos poniendo a prueba la vieja madera.

Daniel se fijó en todo lo que pudo, un gran puzle de muebles, cajas, armarios, cabeceros de cama, cestos, ganchos colgando por el techo, hamacas, libros… Sacó su móvil para hacer varias fotos en panorámica y ampliar en su habitación.

Cuando Inés llegó abajo, él pidió permiso mostrando el teléfono:

—¿Puedo?

—Si cree que es bonito…

—Tiene un montón de cosas antiguas. ¿Por qué no las vende?

Comenzó a grabar en vídeo, Inés no se iba a enterar.

—¿Y quién va a querer todo esto?

—Lo tendría que anunciar, claro.

—Ya, y que la gente baje aquí. No, no. A usted le dejo porque es… especial.

—¡Vaya! Gracias.

Daniel reparó en un arcón congelador con un piloto encendido, estaba funcionando. Uno de los muebles pegado a la pared en una zona despejada le pareció estar demasiado limpio comparado con su entorno. En el suelo, frente a él, se marcaba un sendero libre de polvo, con tierra seca esparcida hacia los lados. Desde dónde ellos estaban, junto a la escalera, se notaba que Inés había barrido esa zona, las líneas que deja una escoba o un cepillo de púas estaban marcadas en el suelo.

Disimuló grabando las telarañas del techo.

—No tengo tiempo de limpiar todo esto —se excusó ella dándose cuenta.

En cuclillas, captó el detalle de un mueble con una pequeña damajuana de cristal verdoso en el interior.

—Bueno, con esto creo que servirá. Muchas gracias.

Se giró para subir. Inés le cortó el paso.

—¿Seguro que no saldrá mi nombre? No me gustan esas cosas.

—Se lo prometo.

Ella se retiró. Daniel sonrió y tragó saliva al subir el primer peldaño.

Inés dio dos vueltas de llave a la cerradura. Daniel miró de reojo cuando guardaba las llaves en la cómoda, las dejó caer en el cajón, sobre las demás.

Las 20:45. Confió en Marta y su puntualidad.

—Gracias, voy a darme una ducha y a trabajar un rato.

—Yo voy a echarme mercromina y hacer la tortilla —dijo ella sin mirarle.

Con la toalla anudada a la cintura, Daniel encendió el ordenador y comenzó a pasar las imágenes y el vídeo desde el móvil.

Las 21:05.

El corazón le palpitaba como en los primeros tiempos con Gina. «¿Qué pinta ella ahora?», se deshizo de la imagen en su cabeza.

A lo lejos sonó un trueno. «¡Ya empezamos!». Sabía que Inés Parrado vivía las tormentas de una forma especial, se metía dentro de ellas, parecía que se alimentaban mutuamente.

Comenzó a ver las imágenes del sótano. Inspiró y resopló para tranquilizarse. Las fotografías eran aceptables. Allí abajo se acumulaban tatos trastos que sería una pérdida de tiempo bajar a buscar algo a menos que dispusiese de una semana a jornada completa. Aunque bien pensado, sólo por levantar la tapa de ese congelador merecería la pena.

Se movió por las imágenes del vídeo con el ratón, parando y avanzando, buscando algún detalle que le llamase la atención hasta llegar a la zona del suelo limpia y el viejo aparador que brillaba más de lo normal. Tras él había algo.

Amplió la imagen. Detrás del mueble distinguía dos líneas negras que se unían, una vertical y una horizontal que formaban un ángulo, dos lados de un triángulo al que faltaba la hipotenusa. La horizontal superior quedaba oculta por el adorno que coronaba la última balda de la alhacena. Llevó el puntero al otro lado del mueble. Sólo se veía una parte de la línea vertical.

Alejó la imagen y la pasó a escala de grises. Era una puerta, más bien los huecos que dejaba la hoja en las paredes, que hacían de marco demasiado holgado. Mueble limpio ocultando puerta, tenía que bajar como fuese.

Bajó la pantalla del ordenador, se levantó nervioso para colocar todas sus cosas sobre el mueble auxiliar. La mochila de la ropa preparada para cerrar, por si debía salir corriendo de allí. Puso a cargar el móvil, lo quería al 100%.

A las diez menos diez ya no podía más. Se sentaba, levantaba, miraba por la ventana, revisaba sus cosas, el móvil, la mochila con las cámaras y el equipo, la ventana de nuevo. Se sentaba. Todo preparado menos él. A las 10:00 se incorporó y tomó aire.

Capítulo 27. La llamada.

Las diez y cinco. Marta ya habría llamado. Hora de bajar a tomar un vaso de leche a la cocina, cuando llegase Roge a buscar a Inés y ella se marchase, le vería allí, comiendo magdalenas y con cara de sueño.

Los truenos sonaban a lo lejos, los escuchó al bajar las escaleras para ir a la cocina.

La luz estaba apagada. Olía a tortilla de patatas.

Se sentó frente a la ventana con una buena taza de leche y la bandeja de esas excelentes magdalenas.

Antes de terminar la primera, las luces de un vehículo llamaron su atención a través de la ventana. El claxon sonó como cuando se mete prisa.

A los pocos segundos escuchó los pasos de Inés bajando las escaleras a un ritmo desconocido para él.

Al ver luz, se detuvo en la puerta de la cocina.

—Es el del bar —dijo.

Salió de la casa y entró a los pocos segundos. Cogió de la percha su impermeable amarillo.

—Me voy rápido —dijo—. Me llaman por teléfono. Deben ser mis hermanos.

—De acuerdo, vaya tranquila. Yo me voy a la cama ahora mismo, estoy muy cansado.

Nada más cerrarse la puerta, Daniel bebió un trago de leche, tiró el resto por el fregadero y se pegó a la ventana. En cuanto los pilotos rojos traseros se perdieron por el camino de bajada al pueblo se puso en marcha.

Recorrió el tramo de pasillo con cuidado para no descolocar nada. Abrió el primer cajón de la cómoda, un montón de mecheros. En el segundo, material de costura. En el tercero, varios aros con llaves de todos los tamaños. Cogió el que estaba encima del todo, por el tamaño y cantidad de llaves tenía que ser ese. Se dirigió a la puerta de bajada al sótano descartando las de tamaño pequeño y mediano. El corazón le latía a mil por hora.

La primera llave no abría. La segunda no encajaba en la cerradura. La tercera giró una vez y luego otra, la puerta se abrió. Activó en su teléfono el modo linterna y tiró de la cadenita que encendía las perezosas bombillas.

Descendió las escaleras rápido, con seguridad, sin tocar las paredes. No podía creer lo que estaba haciendo, una cosa era husmear unos dibujos, preguntar a la gente y otra entrar en la intimidad de esa mujer. Monstruo o santa.

Se acercó al congelador. El motor sonaba. El piloto rojo rectangular estaba encendido. No había ningún candado que impidiese su apertura.

Tomó aire, levantó la tapa de un tirón cargado de decisión, una llamada a la seguridad que no le acompañaba. Saltó hacia atrás, estaba lleno de trozos de carne. Se asomó con más calma. Eran animales, corderos. De algunos cráneos sobresalían cuernos, eran cabritos. Le miraban con esos ojos grandes, laterales, de herbívoro temeroso, negros y redondos como botones de abrigos antiguos rodeados de escarcha.

Metió la mano y removió las piezas con tanta valentía como miedo, esperando lo peor. No había ningún miembro que se asemejase a algo humano. Cerró a tapa y se limpió la humedad en el pantalón.

Inés bajó a toda prisa de la camioneta de Rogelio. Desgarbada, subió de dos zancadas los escalones hasta el porche del restaurante, con el chubasquero al viento.

—¡Hola Inés! ¿Quieres un café en lo que llaman?

—No, que luego no duermo.

Allí estuvieron un par de minutos mirándose, Feli sacando temas triviales de conversación e Inés respondiendo con monosílabos, mirando el teléfono que colgaba de la pared.

Daniel, con la mano introducida tras el mueble, intentaba localizar la cerradura de la puerta. Pesaba demasiado para correrlo del lado equivocado. Era una puerta de hierro. Palpó un cerrojo. Tiró del mueble hacia atrás, con cuidado. El rugoso suelo no ayudaba mucho a que se deslizasen las gruesas patas.

Cuando tuvo hueco para colarse, apoyó la espada en la pared y empujo con una rodilla y los brazos Uno de los empujones desequilibró el mueble, se mantuvo un segundo sobre las dos patas delanteras y volvió a su posición. Resopló aliviado.

Decidió agacharse y levantar poco a poco por el lateral, no faltaba mucho para conseguir el espacio suficiente que permitiese abrir la puerta.

El teléfono sonó. Inés amagó con la mano para cogerlo, impaciente. Se resistió ante la mirada de Feli, que se levantó del taburete al otro lado de la barra. Sonaban los tonos, la camarera se lo tomó con calma. Descolgó mirando a Inés con una sonrisa.

—El Nuevo Cabrito, diga.

…

—Sí, un momento —ofreció el auricular a Inés. Feli se retiró hacia atrás para hacer algo en la cafetera ante la inquisitiva mirada de Parrado.

—Dígame —dijo Inés con el auricular bien pegado a su cara.

Capítulo 28. El color de la oscuridad.

Daniel pegó la oreja a la puerta, escuchaba algo. Descorrió el candado con mucho cuidado, apretando la hoja hacia adentro para que no golpease. En vano. La palanca del cerrojo salió de golpe y chocó con el tope. El ruido tras la puerta cesó. Abrió la hoja. Sólo había oscuridad y silencio. El único sentido que se activó fue el olfato, olía a humedad, a tierra mojada y a humo, como en las casas viejas que tienen la chimenea con un mal tiro.

Con el teléfono bien cogido, Inés preguntó varias veces ¿Oiga?, ¿diga?, ¿sí? Después, no pronunció una palabra, estuvo en silencio durante casi un minuto, con los ojos fuera de las orbitas, frotándose la frente con la mano.

Colgó. Sopló el aire contenido.

Feli se volvió al escuchar el golpeo del aparato al colgar.

—¿Qué rápido? ¿Pasa algo, Inés?

—Quiero que me lleve a casa —exigió, poniendo un billete de veinte euros sobre la barra.

Feli tragó saliva. Algo grave ocurría.

—Espera mujer. Si tienes algún proble…

—Ahora —interrumpió sin contemplaciones—. Ya.

Lo primero que iluminó el móvil al encender la linterna fueron los tablones que recubrían las paredes y techo. Colocados en posición vertical, en algunos tramos eran reforzados por tablas horizontales a diferente altura. Pilares de madera sujetaban el techo cada poco espacio. En el suelo había de todo, plásticos, chapas que le parecían

partes de electrodomésticos y de vehículos, fragmentos de muebles, baldosas de desiguales modelos. El agua se filtraba desde el techo.

Avanzó unos pasos. Notó como el terrero se inclinaba, el pasadizo picaba hacía arriba. A unos cinco metros, el túnel giraba a la izquierda. No escuchaba nada. En la curva, unas puertas viejas servían de pilares para las vigas del techo. Se asomó despacio en la esquina, con el móvil iluminando hacia atrás. No supo calcular la distancia a la que veía un pequeño fuego. Escuchó el crepitar de las llamas. Iluminó hacia allí. Era un bidón con un agujero del que sobresalía un tubo de su parte superior y se encajaba en los tablones de madera del techo.

Avanzó unos pasos. Una de las pisadas le hizo tropezar torciendo su tobillo. Era una calavera de cabra junto a la pared. Se llevó la mano al pie. Le dolía.

«¡Joder!», marcó con los labios.

—Está bien, espera. Iré a avisar a Roge —calmó Feli a Inés—. Pensé que tardarías más. Como haces siempre.

Feli entró en la cocina. Sabía que su marido estaba en el garaje con el perro. Dio la vuelta a la casa para ganar tiempo. Si se presentaba Inés en casa seguro que pillaría a Daniel husmeando por allí. Se la veía alterada, más de lo normal, violenta. Muy enfadada. Más que respirar resoplaba como un toro a punto de embestir.

—Roge —susurró agachándose junto a él.

—¡Qué susto, joder!

—Escucha bien y habla en bajo —advirtió ella con el dedo—. Inés quiere que la lleves ya mismo. Algo pasa. Creo que el chico puede estar en peligro.

—¿Qué chico?

—¡Eres tonto, por Dios! Daniel, el que vive en su casa. El fotógrafo. Atiende. Sube lo más lento que puedas, despacio. Cuando llegues toca el claxon con disimulo.

—No sé cómo leches voy a tocar el claxon con disimulo.

—Por favor —le cogió de las mejillas—. Te lo explicaré luego. Por una vez haz lo que te pido. Cuando llegues a la casa toca el pito. Ah, y llévate al perro.

Daniel estaba asustado, tenía ese miedo que provoca la mezcla de ansia y adrenalina, del que quieres un poco más siempre y cuando no vaya a peor.

Al fondo, el pasillo en el que estaba se bifurcada en dos. Respiró hondo y miró la hora, pensó que tenía tiempo hasta que una sombra apareció desde uno de los lados. Ahora lo que no tenía eran ganas. Retrocedió haciendo crujir una chapa convexa, le pareció una pieza de la carrocería de un coche.

Escuchó algo parecido al rugido de un animal al que despiertas de su hibernación. Pisadas.

Apagó con torpeza la linterna. Dejó de respirar. Si hubiese podido, también habría dejado de temblar.

Findelmundo iba con la cabeza gacha en el asiento trasero de la camioneta. Alerta. En silencio.

—Vamos muy despacio —dijo Inés ya en la primera recta.

—¿Qué quieres, que nos matemos con la tormenta?

Ella inspiró varias veces, como intentando calmarse de un modo que la ponía más en tensión.

Al comenzar a subir el camino hacia la Finca escucharon un golpe en la parte trasera. Las orejas del perro se alzaron, se incorporó. La luz de un relámpago se filtró entre la arboleda resaltando los perfiles de los pinos.

—¡Vaya hombre!

Roge frenó, colocó la palanca de cambios en punto muerto y tiró del freno de mano.

—¿Qué ha pasado? Quiero ir a casa. —dijo Inés, visiblemente nerviosa.

—Tranquila. Es la portezuela de atrás, está abierta.

Roge salió con parsimonia, aunque estaba lloviendo, se tomó un tiempo para cerrar los dos lados. Inés miraba por el retrovisor de su lado. Las gotas de lluvia sobre el cristal deformaban la figura de Rogelio.

La sombra se movía inquieta al final del tramo de túnel. De repente desapareció de la vista de Daniel. Tenía que estar allí, era del color

del túnel, de la tierra y la madera. Del color de la oscuridad. Fuera lo que fuese, estaba en el mismo pasillo que él a pocos metros. Podía ver el blanco de sus ojos, moviéndose despacio, calculando.

Daniel retrocedió despacio. Ahora los ojos estaban a menor altura. Se había agachado. Dicen que el pánico paraliza, Daniel estuvo a un segundo de quedar petrificado. Dio media vuelta y comenzó a correr sin miramientos, giró hacia la salida. Escuchaba una respiración pesada cerca de él, pasos que hacían menos ruido que los suyos, más agiles.

Capítulo 29. Zorros.

El vehículo de Roge ascendió por el camino con calma, esquivando los baches.

—¡Está esto bueno! —se quejó Roge—. A ver si lo arreglan de una santa vez.

—Está como el mes pasado.

Al terminar la arboleda, ya en la esplanada, Roge dio dos ruidosos acelerones, haciendo sufrir al motor con todo el dolor de su corazón.

La camioneta se aproximaba a la casa. Roge tocó dos veces el claxon y frenó de golpe.

—¡Coño! —exclamó.

Para Daniel fueron unos segundos frenéticos. Salió del túnel, empujó con todas sus fuerzas la puerta de hierro. Cuando trató de correr el cerrojo algo golpeó contra ella empujándolo hacia atrás, no pudo meterlo en el orificio. Daniel presionó con el hombro. Desde el otro lado lo hacían con fuerza, a golpes. En uno de esos intervalos en los que la hoja quedo pegada al marco, introdujo la barra de hierro en su hueco y bajó el tirador.

Siguieron otros empujones, hasta lo que hubiese al otro lado desistió con un grito que debió de ser rabia. Daniel estaba entre el mueble y la puerta, respirando todo lo que podía, incrédulo. No estaba seguro que era con lo que se acababa de cruzar. Eso no era un animal y desde luego, tampoco humano.

Arrastró el mueble sin miramientos, con fuerza, dejando dos arcos de circunferencia marcados en el suelo del sótano.

Subió a toda prisa las escaleras hasta la planta baja. Se detuvo. Le pareció escuchar algo, como una bocina. Miró la hora. Arrancó de

nuevo a correr hacia arriba.

—¿Por qué pita? —preguntó Inés, molesta.
—Un zorro. Ahí delante.
El claxon volvió a sonar varias veces.
—¿Un zorro?
—Sí, ¿no lo has visto? —Señaló con el dedo hacía adelante.
—¿Sabes una cosa?
—¿Qué?
—Aquí arriba no hay zorros.

Inés empujó la cabeza de Roge contra la ventanilla dándole un tremendo golpe. El cristal crujió. Un poderoso trueno acompañó el golpe.

Findelmundo se abalanzó contra la red que separaba la parte trasera ladrando con furia y metiendo las patas entre los huecos

Roge, conmocionado, se quejó con las manos en la cabeza.

—Hija puta —susurró.

Inés le agarró del pelo y volvió a empujar su cabeza con fuerza. El cristal saltó hecho añicos. La cabeza de Roge quedó de lado, sangrando sobre su hombro. El perro se volvía loco, intentaba llegar con el hocico hasta Inés a través de los orificios.

Ella se volvió de golpe hacia el perro, sus rizos chocaron contra la red como un latigazo, miró a los ojos del animal, que retrocedió entre gemidos para acurrucarse sobre el asiento.

Daniel se acercó a una de las ventanas de la fachada principal para comprobar si había alguien fuera. Llovía con fuerza. Un relámpago iluminó la arboleda. a su derecha. Los haces de luz de la camioneta de Roge pasaron desapercibidos con esa descarga luminosa de la naturaleza.

Era hora de largarse de allí. Una vez en el coche, lejos de Dosepulcros, llamaría Marta para explicárselo.

Metió el aro con las llaves en el cajón de la cómoda. Miró la puerta del dormitorio de Inés, bajó la barbilla hasta pegarla contra el pecho. Miró la hora. No podía irse de allí sin entrar.

Inés luchó contra el cierre del cinturón, con dedos torpes. Salió de la camioneta a toda prisa. Avanzaba a largas zancadas, como las personas que no saben correr. Los rayos iluminaban su impermeable amarillo, mecido por el viento sobre el verde de la hierba y el marrón del barro. Rodeó la casa hasta el jardín trasero.

La puerta de la cocina golpeaba contra el marco, chirriando en su retroceso. Antes de entrar miró hacia el jardín, a las bombonas de butano apiladas, se balanceaban. Cerró los puños con fuerza y gritó hacia el cielo. Las gotas rebotaron en su cara, se mezclaron con la saliva que se escapaba por la comisura de sus labios.

En el móvil de Daniel no había cobertura y no quedaba mucha batería, ya lo cargaría en el coche, pensó. En un rincón del dormitorio, Inés Parrado conservaba una cuna llena de muñecas antiguas, de las que tienen ojos grandes, de cristal, de las que miran para jugar a algo que no quieres. Figuras tiesas, con coloretes, de las que, por lo general, imaginas poseídas. Ahora presas tras los barrotes blancos de esa reliquia niquelada.

De una percha de alambre sujeta al tirador de la puerta del armario colgaba un bonito vestido que le resultó familiar, de los que se llevaron la temporada pasada de verano. Era imposible que su casera se metiese ahí dentro.

Inés agarró su pala con furia y se introdujo en el maltratado jardín trasero, dando palazos sobre el suelo sin seguir ningún criterio.

—¡No! —gritaba con todas sus fuerzas cada vez que descargaba un golpe.

Llegó hasta una bombona y la levantó con las dos manos. Descargó un golpe con la base en el suelo que la dejó semihundida.

A dentelladas, el perro consiguió hacer un hueco por el que meter el hocico. Empujaba a Roge, le lamía el cuello y la oreja. El hombre movió la cabeza, gimió sin articular palabra. Incorporó un brazo y lo dejó caer sobre la bocina unos segundos hasta que, sin fuerza, se le escurrió de nuevo para caer sobre el muslo. Findelmundo machaba la red con los colmillos.

Junto a la cama de su casera, sobre la mesilla, había una foto enmarcada. Eran Inés, inconfundible desde lejos, con una mujer. Daniel comenzó a rodear la cama para acercarse a verla cuando escuchó el pitido largo de un claxon. Miró la hora, y dio media vuelta. Le daba igual, había terminado. Salió rápidamente y enfiló las escaleras hacia la planta superior.

La tormenta estaba encima, los truenos sonaban casi a la vez que los relámpagos, que se filtraban por las ventanas dibujando sombras caprichosas con los objetos cotidianos.

Guardó las ultimas pertenencias que tenía en la mesilla y sobre el aparador. Las mochilas de la ropa y la del equipo fotográfico estaban encima de la cama, preparadas para colgarlas al hombro.

—¡No! —escuchó en el jardín trasero.

Se asomó a la ventana con mucho cuidado.

Allí estaba esa bestia atormentada, golpeando el suelo con una bombona. El humo fluía de entre el barro y la hierba, luchando contra la lluvia para escapar a la superficie. Lo vio claro, su casera intentaba retener a la bestia que tenía bajo tierra. Hizo unas cuantas fotografías.

Inés, agotada hincó las rodillas en el barro

—Tranquila —escuchó una voz desde una esquina de la casa.

Giró la cabeza, sorprendida. Sonrió y se incorporó haciendo fuerza con la pala hincada en el suelo. Un rayo iluminó la fachada trasera de la casa, los cristales de la ventana de la habitación de Daniel brillaron. A Inés se le borró la sonrisa.

Capítulo 30. Flash.

Desde la ventana, Daniel veía a Inés Parrado, agotada, descansaba de rodillas dando la espalda a la casa. De repente, ella se incorporó y dio media vuelta, un rayo traicionero iluminó la ventana de Daniel. Ella miró hacia la habitación.

—Mierda. —Daniel se retiró de la cortina y se pegó a la pared.

Dudó por un instante si le habría visto.

—Maldita bruja —masculló.

El pastor alemán abrió el hueco suficiente para colarse a la parte delantera. Gemía ante su dueño. Movió su cabeza con el hocico, chupó su mano.

—A… casa —consiguió decir Roge.

El perro saltó por la ventanilla rota y corrió por la explanada hacia el camino de bajada al pueblo.

Daniel, pegado a la pared de su habitación, era un manojo de indecisiones. Si ella le veía bajar con el equipaje para irse, puede que le matase allí mismo, en la escalera. ¿Por qué iba a hacerle algo? Sólo estaba mirando por la ventana. Ella no sabía nada de él. El sentido común le decía lo mismo que la ley de las probabilidades: esa mujer no estaba en sus cabales, si pretendía escapar se lo impediría por la fuerza, que era mucha. Lo mejor sería quedarse en la habitación y disimular, actuar como si no ocurriese nada, una noche de tormenta más. Algo le decía que eso tampoco era buena idea.

Escuchaba los pasos de Inés subiendo la escalera. La pala golpeaba los escalones con ritmo, dos golpeos y pausa, los mismos

que subía ella de cada zancada.

Buscó algo por la habitación para defenderse, allí no había nada. Abrió el armario y cogió una percha, la movió en el aire, eso no servía para nada. La arrojó sobre la cama. Agarró una silla, era de madera maciza, de estilo castellano, pesaba tanto que se caería hacia atrás con ella si elevaba por encima de la cabeza.

Inés ya estaba en el piso de arriba, la pala arrastraba por el suelo. Su corazón se iba a salir del pecho. El filo golpeaba contra las cejas que había entre las viejas baldosas, rebotaba para seguir su camino.

Daniel miró la mochila de la réflex, pensó en que podía hacer un fotógrafo en una situación como esa. Le vino a la cabeza James Stewart en La ventana indiscreta. Ahí tenía su arma. Sacó la cámara, la encendió, activó el *flash* y se situó alejado de la puerta, contra la pared, al lado de la ventana.

Inés se detuvo tras la puerta.

Llamó con los nudillos.

Daniel no sabía qué hacer.

—¿Qué quería? Ya estoy en la cama.

Ella volvió a llamar.

Daniel caminó hacia la puerta con la cámara preparada.

—Es muy tarde. Mañana podemos hablar. Buenas noches.

Recibió el silencio por respuesta. Veía la sombra de sus pies por el hueco de la hoja. La pala rozó el suelo, escuchó dos pasos, los pies se alejaban.

Daniel se sentó en la cama con la cámara en su regazo. Resopló aliviado.

Los pasos se detuvieron.

Daniel levantó la cabeza.

La pala atravesó la puerta haciendo añicos la madera. Él se incorporó de un salto para volver a pegarse a la pared.

De nuevo la pala rompió otro trozo de la hoja. Otro más. Los golpes se acompañaban con los gritos de Inés, que paró un momento y se asomó media cara por el hueco abierto al interior. Daniel no reaccionaba, no fue capaz de ver ningún resplandor. Sólo la cara de Inés Parrado, babeando de furia.

—Ha sido malo, joven.

De nuevo la pala haciendo más astillas.

—Cuando se siembran vientos… —dijo Inés, soltó un gritó y clavó de nuevo la pala en la hoja, abriendo un gran hueco. Metió la mano y descorrió el candado.

—…Se recogen tempestades —terminó la frase una vez dentro.

Retiró la silla que había quedado descolocada de una patada, levantó la pala y se dirigió hacia Daniel.

Este apuntó con la cámara hacia Inés y disparó. El flash se reflejó en el metal de la pala y rebotó de lleno en los ojos de Daniel que, deslumbrado, cerró los ojos y bajó la cabeza.

Al levantarla no veía nada. Inés miró la cámara con la curiosidad confusa que provoca lo inesperado. Alzó la pala y golpeó a Daniel en la cabeza, que cayó redondo y sin sentido contra el suelo de madera. El flash saltó de nuevo. Inés se acercó hasta la cámara y la destrozó de un golpe.

Capítulo 31. El vestido.

Fue como quien despierta sabiéndose favorito en un concurso de resacas y acto seguido se golpea contra la esquina de la mesilla en la cabeza. Así se sentía Daniel cuando abrió los ojos bajo la bombilla anaranjada del sótano. Una polilla daba vueltas a su alrededor, de vez en cuando chocaba contra el cristal en su afán por llegar hasta el filamento.

Emitió un quejido de dolor que le sonó lejano. Al intentar moverse y comprobar que estaba atado a una silla, se lamentó de impotencia. Se insultó mentalmente por haber terminado allí. Y así. Intentó moverse, se agitó lo que pudo, quiso avanzar a saltos, sentado en la silla, era imposible. Sintió entonces que ese era el verbo que le tocaba conjugar: terminar.

Giró el cuello lo que daba de sí. Consiguió mover un poco la silla para ver como la alacena que ocultaba el acceso a ese infierno subterráneo que tenía montado su casera estaba fuera de su sitio. La puerta metálica estaba entreabierta.

Por las vueltas de cuerda que le rodeaban supo que tenía el móvil en el bolsillo interior de la cazadora, lo notaba contra el pecho. Retorció las muñecas en la parte de atrás de la silla. Era imposible soltarse. Abrió los dedos y los cerró varias veces, la cuerda le cortaba la circulación. Intentó acomodarlas como estaban.

La puerta de arriba se abrió. Escuchó pisadas sobre los escalones. Por los crujidos, esos no eran los pies de Inés. Los pasos continuaron hasta el final de la escalera.

A Daniel se le iluminó la mirada, tenía un nuevo verbo para conjugar. Huir.

—¡Marta! —exclamó—. ¡Menos mal!

Ella se acercó hasta él.

—Tranquilo —dijo ella tocándole la mejilla.

—Rápido, desátame. Ten cuidado, esa mujer está como una cabra. Es peligrosa. Tenemos que salir de esta casa.

Las bisagras de la puerta de hierro chirriaron. Daniel giró la cabeza. Era Inés saliendo del túnel.

Daniel se quedó mudo.

Inés le dio un guantazo en la nuca al pasar junto a él.

—Me has descolocado la comida de mis hermanos —dijo mirando hacia el arcón.

Se acercó a Marta y la besó en la mejilla. Llevaba una camiseta blanca con un escudo azul, sobre él, «Principado de Asturias».

—Aquí está, hija, cómo te prometí. Es tuyo. Menos mal que me has llamado. ¡Iba a marcharse! —abrió los brazos sin explicárselo.

—¿De qué va esto, Marta? —preguntó, incrédulo Daniel.

Marta sonreía con la cabeza ladeada, miraba a Daniel como sí la acabasen de regalar un pony. Le acarició el pelo.

—¿Cómo están ellos? —preguntó Marta mirando la puerta del túnel.

—Más tranquilos —dijo Inés—. Con las tormentas se ponen como locos. Luego entras a darles un beso. Ahora hay que dejarlos un rato tranquilos.

—¿De qué cojones está hablando? —preguntó Daniel agitándose en la silla.

Inés le amenazó con la mano. Daniel cerró los ojos y bajó la cabeza.

—¡Calla, maleducado!

—No le pegues, mamá —dijo Marta.

—Se lo merece. Por todo lo que le ha hecho a mi niña.

—Por favor, dime qué está ocurriendo —imploró Daniel a Marta.

—Con todo lo que ha hecho por ti —Inés se agachó para encararse con Daniel—. Ella te lo da todo, y tú, nada, pensando en la otra… ¡no va a volver! Aprovecharte de ella es lo que te gusta. Eso se acabó. Ahora la vas a hacer caso. De eso me encargo yo. Mi hija te ama y tu sólo has sembrado desprecio hacia ella. Ahora vas a recoger una montaña de lo mismo.

Inés se puso en pie y le dio una bofetada.

—Marta, por favor. Dile que somos amigos. Díselo —rogó Daniel —. Dile que está equivocada. El trabajo, Marta, hay que terminar el trabajo.

—Es muy listo, hija. Siempre por ahí, husmeando. Don Antonio me avisó. Mira —extendió la camiseta— me trajo tu regalo. Como no pensabas venir…

—Ella mató a esos chicos —dijo Daniel a Marta—. No sé cómo lo hizo, pero está metida hasta el cuello. Estoy seguro.

—Esos muchachos murieron por lo que sembraron sus padres — Inés habló a toda velocidad, de carrerilla—. Ellos me quitaron a mi pequeña. Las tres familias. Ojo por ojo. Pero yo también tengo familia. Diente por diente. Mis hermanos me ayudaron. Están muertos, dicen. ¡Ja! Me rio. Que se suicidaron. ¡Ja, ja! Yo les enseñé, les construí un nuevo hogar para que viviesen lejos de los ojos y las palabras de esos condenados asquerosos del pueblo. Lágrima por lágrima. Sí, ellos mataron a esos tres malnacidos, el mismo día y a la misma hora. Y llevaron a sus familias el mismo dolor que yo sentí. Mayor. ¡Mucho más! Estamos en paz.

—Está loca, es un monstruo —dijo Daniel.

Inés se acercó amenazante.

—¡Pégueme! —se encaró Daniel.

Marta sujetó del brazo levantado de su madre.

—No mamá, déjame a mí.

—¿Qué? ¿Qué vas a hacer? —preguntó él echando la cabeza hacia atrás.

—Te amo, Dani. Desde siempre, con toda mi alma.

—Marta, sabes que te quiero mucho. Suéltame, por favor, estamos a tiempo de arreglarlo. Haremos como si esto no hubiese pasado. Trabajamos juntos…

—No, tú me tienes cariño. Pero ahora me vas a querer. Ella no va a volver, Dani. Tienes que rehacer tu vida. Yo te ayudaré.

Marta se acercó y le besó en los labios, en el cuello, pasó la punta de la legua por su oreja. Daniel cerró los ojos.

—¡Para, por favor!

—No puedes resistirte, ¿verdad?

Marta bajó la mano hasta la bragueta de Daniel. Él intentó cerrar las piernas, pero las cuerdas se lo impedían.

—Espera. Podemos hacerlo mejor —dijo Daniel—. Tú y yo, a solas —señaló a Inés con la barbilla.

—No molestaré —dijo Inés.

Se sentó en una silla polvorienta. Sacó del bolsillo de su mandil un folio doblado y el bolígrafo de cuatro colores, tomó un libro para apoyar el papel y comenzó a dibujarlos. Daniel se fijó, en la portada del libro, en letras grandes, escrito en dorado: La cosecha. Editorial Súcubo.

—Siempre he querido tener esto para mi sola —dijo Marta apretando con la mano dentro del pantalón de Daniel.

Desabrochó los botones y tiró de la tela hacia los lados. Acariciaba su pene mientras le besaba los labios. Acercó un pecho a la boca cerrada de Daniel. Marta comenzó a mover la mano con más rapidez. Suspiraba.

Inés dibujaba mordiéndose la lengua, los miraba, movía la cabeza para captar bien la escena.

Marta se puso en pie frente a él y se quitó las bragas bajo el vestido. Se las enseñó colgando de su dedo índice con una sonrisa pícara.

Se sentó a horcajadas sobre Daniel.

—Se que te gusta a sí. Os vi hacerlo.

—No hables de Gina. Eres una zorra asquerosa.

—Olvida a Gina… no vas a volver a verla —dijo ella entre suspiros.

Marta intentó penetrase varias veces enfilando el pene de Daniel hacia su vagina. No podía. Se frotó contra él.

—No vas a conseguirlo, no haré nada contigo —dijo Daniel con una sonrisa—. Tendrás que matarme.

Ella se incorporó de un salto.

—Pues lo haré. Si es necesario te follaré muerto.

Inés soltó el bolígrafo. Se levantó la manga de la chaqueta de punto y se acercó a Daniel.

—Déjame a mí, se lo llevaré a mis hermanos.

—¡No! —gritó él.

—Espera, mamá.

Marta sacó de su bolso un blíster con pastillas de color azul. Presionó con el pulgar dos veces y dos píldoras cayeron en la palma de su mano.

—Sólo necesita tiempo —dijo Marta—. Y esto.

—Son las pastillas azules de las que habló el cura en misa —Inés se santiguó

Marta se colocó tras Daniel, le echó la cabeza hacia atrás y presionó su nariz. Cuando Daniel abrió la boca soltó las pastillas directas a su garganta. Esperó un poco, miró dentro de su boca para comprobar que no había nada, soltó la nariz y le revolvió el pelo.

—Así me gusta, que hagas caso de lo que te digo —dijo.

—Vamos arriba, hija. Hay que planchar el vestido.

Inés cogió a Marta de la mano.

Daniel no creía lo que estaba ocurriendo. El vestido que vio en la habitación de Inés colgado del pomo del armario era muy parecido a uno que tenía Gina y que perdió el anterior verano. No se parecía, era el suyo.

—Ese vestido es de Gina. Lo he visto en la habitación. Le desapareció en Lanzarote. Se lo quitaste tu.

—Una isla muy bonita, ¿verdad? No te preocupes, ella ya no puede ir. Pero tú y yo, sí.

Daniel se agitó en la silla. Gritó hasta que se perdieron escaleras arriba.

—¡Hija de puta! Si le has hecho a mi mujer te mataré.

Capítulo 32. Buen perro.

Feli, intranquila, esperaba en la puerta del restaurante sin saber que hacer. Cuando vio aparecer al perro en la plaza supo que algo había pasado.

Findelmundo se acercó a ella, gimiendo, moviendo el rabo, la empujaba con el hocico hacia adentro.

—¡Roge! —gritó ella como hacen las personas preocupadas, con las manos a los lados de la boca.

El perro ladró. Entró en el bar y subió las patas delanteras sobre la barra, señalando el teléfono con el hocico.

Feli llegó a la carrera y descolgó, nerviosa, el auricular.

El perro salió del restaurante y corrió de nuevo por dónde había venido.

Inés presionó el mando de un pulverizador de agua sobre el vestido, estirado en una tabla de planchar. Chupó su dedo índice y lo posó sobre la superficie de la plancha haciendo hervir la saliva.

—¿Qué tal me queda? —Apareció Marta con una peluca rubia con un corte de melena francesa.

—A mí me gustas de morena y sin alisar el pelo, con rizos, como eres —dijo Inés casi sin mirarla.

—Es hasta que se acostumbre. Poco a poco, madre.

—Ya casi está excavada su habitación —sonrió Inés—. A eso sí que va a tener que acostumbrarse.

Daniel intentaba provocarse arcadas para escupir las dos pastillas de Viagra que Marta le había colado por el esófago. Estaba a punto de derrumbarse. Verse atado a esa silla, con el pantalón desabrochado,

sin posibilidad de moverse, a merced de esas dos psicópatas. «¡Joder! Es su hija».

Marta, su gran amiga, su aliada, su salvadora, su jefa. Se le puso un nudo en la garganta al pensar lo que podría haberle hecho a Gina. Ahora estaba seguro de que no había desaparecido. Desde hacía cuatro meses pensaba en lo peor, las esperanzas, a pesar de las pistas, y también por ellas, se habían desvanecido. Ahora, en casa de esos dos monstruos, sintió de verdad que Gina estaba muerta hacía tiempo. Comenzó a llorar.

Por un momento no le importó lo que le fuesen a hacer. Una cosa tenía clara, si contaba con la mínima oportunidad las mataría, aunque fuese a mordiscos.

Las bisagras de la puerta de arriba chirriaron levemente, como si alguien entrase a escondidas.

Daniel se puso alerta, la mente en guardia. Su cuerpo no podía hacer nada. Intentaría jugar con ellas, convencerlas de algún modo. Ganar tiempo y esperar que se presentase una oportunidad para intentar huir.

Escuchó pasitos y jadeos, como de niños ansiosos bajando rápido las escaleras a la salida de clase.

Cerró los ojos y exhaló el aire para liberar la presión que sentía en el pecho.

No podía creerlo, Findelmundo le miraba fijamente, con la lengua fuera.

—No, no, no. Tranquilo, perrito. ¡*Sit, sit*!

El perro se acercó a él, despacio. Se detuvo y olisqueó sus pies.

—Findelmundo, tranquilo.

El pastor alemán le enseñó los dientes. Rodeó la silla hasta la parte trasera.

Daniel sintió la humedad de su hocico en las muñecas. Escuchaba masticar al animal, notaba como sus brazos movían a tirones. Empezó a sentir alivio en las muñecas. La esperanza se apoderó de él, como alguien que ve caer una cuerda desde el fondo del pozo.

Uno de los tirones tambaleó la silla hacia un lado, quedó un segundo sobre dos patas y Daniel cayó de lado. El lateral del

respaldo le protegió del golpe. El perro se acercó a su cara gimiendo, le chupó la frente, pidiendo disculpas a su manera.

—No te preocupes, ¡sigue, sigue! —indicó con un movimiento de cabeza.

Daniel temió que hubiesen escuchado el ruido. Hizo fuerza con la pierna que le quedaba en alto. La estiró hasta que consiguió que la cuerda saliese de la pata de la silla.

—Vamos, bonito. Buen perro, sigue.

Findelmundo gruñó, no le gustaban esas tonterías.

No podía soltarse la otra pierna, la cuerda rozaba contra el suelo.

Sentía las muñecas cada vez más sueltas, él ayudaba estirando, moviéndolas. La humedad de la lengua del perro y los fríos dientes rozando su piel se había vuelto una sensación agradable. No sentía miedo de ese animal que hasta hacía unos minutos le tenía aterrorizado.

Las manos se soltaron. Daniel ladeó la silla y sacó la otra pierna. Se centró en desatar el nudo de la cuerda del pecho. No fue difícil, estiró de ella hacia arriba y la sacó por la cabeza.

La puerta del desván chirrió.

—¡Cariño! Ya estoy aquí.

Era la voz de Marta.

Daniel se abrochó los botones del pantalón. Acarició la cabeza de Findelmundo y le hizo la señal de silencio llevándose el dedo índice a los labios.

Capítulo 33. Bajo la superficie .

Marta se quedó paralizada al ver a Daniel desatado junto a ese perro negro que la enseñaba los dientes.

—¿Qué le has hecho a Gina?

—Soy yo, Dani. Mira.

Ella se tocó la peluca y dibujó su silueta con las palmas de las manos paralelas a su cuerpo.

Findelmundo gruñó. Avanzó despacio hacia Marta.

Inés sacó la cabeza entre la barandilla y el techo.

—¡Guau! —simuló un ladrido ronco.

El animal retrocedió con la cabeza gacha, se giró y corrió para colarse por la puerta que daba acceso a las galerías subterráneas.

—¡Vuelve! —grito Daniel.

—¿Qué tal va eso, cielo? —preguntó Marta apuntando su entrepierna.

Inés bajó hasta el sótano, llevaba la pala en la mano. Daniel dio unos pasos hacia atrás, se detuvo un momento, cogió el dibujo que había comenzado Inés y corrió hacia el túnel. Lo arrugó en la mano mientras se perdía tras la puerta.

—Tu por arriba, mamá. Despertaré a mis padres.

Marta se acercó a un soporte de hierro del que colgaban varios utensilios de chimenea cubiertos de telarañas. Los toqueteó por encima hasta que se decidió por uno que terminaba en un gancho puntiagudo. Lo sacó de la ranura y lo golpeó contra la palma de su mano.

—¡Ya vooooy, Dani! —Gritó desde la puerta de hierro.

El perro se había detenido en la primera bifurcación de la gruta. Daniel encendió el móvil sobre la marcha y activo la linterna. Corría

con cuidado de no tropezar en alguno de los trastos que servían de pavimento. Llegó hasta Findelmundo tras sobrepasar la rudimentaria estufa, en la que quedaban unas brasas.

Intentó orientarse, visualizando la parte del jardín que veía desde la ventana con la puerta de la pared del sótano como referencia. Lo dejó por imposible. Escuchaba golpes tras ellos. Corrió hacia la derecha, el perro le siguió. Tras un giro, llegaron hasta otra estufa similar con llamas en el interior. A un lado del corredor se abría un hueco con una manta a modo de puerta. Se escuchaban gemidos y respiraciones roncas en el interior. Findelmundo se encaró olisqueando la tela. Daniel le calmó con la mano para que no ladrase.

Tocó el tubo de la chimenea artesanal, estaba caliente. De esos tubos procedía el vapor que veía en la explanada y el jardín trasero de la casa. Una salida.

Lo empujó con el hombro, se movió con facilidad. Pegó una patada y el tubo se soltó de techo y estufa. Una gran cantidad de tierra cayó sobre ellos. El ruido hizo que los gruñidos tras la manta aumentasen de volumen. Una de las tablas superiores se partió.

—¡No saldrás de aquí! —escuchó a su espalda.

—Vamos —animó al perro para continuar.

Lo que hacía Inés con la pala las noches de tormenta era impedir la salida de lo que hubiese en esa habitación, sus hermanos, que debían estar bastante más desquiciados que ella. Decidió enfocar la linterna hacia el techo para localizar algún hueco. No era demasiado alto, llegaba con los brazos estirados. Tenían que salir de allí como fuese y correr camino abajo hasta el pueblo.

—¡Vamos, arriba! ¡Levantad! —escuchó Daniel a lo lejos retumbar la voz de Marta.

Más delante, de nuevo el túnel tomaba dos direcciones. Daniel ya no sabía dónde estaba. Sobre otro bidón oxidado con tubo de salida se filtraba agua desde la superficie. Sujetó al perro.

—Quieto aquí.

Tiró del tubo con las dos manos. Las tablas superiores cedieron y una gran cantidad de tierra hierbas y barro cayó sobre él. El perro acudió en su ayuda.

Tras ellos lucían varias antorchas. Las llaman dejaban entrever las caras de verdaderos monstruos, los hermanos de Inés. Pelos largos y sucios, rasgos más de animal que de humano. Irracionales. Sus ojos resaltaban en la oscuridad. Entre ellos destacaba el blanco del vestido de Gina que ahora llevaba Marta. Los llamó «mis padres». Todo lo que estaba ocurriendo allí le provocaba escalofríos. Se escapaba a su compresión.

Un estruendo sordo y continuo avanzaba tras esa macabra familia. Se giró, pudo ver las nubes iluminadas por la luna llena tras la tormenta. El techo de las galerías se estaba derrumbando a sus espaldas.

Daniel siguió corriendo detrás del perro.

Miró hacía atrás. Sus perseguidores se separaron. Le seguían Gina y uno de esos bestias.

Después de un nuevo giro a la derecha se toparon con un montón de tierra en su camino, en lo alto, un hueco entre tablas dejaba pasar aire puro.

Daniel comenzó a subir, se hundía en el barro blando y pastoso. A Findelmundo le ocurría lo mismo. Su teléfono móvil se cubrió de tierra mojada. Veía el montón iluminado al intentar subir, las antorchas estaban allí mismo. Se apoyó de espaldas sobre la masa de tierra. El perro se encaró con Marta y uno de los hermanos de Inés, que se colocó delante de la chica.

Azuzó al perro con la antorcha, manteniéndolo a raya, Daniel aprovechó para alcanzar con la punta de los dedos una de las tablas del techo y, tras sopesar su resistencia, se colgó de ella. Hizo fuerza para subir a pulso, algo que había visto hacer y nunca practicó. Pensó que el instinto de supervivencia le otorgaría algunos poderes físicos. Sus pies estaban hundidos hasta los tobillos en la rampa de barro. Pataleó con fuerza. La rudimentaria cubierta se derrumbó, Daniel cayó junto a un motón de tierra y tablones sobre Marta y el salvaje, comprobó sólo tenía un brazo. Con él le agarró por el cuello. El perro se revolvió y se lanzó a su muñeca, la mordió con rabia hasta que soltó a Daniel. Le destrozó el brazo que le quedaba. Los gritos eran aterradores. El hombre asomó la cabeza, Daniel cogió un

madero y le golpeó con furia en el cráneo hasta hundir su cara en el barro.

Marta quedó boca abajo, la tierra cubría hasta la mitad de la espalda. Daniel se acercó a ella, le quitó la peluca rubia y tiró de su pelo hacia atrás.

—¿Dónde está Gina?

Ella sonrió con la cara recubierta de barro.

—Te amo —dijo.

Del otro lado del montón de tierra y tablas surgieron dos antorchas. Daniel golpeó la cabeza de Marta contra el suelo y huyó con Findelmundo en la otra dirección.

Capítulo 34. Una humana.

Desde la superficie del jardín, Inés contempló horrorizada como su red de túneles se derrumbaba y el laberinto quedaba al descubierto. Corrió con la pala siguiendo el hundimiento de los techos que tantos años y trabajo le habían costado construir.

—¡Hija! —gritó al ver a Marta tumbada en suelo. Sus hermanos tiraban de ella para sacarla. Tragó saliva al ver a Abraham con la cabeza hundida y el brazo destrozado, inerte. La sangre de su cabeza brillaba en la oscuridad. Inés rugió hacia el cielo—. ¡Sácala de ahí! —ordenó a uno de ellos.

Siguió el rumbo de los túneles hacia la parte delantera de la casa, rodeándola. Sabía dónde iban Daniel y el perro.

La galería por la que corrían era larga, más baja, Daniel debía tener cuidado para no golpearse la cabeza. Al fondo parecía bifurcarse en dos. Al llegar al final se toparon con una pared convexa hecha de estrechos ladrillos y piedras irregulares. Los corredores de los dos lados estaban excavados sólo en sus inicios. Era el final del camino.

—¡Mierda! —Daniel pegó una patada a los húmedos ladrillos, que cayeron al otro lado provocando el sonido de salpicaduras de agua. Se había abierto un gran hueco. Alumbró el interior con el teléfono. La batería estaba a punto de decir basta.

Era un pozo. Ya sabía dónde estaban, a unos treinta metros de la entrada principal, cerca de las bombonas de butano, no muy lejos del coche.

Desde arriba, Inés vio la luz del móvil reflejarse contra el musgo que cubría el interior cilíndrico del pozo.

Daniel miró a Findelmundo que a su vez le miraba a él aguardando instrucciones. Había que pensar con rapidez. No tenían tiempo de retroceder y, subir por ese pozo era una caída segura. Ya escuchaban los pasos acercarse y el reflejo de una antorcha. El perro se colocó amenazante en el centro del pasillo.

—¡Ven! —dijo Daniel.

El móvil marcaba el 2% de batería. Lo colocó con la linterna encendida sobre una de las piedras que sobresalían del boquete del derrumbado muro del pozo, alumbrando hacia la galería. Desde exterior entraba una fuerte corriente de aire.

—¡Aquí, hijo de puta! —gritó para provocarle—. ¡Vamos!

Se agachó junto al perro sobre lo que parecía la rejilla del radiador de un vehículo. La estrella de Mercedes brilló en la oscuridad al moverse la chapa. Pensó en la pista de la furgoneta, la señora con tanta memoria. Los pasos se aceleraban, crujían las tablas y sonaban las chapas del suelo.

De repente, la antorcha se apagó por la ráfaga de aire. Ya estaba ahí. Daniel sacó el brazo del hueco en el que estaban y agitó una tabla frente al *smartphone.*

El móvil se apagó casi en el mismo momento en el que vio saltar como una fiera a uno de los hermanos, que destrozó otro fragmento del muro precipitándose al fondo del pozo. Se escucharon los golpes contra las paredes hasta que cayó al agua.

—¡No! —Daniel escuchó la voz la voz de Inés Parrado colándose por el cilindro hueco de piedra.

—¡Hermano mío! —se lamentó Inés, inclinada en el interior el pozo, con las manos estiradas hacia abajo, queriendo salvarle inútilmente.

Sacó la cabeza del pozo, agarró la pala y comenzó a caminar con firmeza entorno al pozo. Con fuertes pisadas primero y, dando saltos con los pies juntos después.

Daniel y el perro retrocedieron de nuevo por el túnel. Daniel golpeaba en el techo, sobre las tablas, intentando detectar una posible salida.

Tras ellos sonaban fuertes golpes en la parte superior. Caía la tierra que se filtraba entre las juntas del entramado de madera. Daniel se detuvo, Tanteó una zona, sonaba hueco. Tiró de una de las tablas, notó peso sobre ellas. Aguantó con el hombro y cambió de posición.

—Atrás —dijo a Findelmundo.

Tiró con fuerza, la madera cedió. Al interior se precipitaron tras dos bombonas de butano que provocaron un ruido ensordecedor dentro del túnel. Los golpes arriba continuaban, cada vez con más fuerza.

El techo comenzó a derrumbarse tras ellos. Cayeron maderas, tierra con hierba enraizada y algo grande que se revolvió entre el barro y los tablones.

Frente a Daniel estaba Inés Parrado, de rodillas. Se limpió los cristales de las gafas con las palmas de las manos, sin quitárselas. Le miró fijamente. Se incorporó con dificultad ayudándose de la pala.

—Has matado a mis hermanos, acabas de sembrar las flores de tu tumba —dijo.

Avanzó hacia él.

El perro se pegó a su pierna con la cabeza gacha. Daniel se agachó junto a él y le habló al oído:

—Sólo es una persona, como yo, como Roge. Es humana. Tú sí eres una bestia, puedes con ella.

El perro levantó las orejas y miró a Inés. Avanzó hacía ella con decisión, enseñando los colmillos y gruñendo. Ladró en su cara.

Daniel comenzó a subir ayudándose con los pies en la pared.

—Chucho asqueroso. ¿Cómo te atreves? ¡Soy tu madre!

Inés lanzó un palazo que el perro esquivó. Se movía frente a ella, a uno y otro lado, como un púgil que baila a su adversario, buscando un hueco para atacar, un punto débil. La retenía mientras Daniel, que ya tenía los codos apoyados fuera, escapaba a la superficie.

La pala de Inés golpeó de refilón en el lomo de Findelmundo. El tiempo que tardó la mujer en levantarla de nuevo fue el que necesitó el perro para saltar sobre ella. A su cara. Inés se trastabilló

y cayó de espaldas. Un hueco se abrió en el suelo cerca de su cabeza. El agua corría bajo los túneles.

Daniel, con precaución para no hundirse donde apoyaba, consiguió subir una rodilla. Respiró, estaba fuera. Veía a Inés, tumbada, luchado y pataleando con el perro encima. El agujero del suelo de la galería se ensanchaba peligrosamente, se oía una fuerte corriente de agua subterránea.

Al salir, Daniel se estiró sobre la hierba mojada. Cerró los ojos un segundo y suspiró.

Al abrirlos, la figura de algo parecido a un hombre de las cavernas en pleno tratamiento facial con barro levantaba una gran barra de hierro frente a él. Sus ojos se cruzaron un instante, hasta que, los de esa bestia miraron al frente, luego arriba y su boca se abrió. Entre sus dientes marrones brotaron hilos de sangre y se desplomó de bruces junto a él. Marta apareció ante sus ojos, llevaba en la mano un atizador de chimenea con la punta ensangrentada.

Capítulo 35. Un pozo.

Inés sujetaba al perro por el cuello, los dos luchaban a muerte. Findelmundo golpeaba con sus patas en la cara mordida de la mujer, lanzaba dentelladas a barbilla, nariz, cuello que quedaban a un centímetro de su boca. Se agitaba para soltarse, pero los brazos de la humana eran fuertes.

Daniel respiraba desde el suelo, sentado, alerta por el arma que Marta llevaba en la mano y blandía alegremente.

—No permitiré que nadie te haga daño —le dijo Marta—. He matado a mi propio padre, por ti. Sólo yo puedo quitarte la vida.

Daniel se incorporó de un salto y retrocedió a una distancia prudencial.

—Necesitas ayuda, Marta. Dime donde está Gina, yo te ayudaré, te lo prometo.

Ella levantó el hierro. Apoyó la punta ensangrentada sobre la palma de su mano y avanzó hacia Daniel.

—¡Quieta! —gritó una voz.

Un hombre salió corriendo de la casa. Era Don Antonio, el cura del pueblo. En su mano llevaba unos papeles.

Se acercó a ellos a una distancia prudencial.

—No hagas más locuras, Marta.

Se conocían, Daniel no sabía que pensar. Sintió como el suelo se temblaba, saltó hacia un lado. Vio como la tierra comenzaba a caer sobre Inés y Findelmundo.

—¿Qué quiere? —Preguntó Marta.

—Suelta eso —exigió don Antonio—. Ninguno de tus tíos era tu padre. Mira —mostró los papeles que llevaba en las manos—. Tu

madre lo sabe.

—No tengo ganas de leer, lárguese de aquí si no quiere que le abra la cabeza.

Aunque le amenazaba, Marta estaba asustada ante el cura, retrocedía de espaldas, con miedo por lo que pudiese enseñarla. Miraba los folios que blandía Don Antonio ante su cara.

—Tus tíos eran estériles —afirmó él—. Aquí lo tienes, son sus análisis médicos, tus tíos no pueden tener hijos. Sí. Tu madre te ha engañado todo este tiempo.

—Déjeme en paz.

Ella caminaba hacia atrás. Ahora movía el hierro al aire para defenderse de las palabras.

Daniel avanzaba a un paso del cura. Escuchaba los ladridos ahogados del perro y los gritos de Inés. Ella se había librado del animal, que yacía en suelo y ahora emergía a la superficie. Daniel la vio asomar la cabeza sujetándose como podía. Arrojó su pala fuera. Él se acercó hasta ella.

—No le hagas caso, mi niña —gritó Inés mirando a Marta.

Marta se detuvo de espaldas al pozo. El cura también paró, frente a ella.

—Tu padre soy yo. He hecho cosas horribles por ti y por tu madre, pero se acabó, es hora de recoger la cosecha, de arrepentirse y pagar por los pecados.

—¡Mentira! —gritó Inés, que no conseguía levantar su pesado cuerpo.

Marta lloraba, miró a su madre. Retrocedía lentamente hasta que chocó contra el pozo. Se giró hacia él.

Daniel temió lo peor y corrió hacia a ella.

—No lo hagas, Marta.

—Ya no tengo nada, Dani. ¿Qué soy yo?

—Dime dónde está Gina. ¡Por favor!

Ella negó con la cabeza.

—La verás en los sueños, Daniel.

Sonrió y se dejó caer de espaldas al interior del pozo.

—¡Mi niña! —gritó Inés.

El cura cayó de rodillas. Comenzó a santiguarse una y otra vez.

Daniel cerró los ojos con rabia y desesperación, levantó la cabeza al cielo.

Los túneles se derrumbaban. Se escuchaba el crujir de la madera por toda la explanada. La parte trasera de su coche cedió sobre una galería.

Daniel caminó con paso firme hasta Inés, se agachó y cogió la pala ante su cara. La mano de la mujer se agarraba a la hierba luchando por salir de allí. Daniel la pisó.

—¿Qué haces? Mocoso desagradecido…

—¿Dónde está mi mujer?

—¡Púdrete! —Inés le escupió.

—Es hora de que recoja lo que ha sembrado.

Daniel alzó la pala y descargó un fuerte golpe en la cabeza de Inés. Esta le miró incrédula, aturdida. Soltó una mano para llevársela a la cabeza, la sangre se escurría entre sus dedos. Daniel sacó el dibujo arrugado de su bolsillo y se lo metió en la boca. Inés Parrado cayó al túnel, de espaldas. La tierra que caía al interior la cubría despacio. El terrero cedió bajo ella y su cuerpo cayó al agua. Sus ojos, abiertos al máximo, miraron a Daniel mientras la corriente la arrastraba.

El terreno cedía bajo los pies de Daniel. En el fondo de la galería vio a Findelmundo tumbado, respiraba con dificultad, medio asfixiado y enterrado.

—¡Vamos bonito, *sit*! —gritó.

Corrió más adelante para intentar bajar a por él, casi cae dentro de la gran zanja. Retrocedió de nuevo hasta el perro. Su pie se hundió en una de las grietas que se abrían en la superficie al derrumbarse los taludes. En un momento todo quedó cubierto.

—¡Joder!

Comenzó a cavar con la pala, había mucha tierra que retirar. Se arrodilló para quitarla con las manos, a lo loco, sin parar. Resignado, posó las manos en sus rodillas. Algo se movió a un metro a su derecha. Retiró el barro como un poseso. Toco algo. Tenía pelo. Siguió con todas sus fuerzas. Sujetó y estiró haciendo palanca con los pies.

Una pata asomo de entre la tierra. Hizo un último esfuerzo. La cabeza de Findelmundo salió a la superficie. El perro no tenía fuerza para nada. Retiró el barro entrono al cuerpo hasta sacar al animal por completo.

—¡Vamos, no te rindas!

Abrió su boca, la lengua del animal cayó hacia un lado. La introdujo en la boca y apretó. Soplo varias veces aire por la nariz del perro. «No puedes morir, joder». El pecho del perro se hinchaba, lo estaba haciendo bien.

«Cómo coño se hará la reanimación a un perro. El corazón… Tiene que estar aquí». Cuando iba hacer la primera compresión, Findelmundo se movió, abrió los ojos y se retiró de Daniel arrastrándose.

—¡Sí! —exclamó él. Abrazó al animal, que, aunque agradecido, se mostró reacio al exceso de carantoñas.

El perro se incorporó. Renqueante, se dirigió hacia el coche de Roge. Daniel, al verlo corrió hacia el vehículo.

Luces rojas y azules se filtraban entre los árboles. En la montaña, las sirenas sonaban diferentes a como lo hacían en la ciudad, más graves y grandiosas.

Rogelio esta fuera, sentado con la espalda apoyada sobre la rueda delantera, con un trapo ensangrentado en la cabeza.

—¿Está bien? ¿Me escucha? —preguntó Daniel.

Levantó el pulgar un palmo de la hierba.

—Avisa a Feli —habló con dificultad.

—Creo que ya lo sabe —dijo Daniel mirando a los todoterrenos de la Guardia Civil y la ambulancia que accedían a la explanada de La Higuereta.

El perro comenzó a lamer la mano de Roge.

Capítulo 36. En los sueños.

Una ambulancia se llevó a Roge, dolorido. Aunque tras una revisión *in situ* parecía estar fuera de peligro, era necesario realizarle un escáner y tenerlo un par de días en observación. Su fama de tener la cabeza dura quedó consolidada esa noche, nadie volvería a discutir tal cosa.

Pasada una hora, la finca se convirtió en un parking de vehículos de Guardia Civil, ambulancias, Protección Civil, bomberos y juez de guardia. Tras las primeras declaraciones de Daniel y Don Antonio, la situación se escapaba al control de los agentes y el sargento que acudieron en un primer momento.

Desde la ambulancia en la que estaba sentado, sobre la plataforma, con las puertas traseras abiertas y cubierto con una manta térmica, Daniel observaba al cura del pueblo en el asiento trasero de un Nissan de la Guardia Civil. Tenía la mirada perdida en el reposacabezas delantero. Al rascarse la frente, las esposas brillaron con los destellos de las luces.

Daniel no dejaba de pensar en Gina, en lo que le habría hecho esa psicópata hija de puta de Marta. Prefirió suicidarse sin decirle la verdad. Se alegraba de su muerte, aunque le hubiese gustado sacársela a golpes, hasta matarla con sus propias manos. Se acabó. «En los sueños». «Hija de perra». Su vida estaba arruinada antes ir a Dospulcros, aunque con el tiempo se podría haber recuperado, ahora, sabía que su túnel era más largo y oscuro que el de Inés Parrado. «¿Qué tipo de monstruos eran esos?». No podían ser simplemente malas personas. Eran más que eso. Sus actos los alejaban de los humanos. No era posible luchar contra mentes de

ese tipo. La sociedad se había resignado a lidiar con las consecuencias que provocaban.

«Sueños…». El cura le miraba de reojo de vez en cuando. Ese cabrón tenía que saber algo. Parecía muy arrepentido, pero en cuanto hablase con un abogado su boca sólo se abriría para contar lo «justo y necesario», como decía él.

Se levantó y fue hasta el todoterreno, la lámina dorada que le abrigaba cayó balanceándose a su espalda. El cura lo vio, bajó la cabeza. Daniel golpeó la ventanilla con los nudillos. Un agente se acercó en seguida.

—¿Dónde está Gina? —preguntó con la cara pegada al cristal.

—Señor, no pude estar aquí —el agente le separó del coche.

—Mi mujer, desapareció hace un año. Él sabe dónde está. ¡Dígamelo!

—Apártese, por favor.

El sargento conocido de Daniel se acercó al vehículo e indicó al agente que le dejase hacer.

Daniel se soltó del guardia.

—¡Por favor! —suplicó pegado a la ventanilla.

—Asturias —dijo el cura.

—¿Qué? —Daniel no escuchó bien.

—¡En Arriondas! —gritó Don Antonio.

—¡Dónde!

—En Arriondas. En Asturias. No sé el lugar —bajó la cabeza.

El guardia retiró a Daniel por la cintura. Pensó un momento, se le iluminó la mirada. Salió corriendo hacía la casa. Entró en la cocina. Cayó al suelo el botijo con forma de gallo al coger el taco de postales de Inés y las puso sobre la mesa. Fue repartiendo hacia un salo lado, como en una partida de casino de un solo jugador. Los Picos de Europa. Calle de los Sueños sin número, Se la acercó a los ojos «Ami, Armio… Arri… ondas».

Corrió con la postal hacia dónde se encontraba el mando de la Guardia Civil, que estaba junto al juez y le había parecido mucho más receptivo que los números cuando habló con él hacía un rato.

—Tengo que hablar con usted —le dijo con la respiración entrecortada—. Es cuestión de vida o muerte.

Les explicó a ambos lo que acababa de confesar el cura detenido, la desaparición de su mujer, de la que tanto juez como Capitán eran conscientes. Les habló de la vinculación de Marta Ortega con Asturias, sus viajes y, les mostró la postal que guardaba Inés en su cocina, Calle de los Sueños, Arriondas, Asturias.

El Guardia Civil al mando comenzó a hacer llamadas, su tono era tajante, urgente. El juez hizo lo mismo. Los dos estaban al tanto de lo de su mujer, le creyeron. Daniel miraba a los dos, que trazaban círculos mientras se movían móvil en mano, dando órdenes, coordinando. No escuchaba con claridad, se mezclaban las conversaciones y el latido de su corazón.

A las cuatro de la madrugada, tras declarar en la comandancia, Daniel fue llevado al pueblo, al Restaurante Nuevo Cabrito, donde Feli le esperaba y por el que se pasaron varios vecinos, alertados por las sirenas y la gravedad de los hechos, para dar ánimos a la dueña e interesarse por el estado de Rogelio y del forastero que había estado haciendo fotos en Dosepulcros.

Daniel, sin teléfono móvil, dejó el número del local como contacto. Su vista no se apartaba del aparato colgado sobre la barra. Feli, al corriente de todo, le proporcionó ropa de su marido y le preparó un caldo. No quería cenar, su estómago estaba cerrado.

Poco a poco la gente se marchó de nuevo a sus casas no sin ofrecer la ayuda que hiciese falta en caso de necesidad. Todos tenían claro que Inés no era trigo limpio y que tarde o temprano ocurría algo grave.

La información con la que contaban sobre sus hermanos, lo ocurrido en la finca y la relación de Parrado con la muerte de los tres chicos aún era confusa, inconexa por lo reciente, distorsionada por lo aparatoso y malintencionada por el rencor. Daniel, como implicado y testigo, tenía la orden del juez de no comunicar nada. De todos modos, no tenía ganas de hablar con nadie. Hacía unas horas que había salido del mismo infierno, no era una experiencia agradable para contar en un bar a un grupo de desconocidos por muy agradables que fuesen.

Eso a él no le importaba en ese momento, sólo esperaba a que sonase el teléfono. Necesitaba esa llamada. Era consciente que de esa conversación dependía su futuro, o más bien el tener alguno. Una cosa era perderlo todo y otra distinta saber que nunca lo vas a recuperar.

El perro descansaba a los pies de Daniel. Llevaba una venda que le rodeaba el cuerpo a la altura del pecho, otra al final de la pata y un apósito para proteger el pedazo de oreja que Inés parrado le arrancó de un mordisco. Los sanitarios se la habían colocado en la finca a falta de más heridos por socorrer.

Sonó el teléfono. Daniel inspiró. Feli, que aguardaba dentro de la barra, esperó que diese un segundo tono, como hacía siempre por seguridad, para que no se cortase la llamada. Cuando Feli le ofreció el auricular él ya estaba en pie. Durante los seis pasos que dio hasta llegar a la esquina de la barra pasó más miedo que cuando Gina desapareció sin dejar rastro, más que cuando se hicieron a la idea de no volverían a saber a nada de ella, mucho más que ante Inés, Marta y los tres salvajes que habían fabricado.

Cogió el teléfono temblando. Feli se retiró, él la sujetó del brazo para que se quedase junto a él. Necesitaba a alguien cerca.

—Diga.

—…

—Sí, soy yo.

Escuchó sin decir nada. Las lágrimas le caían por las mejillas. Se tapó la nariz y la boca con la mano libre para no emitir ningún ruido.

—Lo entiendo, gracias.

Feli le miró con los ojos vidriosos. Se acercó a ella y dejó caer la cabeza sobre su hombro.

—Está viva —dijo Daniel con la voz entrecortada.

Daniel lloró abrazado a esa mujer que conocía hacía un par de días, de la que había desconfiado y renegado de su café. Lloró mucho más de lo que había llorado durante los once meses pasados. Lo hizo a pecho descubierto, sin cadenas. Era como vivir un duelo y un nacimiento a la vez. Su pecho explotaba en convulsiones con cada gemido, no era capaz de articular palabra. Las lágrimas

recorrían su cara hasta sus labios. Disfrutó de ese salado, lo más dulce que había probado en su vida.

—Me alegro mucho, hijo —dijo Feli sin soltarle.

—Gina… está viva.

Findelmundo se acercó, frotó su cuello dolorido contra la rodilla de Daniel, que no paró de llorar sobre la barra hasta quedarse seco.

A los quince minutos recibió otra llamada, eran los padres de Gina. Juntos, lloraron otro minuto. Estos le comunicaron que la llevaban al hospital de Oviedo, sin más datos sobre su estado excepto que estaba viva y consciente. Daniel se disculpó por no haber llamado él, ya que no tenía móvil ni recordaba el número de sus suegros.

Un vecino propietario de una grúa llevó hasta el restaurante el encallado coche de Daniel sin reseñables desperfectos. Feli se negó a dejarle ir. Los padres de Gina ya estaban camino del hospital. Él debía descansar, dormir algunas horas si no quería matarse en la carretera.

Durmió en casa de Feli y despertó a las diez, alterado por lo tarde que era.

—¡Te digo que estoy bien! —escuchó la voz de Rogelio, abajo, en el bar. Sonrió.

No tenía equipaje, ni teléfono, ni cámaras, sólo las llaves del coche y la cartera, hasta la que se había filtrado el agua y el barro a pesar de estar en un bolsillo con cremallera.

Vestido con la ropa de Roge, se despidió de él con un apretón de manos y la promesa de devolución de la vestimenta; de Feli con abrazo muy fuerte y el juramento de volver pronto para probar el cabrito asado, la especialidad de la casa, y un flan.

—Toma, llévatela —le ofreció Feli lo que quedaba de la botella de Triple Seco.

—Mejor que no. La beberemos cuando vuelva. No creo que queden muchos bares en España que la tengan.

—¿Bebes de eso? —preguntó, extrañado, Roge a su mujer.

—No te toques el vendaje —le recriminó ella.

Daniel se acercó hasta el perro. Estaba tumbado en el centro del bar, apagado, con las orejas gachas. Lo acarició y abrazó al

incorporarse. Findelmundo gimió.

El perro miraba como Daniel se marchaba con una leve cojera en el tobillo derecho. Miró a Roge con la lengua fuera y después de nuevo a Daniel. Se incorporó del todo.

—Espera —dijo Roge.

Daniel se giró.

El perro se acercó a las piernas de Roge. El hombre se agachó y colocó su nariz junto a la suya.

—¡Serás perro traidor! Anda, ve con él bestia del infierno.

Findelmundo corrió como pudo hasta Daniel. Los dos bajaron las escaleras del restaurante cojeando.

Capítulo 37. El mensajero del miedo.

Cinco meses después.

A ese noviembre le dio por hacer calor. Daniel llevaba la ventanilla del coche bajada hasta la mitad, hasta que tuvo detenerse en un atasco que formó un repartidor de paquetería al dejar su furgón en triple fila. Los gases se colaban en el interior y cerró. El trabajador calmó con la mano a los impacientes que pitaban dado a entender que no se movería hasta terminar el trabajo. El tipo abrió las puertas traseras, tiró el carrito al suelo, colocó sus paquetes en él y se los llevó entre los coches aparcados en primera y segunda fila. Un conductor le increpó con la cabeza fuera de la ventanilla. Los peatones aprovecharon para cruzar la calle entre los coches.

«Lo siento, la vida es así», tradujo Daniel el gesto del repartidor.

Su teléfono sonó. Era Melero, de La UDEV.

En el pasado hubo días que deseaba más que nada en el mundo que Fabián Melero, encargado del caso de la desaparición de Gina en La Unidad Central de Delincuencia Especializada y Violenta, le llamase con algo que les diese esperanzas. Ahora, que intentaban dejar atrás lo ocurrido con Gina, Dosepulcros, Marta e Inés Parrado, no le apetecía hablar con él. Aun así, contestó amablemente y escuchó lo que le tenía que decir.

Melero quería que supiese que el caso estaba cerrado. Habían dejado de buscar el cuerpo de la Señora Parrado, esa corriente de agua subterránea era inaccesible, el grupo de espeleólogos de la Guardia Civil había entrado hasta dónde podía. Se la daba por muerta. Por lo que todo quedaba a la espera del juicio en el que él único acusado era Antonio Mateos, el cura del pueblo por encubrir y

tal vez colaborar en los asesinatos de los tres chicos de Dosepulcros y en el secuestro de Gina y él mismo. Su mujer y él tendrían que declarar como víctima y testigos de la acusación.

Daniel dio las gracias sinceras por una información que ya suponían hacía tiempo y por la ayuda y el trabajo de Melero y toda la Unidad. A Inés Parrado se la había tragado la tierra, esa de la que ella presumía estar bien sembrada, ese terreno venenoso que tanto le gustaba.

Un hombre y un niño pasaron por delante del coche de Daniel. El padre, supuso, abroncaba al muchacho por algo. El niño escuchaba entre enfurruñado y desafiante. Las miradas del crío y Daniel se cruzaron.

—Tranquilo, chaval —dijo Daniel marcando bien los movimientos de los labios.

El niño escupió sobre el capó. El padre no lo vio.

Daniel se sorprendió de la rección del mocoso. «Hay plantas que por muy bien que se cuiden, el veneno lo llevan dentro», pensó.

Al perro no le gustaban los juguetes, ni los que sonaban ni los que no lo hacían. Una vez instalados en casa, Gina se empeñó, con ilusión, en alegrarle la vida al animal que había salvado la vida a Daniel. Este, que sabía que al perro no le inmutarían los muñecos, no quiso tirar por los suelos la iniciativa de ella. Al escuchar abrirse la cerradura, Findelmundo acudió a recibir a Daniel.

—¡Hola! —saludó desde la entrada.

—¡Hola! Estoy en la cocina —escuchó la voz de Gina.

—¿Ya has pedido la cena? —preguntó Daniel mientras se quitaba la cazadora y la colgaba en el perchero de la entrada.

—Sí.

Findelmundo le siguió hasta la cocina. Daniel tomó a Gina por la cintura. La besó con pasión. Ella llevaba un mantel de la mano. Se retiró de sus labios para que la cosa no fuese a más.

—Luego —dijo.

—¿Qué has pedido?

—Sorpresa.

—Estás preciosa. Voy a comerte enterita.

—Ya veremos si te queda hambre después de cenar.

A los pocos minutos sonó el timbre. Daniel fue a recoger el pedido.

—Gracias —dijo Daniel al repartidor de comida y cerró la puerta de la calle.

Se dirigió al salón con una caja de cartón dentro de una bolsa. La llevaba en horizontal, con cuidado.

Casi choca con Gina, que salía de la cocina con una botella de vino abierta y dos copas.

—No lo mires —Ella estiró el borde la bolsa para tapar bien el delator nombre del restaurante en la caja.

—Esto pesa —aseguró Daniel.

—Huele muy bien —dijo ella—. Vamos, pasa tu —indicó ella tras un titubeo y roces en el pasillo.

—¿Ya buscaste película? —preguntó Daniel al dejar el pedido sobre la mesa.

—Me apetece seguir con la serie de Larry David. ¿No quieres?

—Sí, buena idea. Puede que me quede dormido, estoy reventado. Había mucho jaleo en la tienda.

—Bueno, el mes que viene se acabó el centro comercial, tú no tienes que vender cámaras de fotos. Eres fotógrafo, tú eres quien debe hacer las fotos con esas cámaras tan caras que vendes.

Él la besó rápido y se sentó. Sacó su móvil.

—Mira.

Abrió WhatsApp y le mostro una imagen.

Era Feli. Llevaba una extraña pistola en la mano con la que apuntaba a un mastín que Roge sujetaba por el collar.

—¿Y esto? —preguntó Gina.

—Está ahuyentando al perro. Ya te lo contará ella cuando vayamos el mes que viene.

Daniel se frotó las manos y abrió la caja. Un gran cachopo se extendía en su interior, como una isla irregular rodeada de un océano blanco. Daniel la miró.

Ella, al verlo, tragó saliva, era imposible no identificar el cachopo con Asturias. Ese día, Gina se sintió con fuerzas para hincar el diente al pasado.

—Es… muy grande —dijo Daniel.

—Vamos a devorarlo entre los dos. Que no quede nada.

—Eso está hecho.

Mientras Gina cortaba la pieza, Daniel la miraba. Parecía más mayor desde lo ocurrido, como si hubiesen transcurrido años. Era más bella, una belleza serena, angulosa, asentada, de las que ya no se van nunca. Sonrió al saber que envejecería con una mujer tan hermosa.

Comenzaron a comer, les esperaba un buen festín. Gina cogió el mando. En la televisión estaban las noticias.

—Espera —la detuvo Daniel—. Es nuestra calle, mira. El edificio de enfrente. Sube el sonido.

La noticia informaba sobre cómo se había logrado desarticular una importante banda internacional de traficantes de droga, armas y seres humanos a través de la documentación hallada en casa de una anciana que había muerto envenenada meses atrás en su domicilio, madre de uno de los cabecillas y colaboradora activa. Las imágenes eran de archivo, la ficha policial de una mujer mayor. Se trataba de la anciana del andador, la que murió en su balcón y por lo que tan culpable se sintió Daniel.

—Casi la vi la morir —señaló al edificio de enfrente—. Es increíble, la vieja. Una traficante.

Cenaron con un par de copas de vino. La gran extensión del cachopo hizo que le dejasen probar los bordes a Findelmundo para que no quedase nada.

Larry David estaba en problemas, le había cortado el pelo a una muñeca de la hija de unos amigos y la cría pensaba que le crecería de nuevo. Ahora, junto al amigo intentaban encontrar una muñeca igual con el pelo largo.

El timbre de la puerta de casa sonó.

—¿Quién será? —Daniel miró la hora.

—De verdad… se han vuelto a dejar la puerta del portal abierta —se quejó Gina

—Dale al *pause.* Voy yo.

El perro le siguió hasta la mitad del pasillo.

—¿Quién es? —preguntó Daniel pegado a la puerta.

—¡Un paquete!

Daniel miró por la mirilla para asegurarse y abrió. El perro gruñó enseñando los dientes. El mensajero reculó al verlo.

—Tranquilo, no hace nada —dijo Daniel.

—Es para Regina Alonso.

—Sí, vive aquí. Yo te firmo.

El muchacho le entregó una caja cuadrada envuelta de cualquier manera en papel de estraza y atada con una cuerda.

El perro comenzó a ladrar.

—¡Tranquilo! —exclamó Daniel.

—¿Quién era? —preguntó Gina

—Un paquete. Es para ti.

—¿Para mí? Yo no he pedido nada.

Daniel lo colocó en la mesa. Findelmundo no dejaba de ladrar y gruñir.

—¿Qué te pasa? Ven aquí.

El perro no se acercaba.

Gina cortó la cuerda con un cuchillo y retiró el papel a girones. Arqueó las cejas con expectación.

Daniel se acercó hasta el perro para tranquilizarlo. Gina abrió la caja.

—¡Que ricas! —exclamó, frotándose las manos.

Daniel se acercó a la mesa. Le recorrió un escalofrío al ver el interior.

La caja estaba llena de unas magdalenas que conocía bien.

FIN

Una página más…

Estimado lector/lectora, este autor le agradece que haya elegido LO QUE SIEMBRAS como lectura. Puede dejar una valoración en la página de compra del libro

https://lc.cx/htW0_I

Una acción sencilla que ayuda mucho a los autores independientes. Puede leer otras novelas del autor desde los enlaces o escaneando

el código **QR.**



SERIE MESETA NEGRA

https://lc.cx/tUPerk



SERIE AVERNO

https://lc.cx/8BogLd

WEB DEL AUTOR

https://www.angelbarriosescritor.com/home

Gracias por su tiempo.

info@angelbarriosescritor.com
@arbarrios20 (Twitter, Instagram)
Ángel R Barrios R (Facebook)